

ROMA PINTORESCA,

ANTIGUA Y MODERNA.

HISTORIA. — DESCRIPCION. — COSTUMBRES ACTUALES.

OBRA PUBLICADA A LA VEZ EN FRANCIA Y EN ITALIA,
Y EN LA CUAL ESTAN CONTINUADAS LAS DESCRIPCIONES QUE DE AQUELLA FAMOSA CIUDAD

HAN HECHO

Chateaubriand, Menerbes y Lamartine.

Va adornada con 121 cuadros distribuidos en 77 láminas finas sobre acero.

TOMO II.

BARCELONA.

IMPRENTA DE JOAQUIN VERDAGUER,

EN LA RAMBLA, n° 87.

1840.

ROMA PINTOESCA

ANTIGUA Y MODERNA.

HISTORIA - DESCRIPCION - COSTUMBRAS ACTUALES.

OBRA PUBLICADA A LA VEZ EN FRANCIA Y EN ITALIA.

Historia, Costumbres y Monumentos.

TOMO II.

BARCELONA.

IMPRESA DE JOAQUIN VERDAGUER.

EN LA RAMBLA, N.º 87.

1840.



ROMA PINTORESCA,

ANTIGUA Y MODERNA.

CAPITULO XVII.

Columna Trajana. — El Quirinal. — Monte-Cavallo. — El palacio Quirinal.

PERO un monumento único en su clase, con el cual no tiene nada comparable la escultura de ningún siglo, es la columna Trajana que fué el orgullo de Roma antigua y que es y será el mas hermoso adorno de Roma moderna. Figuraos una torre de ladrillos, redonda, alta de ciento treinta y dos pies, revestida con bronce y con treinta y cuatro lozas de mármol blanco, encima de las cuales está esculpida la historia de la guerra dálica, todo cincelado con una delicadeza admirable. Un cordón que da veinte y tres vueltas á la columna, subiendo hasta su capitel, separa los relieves, á fin de que mas descansadamente los puedan ir siguiendo las miradas. Entre las muchas figuras que llaman la atención, merecen mencionarse las mugeres de los dacios que con feroz denuedo despojan con una mano á los prisioneros romanos, y en la otra llevan antorchas para quemarlos vivos. Llégase á la cúspide por medio de una escalera espiral abierta en el interior y que tiene únicamente dos pies de ancho; lo restante de la columna es macizo. La escalera recibe luz por medio de

ventanillas abiertas de trecho en trecho. En ella, lo mismo que en París, donde la columna Trajana ha sido imitada en la plaza de Vendodoma, hay al derredor del capitel una balaustrada de hierro de mal gusto: o trotanto puede decirse de una prolongacion de la columna que sube mas que el capitel. Encima de esta prolongacion estaba colocada la estatua de Trajano, llevando en su mano derecha el globo de la tierra. En su puesto se ha colocado la estatua de San Pedro, y el globo se encuentra actualmente encima de una de las columnas miliarias del capitolio, como ha podido verse ya en la pl. 123.

Saliendo el viajero del Foro Trajano se dirige á villa de Faon, pintoresco sitio encima del cual se descubren las ruinas de la morada donde el asesino de Británico corrió á refugiarse y á darse cobardemente la muerte. Allí fué donde desconfiando poder reconquistar un cetro que no habia podido disputar, el tímido emperador se ocultó vestido de esclavo. Pidió espadas, y despues de haberlas examinado con estremeci-

miento tuvo que conjurar á su liberto para que le traspasase un corazón que él no se atrevía á tocar. ¡Qué esceleute músico vá á perder el mundo! exclamó cayendo herido de muerte.

Súbese despues á la cumbre del Quirinal, que sin duda debió ser un día la mas agradable de las siete colinas de Roma. Ademas de correr en ella el mas puro ambiente, tenia la ventaja de dominar la parte mas interesante del campo de Marte, cuando esta plaza era la escuela militar de los señores del mundo. Con ella tenia comunicacion por medio de un ancho y magnífico camino que principiaba entre los baños de Paulo-Emilio y el pórtico de los Plateros.

Al estremo de la colina estaba el templo de Rómulo Quirino al cual se subia por esa inmensa escalinata de la cual no son mas que restos las cien gradas de *Araceli*. Tenia vista al Foro Trajano, pues Marcial veía desde él su pórtico, siendo asi que habitaba este poeta en el Pincio. A cierta distancia debia encontrarse tambien el templo del Sol, enriquecido por Aureliano con los despojos de Palmira, y del cual quedan todavia restos: enfrente de él se encontraba el templo de la salud Constantino levantó en su lugar sus termas, y los cardenales han transformado estas en palacios.

En la plaza Quirinal (*Pl. 155*) se encuentra una hermosa fuente, cuyas aguas recibe un pilon de granito oriental abierto en un solo pedruzco de setenta y seis pies de circunferencia: á pocos pasos está un obelisco de granito encarnado, traído de Egipto. Los dos caballos de dimensiones colosales, de donde procede el nombre de Monte-Cavallo, están colocados á entrambos lados del obelisco, conduciéndolos dos hombres de unos diez y siete pies de altura. Los nombres de Fidias y de Praxiteles, grabados en los pedestales, prueban únicamente que no es nueva la costumbre de dar nombres grandes á unas obras de autor desconocido. Los dos hombres de los grupos se descubrieron en las termas de Constantino, y son probablemente de su siglo. Si se nos pidiese nuestra opinion acerca del conjunto de ese trabajo gigantesco, confesaríamos pura y simplemente que es hermoso, y por cierto que semejante asercion diferiria mucho de las de Sismond y Valeri. El primero reputa muy media-

na la ejecucion de los personajes, y tocante á los caballos, son para él un objeto de burla. Por el contrario Valeri no vacila en llamar al conjunto una obra maestra. Los personajes, á quienes sin titubear dá los nombres de Castor y Polux, le parecen indudablemente debidos al cincel griego, en la época de la edad de oro para la escultura antigua. Laourens se inclina á este último parecer, diciendo: «Estos caballos son admirables. En otro tiempo se encontraban en las termas de Constantino; pero no han debido dar mas que un paso para llegar á la plaza donde los contemplamos actualmente.»

El palacio pontificio (*Pl. 155 á la derecha*) que está en la plaza misma del Monte-Cavallo, fué principiado en el año de 1574 por Gregorio XIII. No presenta mucho fausto, pero se goza en él de un aire sano y de una hermosa vista, de manera que ha sabido elejir el sumo pontífice escogiéndole para morada. En él es donde pone el sello del pescador en los breves que han hallado eco en toda la redondez de la tierra.

El pórtico que rodea el patio grande del palacio Quirinal es donde se ponen en fila los coches: una hermosa escalera conduce á las mas suntuosas salas, adornadas con una elegancia poco comun en Roma, y sobrecargados de dorado. Encuétranse en este palacio algunos cuadros buenos, pero que no son de los de primer orden. Con razon podria uno admirarse de que el sumo pontífice no hubiese reunido la mas rica coleccion de cuadros en el interior de su palacio, si Roma entera no le sirviese de galería. La capilla, pintada al fresco por Guido, posee una Anunciacion muy apreciada del mismo artista. El escultor Thorwaldsen ha compuesto unos estucos que representan á Alejandro en Babilonia, y bajo la administracion francesa representó Binelli el triunfo de Trajano, convertido despues en triunfo de Constantino.

De este inmenso palacio, que parece una ciudad cubierta con un solo techo, ocupa únicamente el papa una pequeña parte, de la cual no sale mas que para dar diariamente un paseo en coche, ó en los días de fiesta para oficiar. Cuando sale en coche le escolta una hermosa tropa montada en caballos escogidos por su ligereza; pero las puertas del palacio no están guardadas mas que por personajes sin armas.



Andert sc.

Andert scilicet

Pravara del.

Roma. Monte Cavallo.

En otro tiempo se escogian de entre los habitantes de una pequeña poblacion llamada Castello de Vitorchiano, por haber permanecido fieles al papa en el siglo décimo sexto cuando le habia abandonado todo el mundo. La guardia suiza de su santidad lleva un traje muy antiguo. Lo restante del palacio está lleno de oficiales y de pensionistas de la corte, cuyos nombres están escritos en distintas puertas.

Los jardines del Quirinal son bellos y espaciosos, pero llenos de piedras y de mármoles que segun la inmemorial costumbre del país, disputan el puesto á la naturaleza y á la vegetacion.

La estension de estos jardines es de unas cuarenta fanegas francesas de tierra, que corresponden á veinte fanegas toledanas; si bien la tierra recibe en ellos poco cultivo, á lo menos los árboles están bien cuidados. Por medio de pequeños tubos ocultos debajo de tierra, brota repentinamente el agua á los pies de las señoras que se pasean, lo que sirve de inocente regocijo, no muy propio del sitio.

Pero todo cuanto puede el palacio ofrecer de mas brillante queda eclipsado por el esplendor de la capilla en la cual oficia el papa los domingos y demas dias de precepto. Despide con efecto tan vivo resplendor que cuando da en ella de lleno la luz del mediodia, se la tomaria por el famoso templo del sol, sobre cuyos cimientos es fama que ha sido levantada. En ella no hay nada que pueda ofender el gusto mas delicado, ni repugnar á la devocion mas acrisolada; no se vé ningun *ex-voto*, y ninguna imagen terrible que dé espanto á los ojos, é hielo al corazon. Los santos representados en varios cuadros tienen una dulzura admirable, y en el altar mayor se vé una cruz tan hermosa y tan brillante que enamora. En general, un crucifijo es un objeto que aterra en las iglesias italianas; es un grande leño salpicado de sangre, donde está representada harto fielmente la imagen de la agonía y de la muerte: no asi en la iglesia particular del papa, pues su cruz convidada á llevarla y parece que nos tiende los amorosos brazos para que la estrechemos. Nada puede criticarse en el Quirinal asi en punto al lujo como á la magnificencia, elegante en alto grado, noble y sencillo en su arquitectura: los colores menos brillantes, admitidos en su adorno,

son el blanco y el color de oro. Una deliciosa armonía, y una fragancia aromática, embalsaman su ambiente, y los misterios de la religion se celebran en él con una pompa admirable, con un prestigio seductor, y con una magestad digna del culto.

CAPITULO XVIII.

El pueblo en la capilla del palacio pontificio. — Ceremonias. — Un conclave despues de la muerte del pontifice. — Coronacion del nuevo papa.

Es de creer que el pueblo romano, ávido de ceremonias religiosas y de fiestas, se dirigirá con preferencia á esa milagrosa capilla todos los domingos. Nada mas singular que los grupos que suben al Quirinal los domingos por la mañana, unos á pié y otros en coche, para visitar esa capilla suntuosa. Los miembros de todas las iglesias, los hombres de todas las sectas, los cardenales y su comitiva con sus brillantes carrozas, los frailes á pié, los carabineros á caballo, van reuniéndose hácia las puertas macizas guardadas por suizos gigantescos, cuyo traje recuerda aun la época en que perdieron la batalla de Bicoca en las llanuras de la Lombardia.

Todos caminan en confusion al través de las columnatas y de las salas, pero una vez llegados al templo, los individuos de ambos sexos se separan. El clero subalterno de la capilla, en una variedad de trages realmente curiosa, se presenta para hacer los honores, cada cual en el departamento que le está confiado. Casi siempre los ingleses ocupan los mejores puestos desde que el papa Benito XIV manifestó que el mejor medio de convertir á los protestantes era recibirlos con bondad: en los demas puestos la multitud se agolpa, muchas veces no sin peligro.

Las tribunas laterales están ocupadas por los viajeros que vienen de todas partes del globo, principalmente de Lóndres, de Paris, de San Petersburgo, de Viena, de Cracovia, y de Nueva York. La multitud agolpada se compo-

ne de abates, de priores, de eclesiásticos en dignidad, de generales romanos, de monges, de guardias, de soldados suizos y de oficiales civiles. Dada una señal, la multitud se divide y empieza la procesion. Adelántanse al principio algunos personages, seguidos del sumo pontífice que lleva un magnífico traje. La seda, el oro, la plata, con bordados magníficos, todo brilla en esta grandiosa ceremonia.

Colócase el papa en su trono dorado; luego despues los *conservatori* se ponen á sus pies, y el senado rodea la silla pontificia con magestad desconocida de los antiguos Césares. Los individuos del conclave permanecen sentados en sus almohadas de terciopelo. En el centro y en las mismas gradas del altar mayor, los obispos están en pié ó sentados, llevando ricos trages y brillantes mitras: entonces el coro entona el famoso *hosana!* y el papa celebra el divino oficio, mientras que los incensarios de oro levantan al cielo sus perfumes y sus nubes de incienso. La mas perfecta armonia tiene encantados los oídos, y en el momento de la elevacion de la hostia reina un profundo silencio que en aquel instante sublime conmueve mas que todas las melodias musicales. Todos los espectadores caen de rodillas, y los militares se prosternan aun mas que los otros concurrentes, y deponen sus armas destructoras al tener lugar el misterio consumado en memoria de la salvacion de los hombres.

Concluida ya la ceremonia, vuélvese la procesion por el mismo orden con que entró, sigue la congregacion, y algunos minutos despues empieza á desfilar el gentio hácia la puerta. Los clérigos, los príncipes de la iglesia y los cardenales, se confunden con los legos, con los particulares y hablan con ellos con la mayor familiaridad. Todos se dirigen entonces á la iglesia de San Pedro, donde van á oír las vísperas rezadas con la mayor solemnidad.

En el palacio Quirinal es tambien donde se reúne el conclave para la elección de los papas. Esta elección y las ceremonias que la acompañan merecen que de ellas se trate con alguna estension.

Asi que ha muerto un sumo pontífice, se recoge su anillo del pescador, y empiezan á reunirse diariamente los cardenales: puede decirse que solo en esta coyuntura es cuando el pueblo

romano da muestras de alguna agitacion. Todo se pone en movimiento para la acostumbrada construccion del conclave. Constrúyase en otro tiempo en el interior del Vaticano, pero en el día se hace en el palacio Quirinal: al conclave puede darse el nombre de una reunion de casas levantadas como por encanto en una sala inmensa de un palacio semejante á una ciudad. Antetodo se tapián con ladrillos todas las puertas y las ventanas exteriores del palacio, de manera que no se dejan abiertas mas que dos ó tres muy pequeñas para dar entrada á un debil resplandor. Dentro de las mas espaciosas salas se construyen una especie de cabañas dejando á lo largo un corredor libre para el tránsito, procurándose dejar enteramente despejadas aquellas piezas donde están las mas hermosas pinturas. Toda la construccion debe quedar concluida en el espacio de doce dias. Paraque entren los trabajadores, los muebles, los utensilios y todos los demas objetos necesarios, no se deja abierta mas que una estrecha y alta puerta, á manera de balcon, al cual se sube desde la calle por medio de una escalera de quita y pon. Júzguese, pues, el tumulto y el embarazo que de ahí debe proceder para construir á la vez setenta casitas en algunos salones! Pero los artesanos romanos, aunque sean naturalmente perezosos, demuestran cuando conviene una actividad extraordinaria.

Asombroso espectáculo es mirar á los trabajadores, ir y venir mezclados con los criados de los cardenales, agitarse en todos sentidos, trabajar á un tiempo en varias obras, entrar y salir por una misma puerta con fluctuacion continua: es un verdadero hormiguero, un enjambre de abejas. Cada casita tiene dos pisos, uno, el bajo, dividido en dos pequeñas celdas para el dormitorio y el oratorio del cardenal votante, y el superior tambien con la misma division para sus criados: los dos pisos se comunican por medio de una escalera colocada en el fondo. Frecuentemente suben los gastos de cada casita á algunos miles de francos, cuyo gasto corre por cuenta de los cardenales que tienen voto, preséntense ó no en el conclave.

Esas moradas, en algun modo improvisadas, no ofrecen por cierto comodidades ni alegrian la imaginacion de los que las habitan; falta espacio, falta aire y falta luz; es preciso hacer

uso de luz artificial en medio del día. Muy comunmente la eleccion de nuevo papa cuesta la vida, por los rigores del conclave, á tres ó cuatro cardenales.

El cardenal camerlingue, por su dignidad de gefe de la cámara apostólica, tiene derecho de mandar en el conclave, y de hacer observar en él los reglamentos: así que, todas las noches ronda para ver si todo está en sosiego y sigue en buen orden. Por la noche hay emisarios de centinela para impedir alguna visita nocturna: los cardenales pueden con todo hablarse en secreto, ya para aunar los votos, ya para hacer entrar en razon á los disidentes, pero siempre con una dignidad y nobleza digna de los gefes de la iglesia.

Por cansada é incómoda que sea la existencia de los cardenales en esta cárcel, sin embargo pasan en ella fugaces las horas con motivo de las muchas ocupaciones impuestas á cada uno de los votantes. Diariamente se reúne el sacro colegio para proceder á la eleccion; todos sus miembros llevan un catálogo para notar en él á medida que se hace el escrutinio el número de votos obtenido por cada candidato. Un cardenal para cada orden de obispos, sacerdotes y diáconos, es nombrado diariamente con encargo de presidir el escrutinio y de nombrar á los que han obtenido votos. Cada cardenal, despues de haber prestado juramento sobre el altar de que ejerce aquel acto sin interés ni miras humanas, sino obedeciendo á su conciencia y para mayor gloria de Dios y bien de la iglesia, deposita su papeleta de voto en presencia de tres inspectores en un caliz que está sobre una pequeña mesa en medio de la capilla. Las papeletas contienen los nombres del vótado, del que vota, y además cierto epígrafe particular tomado de algun versículo de la Biblia, y tienen muchos sobres, cada uno de ellos sellado. Cuéntanse con esmero las papeletas antes de abrir ninguna, y si el número no se encuentra igual al de los cardenales presentes, se queman y desde luego se vuelve á principiar el acto. Si una vez hecho el escrutinio se conoce que no hay mayoría de las dos terceras partes, número necesario para que haya eleccion, no se sigue adelante en el escrutinio, y se queman todas las papeletas que contienen el nombre de los votantes. Pero entonces tiene lugar la fórmula

accessit, es decir que algunos cardenales, á fin de que haya votacion unen su sufragio á los que han votado por tal ó tal individuo. En este caso se cuentan los votos del *accessit* y los del escrutinio para ver si de ellos resulta mayoría. En caso de afirmativa, se abren las papeletas que encierran el nombre de los votantes, y se comprueba si en efecto cada uno de ellos ha votado por el individuo que ha reunido mayoría. Cuando se verifica el *accessit*, los electores son dueños de no acceder al voto de los demas, y dicen *accedo nemini*, que es lo que muy comunmente sucede. Sin embargo, no pocas veces en el *accessit* se deshace cuanto se habia hecho en el escrutinio, obrándose por la inspiracion ó impresiones del momento y resultando elegido el que menos se pensaba.

Elígese tambien por aclamacion, por inspiracion, por adoracion, aunque son medios que raras veces se ensayan. El nombre mismo indica ya cual debe ser la eleccion hecha por los dos primeros medios; tocante al tercero, á la adoracion, tiene lugar cuando un cardenal se prosterna á los pies de otro y le adora de repente como á venerable vicario de Jesucristo: así es, por ejemplo, como fué elegido el cardenal de los Ursinos, Benito XIII.

Por último, cuando ha resultado mayoría y se han comprobado los votos, el cardenal decano y el camerlingue se adelantan hácia el elegido y le dirigen las palabras siguientes: *Acceptas ne electionem de te canonice factam in summum pontificem?* Acceptais la eleccion que de vos se ha hecho segun regla para sumo pontífice? Ruégase despues al nuevo papa que indique el nombre que desea tomar, una vez ha aceptado. Comunmente escoge el elegido el nombre del que le dió el capelo. Entonces el primer maestro de ceremonias estiende la acta del nombramiento y de todas sus circunstancias.

Desde luego se da principio á las muchas ceremonias religiosas que acompañan la exaltacion de un pontífice; la asamblea de cardenales reconoce al gefe de la iglesia besando una cruz de oro, á cuya adoracion responde el santo padre con dos abrazos. El estampido del cañon y el repique de todas las campanas de la ciudad esparcen muy luego la noticia; los romanos acuden presurosos á la basilica del Vaticano para saludar al pontífice que es llevado en silla de

manos hasta el altar-mayor: allí es donde recibe la solemne adoracion del sacro-colegio, mientras se entona el himno de accion de gracias, y mientras un inmenso gentio se agolpa á la puerta esperando la distribucion de costumbre.

La coronacion no tiene lugar hasta el domingo siguiente, y sé da principio á la ceremonia en el vestibulo de San Pedro. Siéntase su Santidad sobre un trono y dá á besar su pié al capítulo que acompaña á la flor de los príncipes de la iglesia. Encamínase el santo padre á la iglesia, seguido de su corte, del cuerpo diplomático, de la alta magistratura y del clero, celebra la misa y recibe el palio, manto de lana blanca, sembrado de estrellas negras. Desde el altar pasa al trono, y dejando la mitra de obispo se corona con la tiara que recibe de manos del decano de los cardenales. Notables son las palabras sacramentales de esta ceremonia.

« Recibid, le dice el prelado, la triple corona de la iglesia, que os recuerda que sois el padre de los príncipes y de los reyes, el príncipe del mundo, y el vicario de Jesucristo sobre la tierra. » En seguida bendice por dos veces á la muchedumbre, concede amplias indulgencias y se retira.

Hasta el dia de la Ascension no vá á tomar posesion de la silla pontificia en la basílica de San Juan de Letran. Su Santidad vá allá en silla de manos y á veces cabalgando: el vicario de Jesucristo sube de paso al capitolio. Allí debajo de un arco de triunfo, el senador de rodillas le presenta el cetro de ébano, recuerdo de la vara consular, y siguiendo su camino llega á San Juan, la madre de todas las iglesias del mundo, donde recibe una llave de oro. Mientras que el pueblo inunda la plaza, su Santidad se asoma al gran balcon de la basílica, donde le sigue su brillante corte. Bendice entonces al pueblo, y los oficiales del palacio echan por valor de treinta mil francos medallas acuñadas con motivo de la coronacion: de esta ceremonia podrá dar al lector una idea la pl. 138.

Ya que hemos hecho mencion del conclave, bueno será que nos detengamos un momento en hablar de los cardenales.

Por grande é imponente que sea todavía la dignidad de cardenal, ha perdido sin embargo mucha parte del prestigio y de la pompa que la rodeó en los brillantes dias de la corte roma-

na. Entonces se reputaban iguales á los príncipes soberanos, y muchos de ellos tenian una corte tan numerosa como la de los reyes. En el dia es muy modesto su estado comparativamente con la pompa brillante de sus pederosos predecesores, de la cual puede juzgarse por los elogios que un historiador da á la humildad, á la modestia y á la sencillez del cardenal Fabio de Chigi porque no llevaba mas que seis coches de acompañamiento en las grandes ceremonias. En el año de 1655 Fabio de Chigi era Alejandro VII. Los cardenales de hoy dia viven por lo comun muy retirados en un estado modesto, sin pompa, sin fausto, y el que mas lleva dos coches de acompañamiento. Su mas noble prerogativa es la de ser herederos presuntivos de la corona pontificia, y de ser únicos electores del vicario de Jesucristo acá en la tierra (a). Los cardenales dirigen los varios ramos de la administracion, como son los ministerios y las legaciones; son miembros de los diferentes consistorios en los cuales se tratan los mas árdulos negocios del estado y de la iglesia, presidiéndolos siempre el papa.

El origen del cardenalato es bastante incierto, pero sin embargo no vacilaremos en afirmar que no se remonta mas allá del siglo sexto; en sus principios no eran los cardenales mas que los curas de las principales iglesias de Roma, llamados presbíteros-cardenales.

Nicolás II, que gobernaba la iglesia en el año de 1050, les concedió la alta prerrogativa de elegir al papa, y en el concilio general de Lion, reunido en 1245, Inocencio IV les concedió el uso del capelo encarnado. Sin embargo, aun no tenian entonces la preeminencia que han adquirido despues; no firmaban mas que despues de los obispos, y creian su dignidad inferior á la del episcopado. Desde la época del concilio de Lion fueron ganando en dignidad hasta que alcanzaron esa superioridad que han conservado despues. En el año de 1464 Paulo III les permitió llevar la púrpura.

En 1277 no eran mas que siete los cardenales; Nicolas III subió este número á veinte. El

(a) Este pasage es de Menerbes; escusaremos repetir á cada paso los nombres de Chateaubriand, de Menerbes y de Lamartine, contentándonos con decir á los lectores que les pertenecen la mayor parte de las descripciones de *Roma Pintoresca*.

sabio Juan XXII le aumentó hasta veinte y cuatro en 1331; en 1517, Leon X, le estendió á sesenta y cinco; y por último el grande y austero Sixto V le fijó invariablemente en 1566 á setenta. En efecto desde esa época no ha habido mas variacion. Se dirá que la voluntad de hierro del inmortal Sixto V ha dado á su disposicion un carácter de perpetuidad; sus monumentos, sus decretos, sus instituciones, el terror de su nombre, subsisten todavia despues de tres siglos de convulsiones. Contemplad los muchos obeliscos levantados á las nubes para memoria de su nombre; leed en los bularios sus inmortales constituciones que rigen aun hoy dia á los romanos y á la iglesia, y comprendereis que el genio, emanacion visible de la divinidad, tiene como ella una verdadera inmensidad. Al caer de la tarde entrad por la solitaria puerta Angélica, en el inmenso palacio del Vaticano; alzad los ojos hácia esa pequeña ventanilla abierta encima de la puerta y enrejada, y mirad dentro de ella dos cráneos blanquizcos: son los de dos famosos bandidos que devastaron los estados de la iglesia y eran el espanto de la iglesia, pero que fueron esterminados: entonces os parecerá que los manes del justiciero Sixto Quinto se pasean por debajo de esas bóvedas con una magestad que impone á todas las generaciones.

En la misma bula que fijó definitivamente el número de cardenales, mandó Sixto Quinto que entre ellos hubiese siempre cuatro escogidos de entre las órdenes religiosas. Los cardenales ademas están divididos en tres órdenes, los cardenales-obispos, los presbíteros y los diáconos.

Se ha dicho y repetido en muchos paises que los cardenales asisten en Roma al teatro, y hasta algunas personas piadosas lo han creído. Por mi parte, afirma Menerbes, digo que los que tal cosa han propalado no han visto siquiera las murallas de Roma, y aseguro sin temor de ser desmentido que ningun cardenal se permite ir á los espectáculos. Los he visto de cerca, he estado entre ellos de dia y de noche, y uno de ellos me dijo: «Si tanta es la ilustracion de los franceses, ¿cómo no saben distinguir la verdad de la calumnia, y como son capaces de creer que los príncipes de la iglesia, de quienes dicen ser políticos, se olviden hasta confundirse con

los mundanos en sus placeres? Ademas de que, aunque uno ó dos lo hayan hecho en el espacio de algunos siglos, se ha de calumniar por esto á los sesenta y ocho restantes, que han conservado sus costumbres puras?

En esto y en otros errores popularizados se funda el adagio de que: *Roma veduta, sede perduta*. Falso. En Roma, como en todas partes, el verdadero pueblo, el pueblo en general, la clase media y la ínfima, son religiosas, sin afectacion, sin hipocresia, y si los que la echan de ilustracion son indiferentes, suya es la culpa y de sus principios, no de ningun mal ejemplo.

Lo que puede haber dado margen á varias preocupaciones contra los eclesiásticos de Roma, es que la mayor parte de los empleados, aun siendo legos, llevan el traje eclesiástico, y no es extraño que como legos se porten. Si fuese buena esta lógica, podríamos comparar en las universidades á los escolares legistas, con los escolares de teología ordenados, y deducir en vista de las costumbres de aquellos las de estos, solo porque llevan el mismo traje.

A medida que nuestro pie andará errante en medio de la soledad y de las ruinas de Roma, á medida que esplicaremos nuestros pensamientos y daremos cuenta de nuestras deliciosas emociones, procuraremos tambien destruir las preocupaciones cuyo fundamento es facil descubrir, ó que está oculto detrás de la máscara seductora de un filosofismo quimérico.

CAPITULO XIX.

El Viminal. — Ceremonias fúnebres de los antiguos. — Fuente de Termini. — Baños de Diocleciano. — Palacio imperial de Spalatro. — Iglesia de N. S. de los Angeles. — Iglesia de N. S. de la Victoria. — Basilica de Santa Constanza. — Puerta del pueblo. — El Corso. — Costumbres. — El carnaval en Roma. — La Befana. — El Saltarello. — La morra. — Villa Albani.

El viagero baja del Quirinal para dirigirse al Viminal, ó por mejor decir continua marchando

en línea recta hácia ese monte que no forma mas que una meseta junto con el Esquilino y el Quirinal al salir de la Suburra. El Viminal era el cuartel de los patricios, cuyo nombre nos recuerda aun hoy día una de las calles modernas. Levantóse en él el templo de Júpiter Viminal, convertido actualmente en iglesia de N. S. del Monte; admiráronse en el mismo los baños de Agripina, madre del impio Neron, los cuales han sido reemplazados por otra iglesia; construyéronse las termas de Olimpia, y á ellas ha sucedido la iglesia de San Lorenzo. Entre esos baños, esclusivamente reservados para las damas romanas, estaba el templo de Silvano donde jamas entraban las mugeres temerosas de alguna galante acometida de parte del dios. A Silvano se atribuía la conservacion de los árboles: en su lugar se levanta hoy día la iglesia de Santa Agata.

En un ángulo de la cumbre del Viminal, hácia la puerta de San Lorenzo, estaba una de las hogueras públicas para quemar los muertos, junto á una inmensa huesa donde se sepultaban los restos de los cadáveres. Los pobres y los esclavos eran echados mas bien que sepultados en la huesa comun; y los honores de la hoguera estaban reservados para los ricos. Permitásenos una corta digresion sobre esas ceremonias fúnebres. Pasaremos por alto los preliminares del entierro, como se cerraban los ojos al cadaver, como se le lavaba, como se le coronaba de flores, y se le dejaba expuesto durante siete dias enteros: supondremos que con todo su acompañamiento ha llegado el cuerpo al campo de Marte para ser quemado, pues la ley de las doce tablas prohibia que esto tuviese lugar dentro de la ciudad para prevenir los incendios. Preparábase la hoguera con leña seca, poniendo en los intermedios materias inflamables, colocábase encima de ella el cadaver, abriéndole los ojos para que mirasen al cielo, como último homenaje dirigido á la divinidad, y se ponía en la hoguera una moneda de plata para comprar del codicioso Caronte el paso de las sombrías márgenes.

Pronto se elevaban al cielo el humo y las llamas, y si el viento daba nueva actividad al fuego, se tenía á feliz augurio por el descanso de los manes del difunto. Se echaban á las llamas sus armas y vestidos, se daban algunas ve-

ces en torno combates de gladiadores, magníficos banquetes, juegos escénicos y corridas de carros: la presencia de una muger en estas ceremonias era reputada un sacrilegio. Cuando el cuerpo estaba completamente consumido en una mortaja de amianto, recogíanse las cenizas, se lavaban con vino y con leche, y se colocaban despues en una urna que era entregada á la familia del difunto. Entonces el sacerdote que habia presidido la ceremonia, decia á los presentes: «Podeis retiraros,» y todos lo hacian despidiéndose antes de las cenizas, no pocas veces con enternecimiento.

Por lo demas el Viminal ha sido siempre una de las mas risueñas colinas de Roma. Acariciada por el sol naciente, y puesta al abrigo del oeste húmedo, goza de una temperatura tanto mas templada cuanto la ciñen jardines y vastas y elegantes moradas que brindan á las familias acomodadas.

Pero lo mas rico de la colina es sin disputa la magnífica Villa Negroni, creada por Sixto quinto, puede decirse que encima de los antiguos templos de la Buena y de la Mala Fortuna. Entre las demas curiosidades del Viminal, se cita la fuente de Termini, una de las mas considerables de Roma, que ha inspirado al Tasso algunas hermosas octavas. Antes de Sixto Quinto, el agua sacada de los pozos y traída en barriles, se vendía en Roma. Aquel papa fué quien primero hizo uso de los antiguos acueductos para la conduccion del agua, de manera que en el día, en medio de los escombros y de la renovacion de la ciudad eterna, el agua puede en cierto modo llamarse uno de los restos de la antigüedad. El colosal Moisés de la fuente, que á algunos viajeros novicios se les ha dicho ser la obra maestra de Miguel Angel, se parece á un Sileno.

No bajaremos al Viminal sin hablar de los baños de Diocleciano; tenían mas de dos millas de circunferencia; la arena que servia para los ejercicios de equitacion, existe aun en parte y forma un vasto jardin. Una de las salas, tiene trescientos treinta y seis pies de largo, setenta y cuatro de ancho y ochenta y cuatro de alto. En este edificio estaba la biblioteca Trajana rodeada de escuelas y de paseos. Ademas de las salas públicas de baños, habia otras salas particulares en las cuales se servía con el mayor lu-



Mansueti del.

S.M. degli Angeli nelle terme di Diocleziano.

Thermes de Diocletien.



Dagincourt.

Audet edit.

Audet sc.

Palazzo di Diocleziano a Spalatro di Dalmacia.

Palais de Diocletien à Spalatro en Dalmatie.

jo. Las soberbias urnas de Basalto y de pórfido, de elegantísima forma, que brillan hoy día en los mas hermosos altares de Roma, no sirvieron antiguamente mas que para bañarse en ellas los ricos voluptuosos. El pueblo no entraba probablemente mas que en las salas comunes, pero eran tan vastas que en ellas podian bañarse á la vez tres mil personas. Un convento de Cartujos se ha levantado en estos sitios, y en el patio de su jardín se halla una fuente rodeada de enormes cipreses plantados por el mismo Miguel Angel cuando construyó los claustros del edificio.

Ya que estamos en las Termas de Diocleciano, permítasenos hacer mencion de un edificio no menos famoso del mismo emperador: tal es el palacio que hizo construir en Spalatro, ciudad de la Dalmacia (*Pl. 156*), morada digna de la magestad que le levantó. Entre sus curiosidades no debe ponerse en olvido un templo, acaso de los mas singulares que se hayan visto, y adornado con un hermoso pórtico, edificado por decirlo asi en un salon del palacio, y consagrado á Júpiter: interiormente se parece mas á uno de nuestros hornos que á otra cosa. La fachada principal del palacio de Spalatro se parece mucho á la denominada el *Tablinium*, en las Termas de Diocleciano.

Una de las salas de estas Termas fué transformada por Miguel-Angel en la iglesia de N. S. de los Angeles (*Pl. 156*) que tiené la forma de una cruz griega. Pero, alrededor de este edificio era mas alto el terreno que su pavimento, y aquel artista hizo levantar este seis pies, enterrando otro tanto las columnas antiguas conservadas en su base primitiva, cosa que ha alterado mucho sus proporciones. Éntrase en esta magnífica iglesia por medio de un vestíbulo redondo, que fué un tiempo una de las salas de los baños, y donde se descubren los sepulcros de Carlos Marata y de Salvador Rosa. En la sala lateral, que se cree haber sido antiguamente la Pinacoteca, se ve una hermosa estatua de San Bruno, obra de Houdon. Tambien llaman nuestra atencion algunos hermosos cuadros y un fresco admirable del Dominiquino, cuyo colorido vigoroso hace todo el efecto de la pintura al óleo. En sus principios no se encontraba en N. S. de los Angeles, pero fué trasladado á él con arte por el famoso Zabaglia.

Tócanos ahora dar al lector un rápido análisis de la Iglesia de N. S. de la Victoria que está al otro lado de la calle Pia. Dióselo el nombre que hoy día lleva con motivo de las victorias que los católicos ganaron á los hereges por medio de la intercesion de la Virgen. El cardenal Escipion Borghese levantó la fachada á sus costas, en reconocimiento del regalo que se le habia hecho de la famosa estatua del hermafrodita encontrado cerca de la iglesia, y que actualmente se admira en el museo de Paris. La suntuosa capilla de Santa Teresa fué erigida, y adornada á espensas del cardenal Federico Cornaro; la estatua que representa á la Santa en éxtasis, junto á un angel, pasa por la obra maestra de Bernin. Las demas capillas son hermosas y preciosamente adornadas, formando el conjunto un templo admirable: sus pinturas y esculturas son muy apreciadas.

Vengamos á Santa Inés que ha conservado mas que ninguna otra iglesia la forma de las antiguas basílicas romanas. Erigióla Constantino á ruego de su hija Constanza, en el mismo sitio donde fué descubierto el cuerpo de aquella casta heroina. En una de las tres naves hay cuatro soberbias columnas, únicas en su clase por la singularidad de contarse en ellas hasta ciento cuarenta estrías.

En las cercanías de Santa Inés se encuentra un templo denominado de Baco, y consagrado hoy día á Santa Constanza (*Pl. 137 Tom. 1*). Aunque en la bóveda haya aun pintados racimos, no es esto una razon suficiente para atribuir este monumento al dios del vino. Otros pretenden que con efecto no fué un templo consagrado á Baco, sino un baptisterio destinado para la hermana y la hija de Constantino el Grande. Tocante á los racimos de la bóveda, nada prueban, puesto que eran adornos usados tambien por los cristianos, como á emblema de la abundancia, de la alegria y de la prosperidad. Lo que demuestra que este edificio ha servido despues de sepulcro á los Constancios, es el sarcófago descubierto en él, encima del cual hay esculpidos en bajos relieves los mismos símbolos que se vén en la bóveda.

La entrada mas imponente de Roma moderna es sin contradiccion la puerta del Popolo, nombre que deriva, no del pueblo como muchos viajeros se complacen en repetir, sino de un

bosque de *pobos* que en otro tiempo habia en las cercanias. Está del lado de la Toscana, entre los cuarteles que orillan el rio, y el Pincio, antiguamente triste, mas hoy dia lleno de edificios y de deliciosos plantios. De este punto parten tres calles: solo hablaremos de la del centro, del Corso, que sigue la direccion de la via Flaminea.

El eterno Corso, con sus magnificos palacios y sus tiendas, concentra á la vez la corta industria de Roma, y las vanidades de la grandeza que se pasea allí en carrozas, en distintas horas segun son las estaciones. El Corso favorece la opinion de los que reputan ser la poblacion un medio de salubridad; el ambiente de esta calle animada pasa por el mejor de la ciudad, mientras pueden en cierto modo llamarse apestadas las bellas pero solitarias *villas*. Lo que mas popularidad da al corso son los paseos diarios de que es objeto, y sobretudo las fiestas brillantes del carnaval (Pl. 157).

Decidida es la afición de los romanos á toda clase de diversiones, y el carnaval merece entre ellas una mencion particular por la libertad excesiva que reina en la capital durante esa alegre temporada. Esas modernas bacanales no duran mas que una semana, pero tan llena de extravagancias que bien puede suplir á algunos meses de diversiones: todos toman parte en ellas, grandes y pequeños.

Se da principio á esa larga comedia con una especie de solemnidad, pues dan la señal la campana del Capitolio y el cañon del fuerte. Antes que resuene el estampido de este no puede salir ninguna máscara, pero una vez ha resonado, de todas partes se precipitan hácia el Corso, teatro general de todas las locuras. En un abrir de ojos, llénase la calle de coches, de carros, de curiosos que se colocan en las aceras y de máscaras que se adelantan á pie seguidas de su caterva. A este lado se adelantan coches cuyos lacayos llevan el traje de los marqueses del siglo pasado; aqui un carro con gente que ejecuta alguna divertida pantomima; acullá una vieja y uno que se finge borracho; al otro lado algunos mozalvetes con sus comparsas, contando casos divertidos, ó sermoneando: todos con los mas ricos trages que pueda suponerse. Desgraciado del que se pasee sin máscara, con alguna gravedad, sin tomar parte en la alegría,

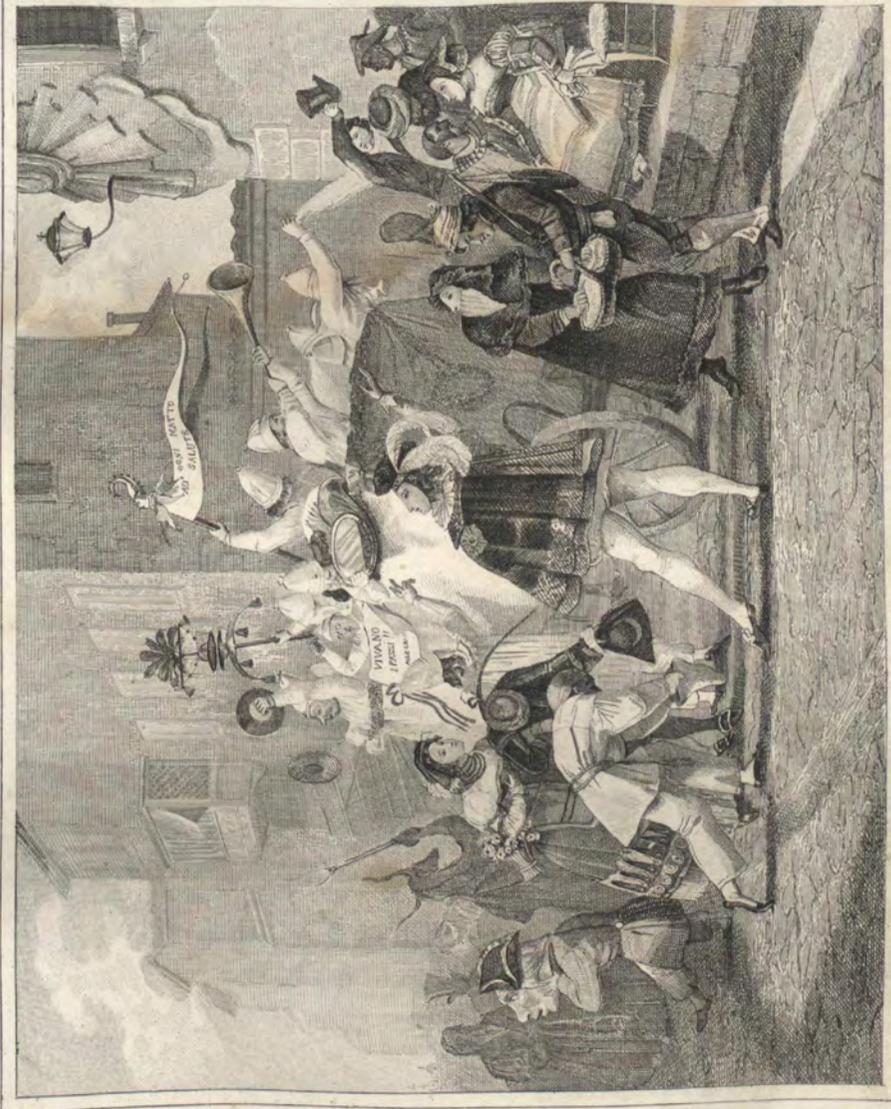
y como reputándose superior á las humanas flaquezas! en el momento mismo le acometen veinte máscaras, siempre á cierta distancia, y hacen llover encima de él unos polvos que en un daca esas pajas le ponen enteramente blanca la ropa, aunque sin menoscabársela.

En otro tiempo el Corso se convertia durante el carnaval en una especie de Olimpo donde se reunian todas las divinidades del paganismo; pero la mitologia no es ya de moda. En medio de las máscaras se descubre casi siempre *la historia del mundo*, es decir un enorme carruaje lleno de personajes que aumentan de bulto á su antojo; zorros y lobos mezclados con cerdos y gallinas, por cochero un mono, y por lacayos perros y gatos. Las señoras se disfrazan de labriegas, cosa que aumenta infinitamente su gracia. Todas estas escenas están animadas por una alegría loca: es una verdadera fiesta en la cual todos toman parte sin distincion, y que es infinitamente mas animada que en ningun otro pueblo. La calle tiene mas de una milla de largo, y á cada lado una línea de palacios; figurémonos, pues, este espectáculo en una inmensa galeria, entre dos anfiteatros y mas de diez mil balcones ocupados por unos cien mil espectadores divertidos por un enjambre de locos durante una semana entera, á razon de cinco horas por dia, y tendremos una idea de lo que es el carnaval en Roma. Véase una escena del mismo en la Pl. 157.

A las dos el cañon da la señal de la retirada, y entonces se dá principio á las corridas de caballos en la misma calle despejada de máscaras. El postrero dia de carnaval, así que se ha dado la última corrida, la escena cambia de repente y no resuena mas que el lamentable grito de *é morto carnavales*. Cada máscara enciende una vela, y repiten todas á coro el grito de muerte.

El miércoles de ceniza está abismada Roma en la calma del sueño; los locos de ayer, son los meditabundos de hoy: no sucede como en otras partes donde el primer dia de cuaresma, lo es de profanacion.

Mas adelante hablaremos de las principales ceremonias religiosas; ahora mencionaremos algunas solemnidades de los dias de Pascua. Merece sobretudo esta mencion la milagrosa iluminacion de la cúpula y de la fachada de San Pedro. Ninguna ciudad del mundo puede ofre-



Albani sc.

Albani sc.

Roma. Il Carnevale.

Thomas del.



La Befana.

M^{re} Hardbourn Lascot p.

Andes edit.

J. Rouquet sc.







N^o Handeourt L'écrit del.

Andet del.

Asker 10.

Roma. Il Saltarello.



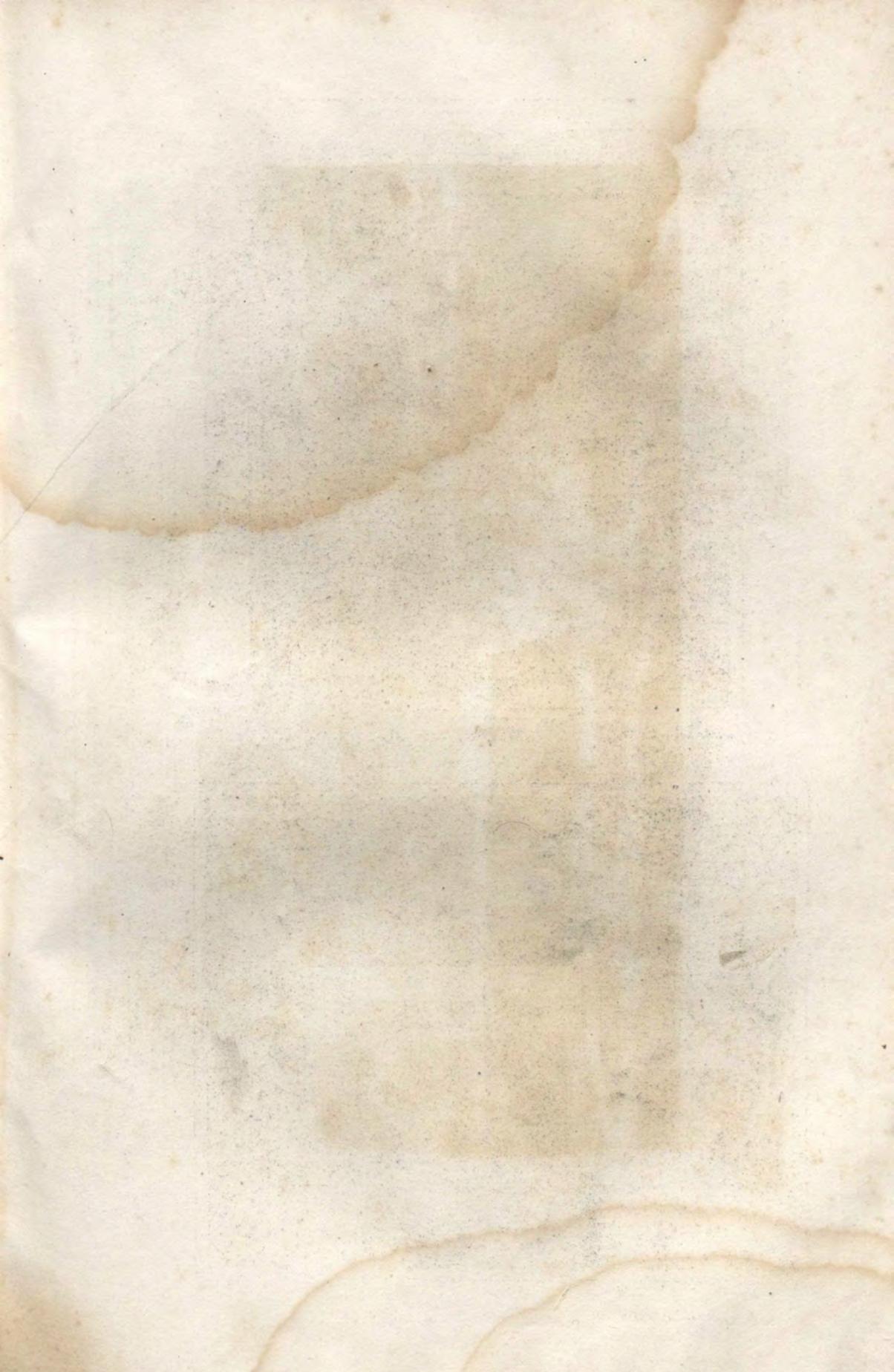


St. Jansdijkers' Loois P.

Andrië 1818

La Noord.

K. Hoogstraal 1818



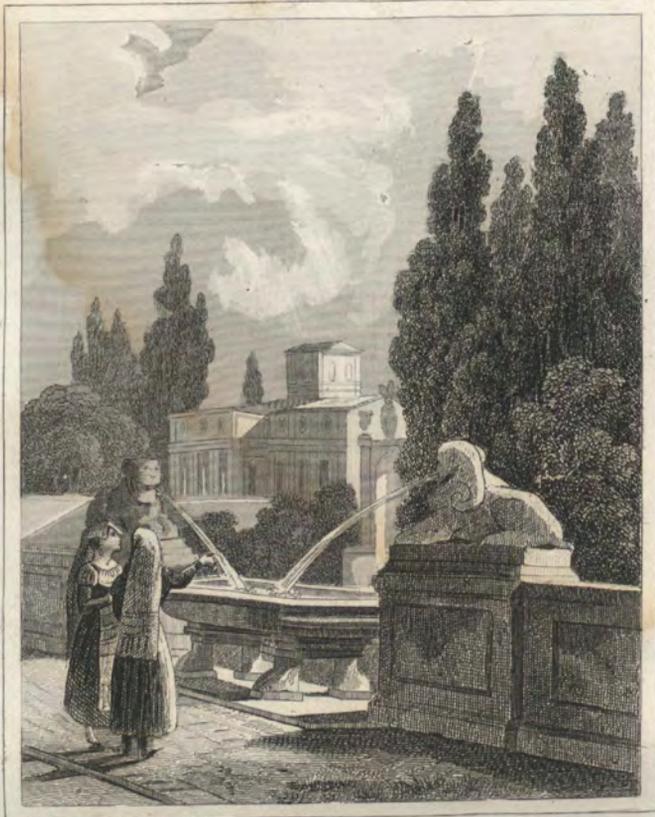


Pincherle del.

Andri del.

Andri del.

Villa Albani.



Sala di Bigliardo. Villa Albani. Salle de Billard.



Bouche del.

S. Stefano rotondo.

Andal vista.

Roma.

Aubert sc.

S^t Etienne le rond.

cer semejante espectáculo. El lunes de Pascua tiene lugar un fuego artificial, y una especie de simulacro militar en el castillo de San Angelo. Aquello parece una lluvia de fuego que forma cascadas y va según visos á reducir á cenizas el castillo, produciendo un espectáculo el más admirable, que dura como media hora.

No olvidemos la *Befana* (Pl. 158) al hablar de las diversiones de Roma. En medio de mil juguetes y dulces puestos en venta, está una vieja vestida de negro, y con la cara embadurnada; es la *Befana*, es el fantasma que ha bajado por la chimenea en la hora en que nació Jesus para llevar dulces á los niños obedientes y sonrisos, y para castigar á los malos. Esta escena, que no es peculiar únicamente de la Italia, tiene lugar no solo en los lugares mas frecuentados de Roma, sino tambien en muchas casas particulares, lo que produce un divertido espectáculo de familia. Las clases acomodadas se hacen en estos dias mutuos regalos, á lo cual se dice dar y recibir *la Befana*.

Continuemos esas escenas en medio de las costumbres verdaderamente italianas hablando de otra diversion no menos favorita de los romanos que lo es de sus hijos la *Befana*. Queremos decir el baile, ese ejercicio al cual se entrega cada pueblo de distinta manera según su carácter.

Conócense en los estados romanos varias especies de danzas; pero la principal, la característica es el Saltarelo (Pl. 159). Bailante ordinariamente dos, al son de la guitarra ó del pandero. En *Testaccio*, en presencia de muchos espectadores, es donde los *eminenti* (los elegantes del pueblo (véase Pl. 147), se entregan á este ejercicio con la mayor ligereza, gracia y abandono.

El Saltarelo viene á ser la escena de una declaracion de amor. Saltando á compás uno al alrededor de otro los danzarines espresan la pasión que sienten, el deseo de agradar, la alegría ó el pesar, los celos ó la desesperacion; por último, el danzarín pone una rodilla en tierra para enternecer á *la sua cara*, la cual se acerca á él gradualmente, siempre bailando; y cuando se inclina sonriéndose hácia su pareja, levántase el joven, y algunos saltos vivos y ligeros dan fin á la pantomima. Cuando los espectadores están dispuestos á tomar parte en la danza, así que uno de los bailarines está cansa-

do, se mete entre aquellos, reemplazándole otro en el instante mismo: de esta suerte todos van continuando el saltarelo prolongándole á su placer.

El juego de la morra (Pl. 160) al cual son muy aficionados los romanos, tiene una antigüedad que se remonta á los tiempos de la república. Ciceron, para caracterizar á un hombre de quien se puede uno fiar, dice: *Dignus est quicum in tenebris nices etc.* Es digno de que se juegue con él á la morra en la obscuridad, porque de buena fé os dirá los dedos que ha levantado. Los romanos se ejercitan tambien en otros muchos juegos, mas como no tienen un carácter peculiar, los pasaremos por alto, apresurándonos á conducir á nuestros lectores á la Villa-Albani y á Tivoli, donde presenciaremos otros espectáculos no menos curiosos.

Imposible es describir las bellezas de Roma sin hablar de sus villas, é igualmente es imposible hablar de estas sin poner en primera línea entre todas las quintas y casas de campo la Villa Albani (Pl. 161-162). Edificada junto á las ruinas del templo de Venus Ericina, es á un tiempo la mas elegante por su arquitectura, y la mas rica en antigüedades: es la obra de un cardenal instruido y virtuoso. Alejandro Albani concibió por sí mismo el plan, y confió su ejecución á Carlos Marchionni. En una época en que los romanos no apreciaban mas que medianamente los tesoros de sus ruinas, hizo una coleccion de bustos, de estatuas y de bajos relieves, con los cuales formó su museo, rico depósito establecido en una villa encantadora. El inmortal Winckelmann se encargó de la dirección de los trabajos, y puede reputarse que la villa fué por algun tiempo el mas rico de los museos de antigüedades. Por dos veces las revoluciones la han espuesto á los escesos del vandalismo, y así es que en parte ha sido despojada de sus estucos y de sus mas preciosos tesoros.

Un largo catálogo reuniríamos si quisiésemos citar en detall y con exactitud las muchas pinturas, que, aunque medianas, son por la mayor parte admirables. Abandonamos, pues, á otros la tarea de conservar el nombre de las estatuas, de los frescos, de las decoraciones, y de los adornos de toda clase, que hacen de la quinta de los Albani una de las residencias dignas de los reyes.

El jardín de la Villa Albani, ofrece dos hermosas fuentes, una de ellas enriquecida con un pilón de granito que tiene mas de cuarenta pies de circunferencia, y la otra adornada con hermosos mármoles, con cascadas y con dos estatuas colosales, una representando Roma, y otra la Europa. El jardín separa la habitación principal de un edificio semicircular que sirve de perspectiva al palacio. Este está adornado con veinte y seis columnas que forman pórtico. El vestíbulo y la galería ofrecen dos estatuas de mármol negro de Egipto, y algunos bajos relieves y mosaicos antiguos de un hermoso trabajo. Aquí es donde debe deplorarse la pérdida de muchos objetos preciosos, destruidos ó robados.

La Villa Albani pertenece en el día al cardenal José Albani, oriundo de la misma familia que su primer propietario.

Al salir de esta suntuosa morada no faltará un Ciceroni que cuente al viajero una anécdota que nos permitirá no pasar por alto. La familia de los Albani tiene fama de haber protegido en todos tiempos las artes. Un individuo de la misma, muy aficionado á la música, invitó cierto día al célebre Caffarelli á que viniese á cantar en una reunion que al efecto tendria lugar en aquella Villa. El cantor dió su palabra de que no faltaria, mas no la cumplió. Por mucho tiempo la reunion le estuvo esperando con la mayor impaciencia, y por último se decide Albani á enviarle á buscar, y le encuentran en bata, poco dispuesto para salir. Recuérdañe la palabra que ha dado, y la reunion de caballeros y damas que le espera.

— Oh! *che disgrazia!* esclama Caffarelli, me he olvidado, pero ya es tarde; será para otro día.

Pero Albani no era hombre para que de él hiciese burla un artista, por mas eminente que fuese. Envía á su casa su secretario, con cuatro robustos criados, cada uno armado de un buen látigo. Al verlos, juzgó prudente Caffarelli no oponer resistencia, y seguirlos. Condujéronle al salon del cardenal, y allí empezó á cantar en medio de las aclamaciones de una reunion á la cual interesaba vivamente esta escena. En efecto, el artista desplegó todos los recursos de su incomparable talento, sin que alterase su voz el miedo ni el enojo. Un estalli-

do de bravos resonó al oír las últimas palabras del cantor.

Despues de este triunfo, metieron á Caffarelli en otra sala, donde el secretario le ofreció un rico presente de parte del cardenal, diciéndole: « Ved ahí la recompensa de vuestro talento; recibid ahora la que ha merecido vuestra insolencia. » Al mismo tiempo cada uno de los cuatro criados le descargó á su vez un fuerte latigazo. El desgraciado da un grito de dolor que se oye desde la sala de reunion, y esta vez tambien su voz escita fuertes bravos que le hacen espiar cruelmente los que la admiracion acababa de prodigarle.

La venganza fué cruel, pero antes de dar una palabra debia pensar Caffarelli si queria cumplirla.

CAPITULO XX.

Un viage á Tivoli. — Villa-Adriana. — Vicovaro. — Frascati. — Palestrina. — Subiaco. — Los bandidos. — Trages de las cercanias de Roma.

Entre las excursiones alrededor de Roma de que conservará el viajero mas dulce recuerdo, debe contarse el viage á Tivoli, pais encantador que reúne todos los prestigios, todos los perfumes, todos los recuerdos. Allí los sentidos y el corazon están estasiados mas que en ningun otro punto del globo, porque la antigua Tibur, desde lo alto de sus rocas escarpadas y rodeada de esa ligera niebla que suaviza su atmósfera, brilla aun con todo su resplandor y con toda su nombradía.

Este lugar es el punto de reunion de todos los artistas del pais, pues les ofrece los modelos mas variados, los accidentes mas singulares, y los mas sorprendentes contrastes. El pintor, el poeta, el arqueólogo y el filósofo, encuentran en él objetos siempre nuevos de curiosidad y de estudio. El que tuviese la dicha de reunir todos esos talentos y esos gustos, podria á su placer observar, estudiar, y pedir inspiraciones á las maravillas de la naturaleza y del arte con que le brinda esta comarca. Aunque per-



Leopoldi del.

Sepolero di Plauxia.

Roma.

Tombeau de Plautia.



Ruhl del.

Interno della Città.

André del.

Tivoli.

Antoni sc.

Intérieur de la ville.

manezca en ella mucho tiempo, no podrá abandonarla sin pesar.

Para dirigirse á ese risueño rincón del universo, como le ha llamado un poeta, se sale de Roma por la puerta de San Lorenzo. A menos de una milla de distancia se descubre la basílica de este nombre que ya hemos dado á conocer á los lectores en la esplicacion de la pl. 140. Entrase entonces en la antigua via Tiburtina que se adelanta por entre templos y sepulcros. En medio de estas ruinas se descubren á cada paso inscripciones y restos curiosos. Aquí el sepulcro del orgulloso Palas, liberto de Claudio, mas allá el Campo Verano debajo del cual hay abiertas catacumbas que encierran las reliquias de infinitos mártires.

Atraviésase despues el Anio, llamado vulgarmente le Teverone, por el puente Mammiolo, nombre derivado del de Julia Mammea. La vegetacion de entrambas márgenes forma en este lugar un agradable punto de vista.

El antiguo Lacio se estiende hasta el meson del Forno. En seguida se pasa un puente echado sobre el canal de la Solfarata, constiuído para poner en seco el canal del mismo nombre que exhala un fuerte olor de azufre. La espuma del lago, mezclada con el polvo, con las hojas y las ramas, forma en su superficie ligeras aglomeraciones que le han valido el renombre harto poético de lago de las islas nadantes. A corta distancia recogerá el viagero petrificaciones de curiosos vegetales formadas por las aguas de otro lago nitroso y sulfúrico.

No muy lejos están las ruinas de los baños de Agripa, que fueron saludables á Augusto; en el día se llaman los baños de la reina. Castellan presume que pueden muy bien ser los restos de la villa de Régulo, sabio jurisconsulto de quien hablan Plinio y Marcial. Este en sus epigramas dice que cierto dia un largo pórtico y el *ambulacrum* de aquella casa de campo se desplomaron de repente sin que nadie pereciese.

A la izquierda del canal de la Solfarata, se encuentra la famosa cantera de Travertino, llamada piedra Tiburtina, blanda al salir de la cantera y que adquiere mucha dureza al aire libre. Véanse tambien muchos sepulcros, antiguos á orillas del camino, y á alguna distancia un gran número de quintas de los habitantes de Roma y de Tívoli.

Llégase por fin al puente Lucano (Pl. 163), modelo de uno de los mas hermosos paisages de Guaspro Poussin, tan apasionado á las bellezas campestres de las cercanías de Roma, que poseía en ellas cuatro casas, las dos mas cerca de la ciudad y de Tívoli, y otra en Frascati. Al último del puente está el noble mausoleo de la familia Plincia que conserva dos inscripciones antiguas, y que sirvió de fortaleza en la edad media, como el sepulcro de Cecilia Metela, cuya elegante forma y grandeza nos recuerda.

Al fin estamos en Tívoli! Cómo esplicar la emocion que causa en el alma del viagero la vista de este delicioso lugar! Antiguas fortificaciones, torres que rivalizaron en altura con los campanarios de los templos cristianos, todo dispuesto con una especie de simetria pintoresca en la cumbre de una vasta colina, cuyas vertientes aunque escarpadas están cubiertas de una abundante vegetacion. En todos los puntos donde la industria ha podido trasladar algunas pulgadas de tierra, se vén árboles frutales y viñedos; los peñascos están cubiertos de musgo y de hierbas cuya verdura alimentan las húmedas nieblas que incesantemente las cercan. Las aguas serpentean por todos lados con mas ó menos abundancia, y despues de haberse prestado á usos de utilidad, escúrrense por entre las casas y los árboles, son un adorno de la comarca por medio de sus cascadas, y producen por último hermosos saltos de agua que son la admiracion de los viageros y la desesperacion de los paisajistas.

La primera noche que se pasa en Tívoli, lo es de insomnio, á causa del ruido continuo de las aguas que se precipitan por los canales subterráneos, abiertos al través de la montaña, encima de la cual está construida una parte de la villa. Recuérdase entonces que muchos viageros, singularmente Chateaubriand, se han encontrado en una situacion análoga. «Ocupo, dice el autor de los Mártires, una pequeña sala frente de la cascada que oigo mugir. Procuro echar hácia ella una mirada, pero en medio de la profunda obscuridad no descubro mas que unos blancos resplandores producidos por el movimiento de las aguas. Me ha parecido ver á lo lejos un recinto formado con árboles y casas, y alrededor de este recinto un círculo de montañas. No sé lo que el dia cambiará mañana de

ese paisaje nocturno. La caída de las aguas forma un ruido sordo que imita frecuentemente el bramido del trueno, según el sonido llega directamente al oído, ó que hayan declinado su dirección los vientos. Este continuo ruido, la alternativa de una claridad más ó menos viva, nos hace experimentar una agitación estraña que podría compararse á un acceso de fiebre. Esta agitación, el estado en que nos deja como vacilantes entre el sueño y la vigilia, suspende nuestras facultades físicas y no commueve más que la imaginación.

Según unos la fundación de Tibur se remonta al año 462 antes de la fundación de Roma, y según otros al de 753 antes de la era cristiana: en todo caso la época mas brillante de Tibur, ahora Tivoli, se remonta al tiempo de Augusto. Cuando este afortunado conquistador hubo pacificado el mundo, y que á consecuencia de sus victorias, las artes y los placeres hermanaron con sus glorias militares sus triunfos mas tranquilos, las cercanias de Tivoli llegaron á ser el retiro encantador de una multitud de hombres célebres. Pero cuando murió Augusto pareció que le seguian al sepulcro la vida, la prosperidad y la riqueza de la villa. El entronizamiento de Adriano pareció hacerla renacer momentaneamente.

En breve volvieron á obscurécese los destinos de Tibur; perdió el nombre de soberbia que la habia dado Virgilio, y todas las ventajas que habia reportado de la permanencia de los emperadores y de los ricos y voluptuosos romanos: entonces fué, ni mas ni menos que Roma y el resto de la Italia, víctima de la devastación que los bárbaros estendieron sobre la tierra.

Pero con todo esto Tivoli no ha perdido nada de los encantos que debe á la naturaleza. Desde el ángulo de una montaña puesta al abrigo de los vientos del norte por otra mas alta (Pl. 169), des cubrense á un lado las hermosas montañas que cierran la entrada de la sabina, y al otro la magnífica meseta de Frascati. Roma aparece en la llanura, entre ese doble anfiteatro y el mar. He aquí el sitio predilecto de los romanos antiguos, y frecuentado por los romanos modernos, que van á pedirle un ambiente puro, sus excelentes frutas, y sobretodo unas uvas justamente alabadas.

En estos sitios se levantó un tiempo el famoso

templo de Hércules, el Pátras griego de Tibur, y en su lugar vemos hoy dia la catedral de San Lorenzo. Debajo del pórtico de este templo acostumbraba Augusto administrar justicia.

Otro edificio que no merece menos llamar nuestra atención es el templo de Vesta (Pl. 163). Tiene forma circular, y está situada, como el nido de una águila, en la cumbre de un peñasco cavernoso, y rodeado de precipicios en los cuales se sepulta el Anio. El templo no debía recibir luz mas que por la puerta ó por la abertura de la bóveda, puesto que las ventanas que en él vemos hoy dia parecen menos antiguas que la construcción primitiva cuyo origen se ignora. De diez y ocho columnas de orden corintio que le rodeaban en forma de peristilo, no han quedado mas que diez. En lo demas está muy deteriorado, pero no deja de ser muy pintoresco, con sus grietas y con sus restos suntuosos. Debajo de este templo hay grutas y galerías abiertas á pico en la roca, y por cierto que son las mas interesantes curiosidades de Tivoli.

Bajemos ahora á ese parage tan conocido con el nombre de gruta de Neptuno (Pl. 164), y que con mas razón podría llamarse el palacio de esta húmeda divinidad. Figurémonos un inmenso peñasco en el cual la fuerza de las aguas ha abierto una infinidad de caminos secretos, al través de los cuales se han abierto un camino los torrentes para reunirse en un abismo; en el mugen á la vez, llenan la atmósfera de un polvo húmedo, la agitan y mueven un torbellino con el rápido impulso de su corriente.

El aire comprimido esparrace sonidos, unas veces sordos y estrepitosos otras, que se prolongan en largos silvidos ó en una especie de cadencia, y todos estos ruidos, confundidos y repetidos por los ecos, exaltados ó modificados por los vientos, producen una especie de armonía estraña y terrible que no deja oír la voz de los hombres, el sonido de los instrumentos, ni el estampido de las armas de fuego, y que por decirlo así impone silencio á toda la naturaleza, para hacer resonar sin obstáculo los acentos del dios de las tempestades. Aun mas; cuando esta especie de ahullido salvaje se hermana con el crugido de los árboles agitados por los borrascosos aquilones, y cuando el trueno y los rayos se acercan con estruendo á este sitio,



Amberg del.

Grotta di Nettuno.



Amberg del.

Tivoli.

Cascata.

Scalchi del.





Le Cascatelle.



Autot scil.

Autort 20.

Tivoli.

Tempio della Sibilla.



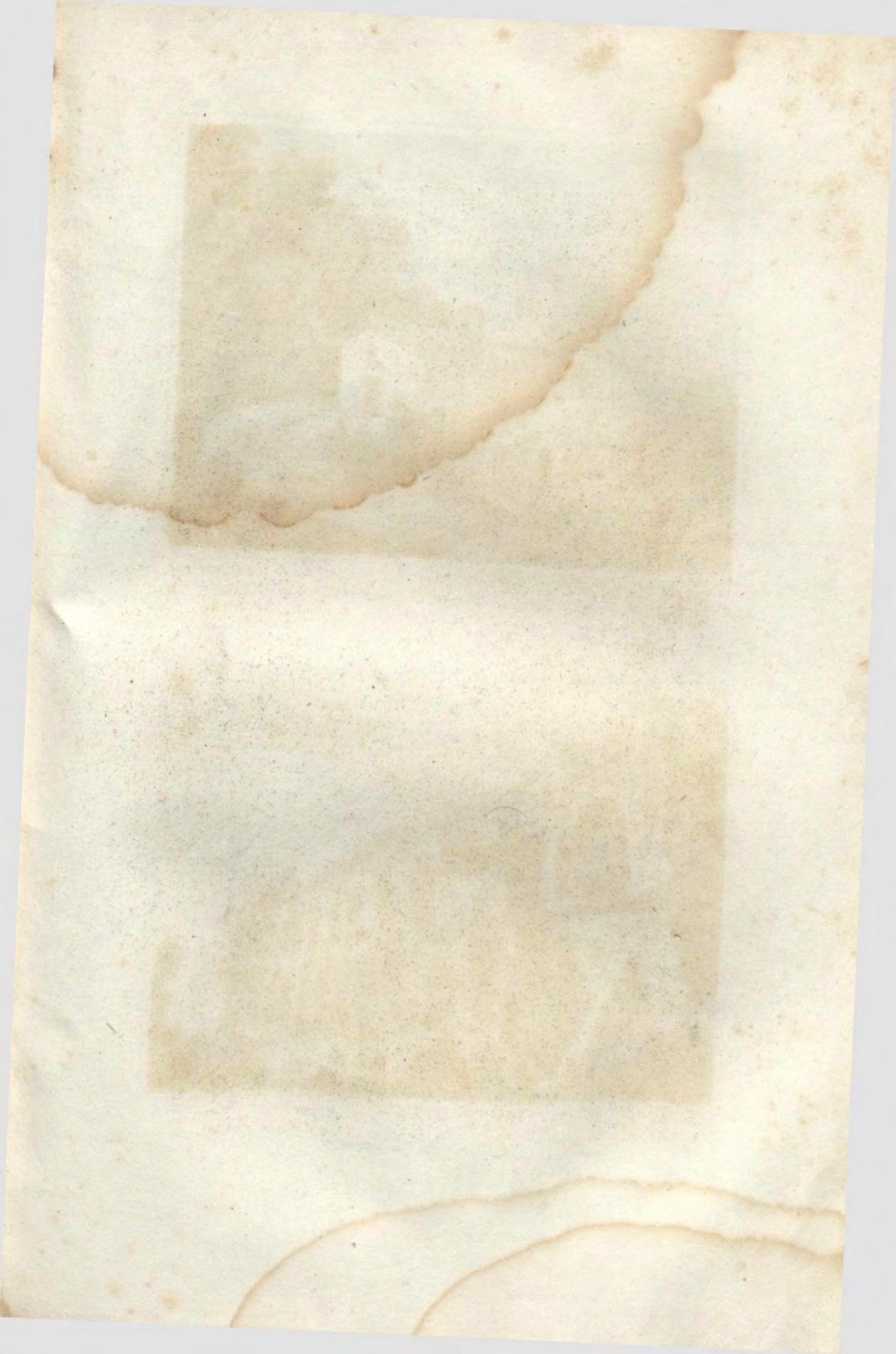


Grundmann del.

Winkler sc.

Tivoli.







Avanzi della casa di Orasio. Tivoli. Restes de la maison d'Horace.

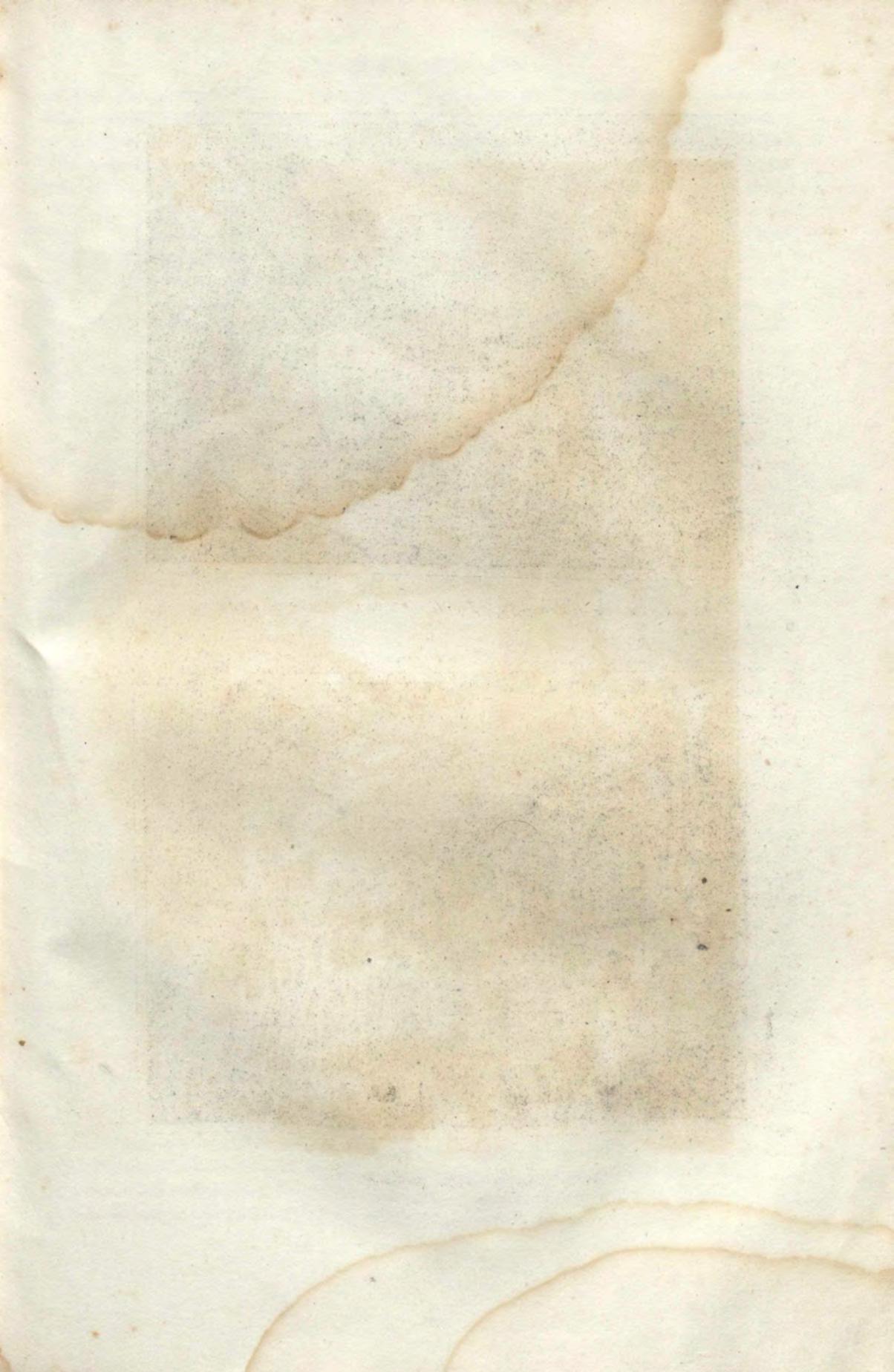


Piranesi del.

Audot del.

Aubert sc.

Tivoli. Villa Maecenate.





Frommelt del.

Andri sculp.

Hubert sc.

Tivoli. Villa d'Este.

entonces esta escena, única en la naturaleza, absorbe todas nuestras facultades, humilla nuestro entendimiento, y hace sentir la nada de las ambiciones, de las grandezas y del poder humano. En el fondo de esos precipicios no se ven mas seres vivientes que una que otra paloma torcaz que atraviesa en todos sentidos el vapor de agua donde se complace en bañar sus alas, que revolotea en el valle, y que baja algunas veces hasta el nivel de las grutas.

La especie de pylon de la gruta de Neptuno, dice Chateaubriand, tiene la forma de una copa, y en él he visto beber las palomas. Un palomar abierto en la roca, ofrece á esas pobres aves una hospitalidad engañosa. Créense seguras en ese lugar al parecer inaccesible, y hacen en él su nido; pero un camino secreto conduce allí, y durante las tinieblas de la noche un hábil raptor roba los hijos de debajo las mismas alas de la madre, al ruido eterno de las aguas. Desde este abismo se precipita después el agua á la gruta de las Sirenas, nombre que se aviene mal con el horror que inspira.

Dirigese después el viajero al pequeño convento de San Antonio, y una tradición conservada entre los habitantes de Tivoli le indica que están ahí los restos de la casa de Horacio (Pl. 166). Situada esta quinta á la orilla izquierda del Anio podia llamarse Sabina ó Tiburtina segun las espresiones de Suetonio, que la coloca en las cercanias del bosque sagrado de Tiber.

Pero un espectáculo admirable se ofrece de repente á nuestras miradas. He aqui de nuevo las pequeñas cascadas! Aqui el rio juguetea en los aires (Pl. 165), se embellece con el reflejo de la luz, se penetra de los rayos del sol, se oculta en las entrañas de la tierra, vuelve á aparecer y da un salto hasta el fondo del valle, y atraviesa la verdura y las flores. Este sitio debe visitarse por la mañana, pues entonces no está aun fatigada la mente por un largo cansancio, y conserva todo su vigor para apreciar en lo justo los maravillosos cuadros que la naturaleza les ofrece en abundancia. Aqui las cascadas se deslizan suavemente sobre el peñasco, mas allá forman transparentes cristales, y al otro lado nos ofrecen la imagen de un musgo de nieve. Pero, como pintar la mas principal, la mas abundante y pintoresca? Un rio entero

que se lanza por muchas aberturas, que se reúne en un plano intermediario, que vuelve á precipitarse en masa, y cuyas aguas se convierten en polvo á su caída hasta que reunido este en el fondo del precipicio vuelve á tomar su aspecto natural: todo nos ofrece el espectáculo mas hermoso y pintoresco que es posible imaginar.

Después de haber admirado este efecto mágico, se encamina el viajero á la casa de Quintilio, cuyo nombre es objeto de una discusion histórica. Quien es ese Quintilio? es Quintilio Cremona, el amigo de Horacio, ó bien Quintilio Varo, uno de los generales de Augusto, ó ese Varo, amigo de Virgilio y de Horacio? Como quiera, las ruinas de su quinta rivalizan en magnificencia con las de los mas ricos ciudadanos. Un acueducto que se prolongaba hasta la casa de Horacio, y cuyos vestigios se distinguen todavia, conducian á ella las aguas del Anio. La perfeccion del pavimento de mosaico, de las medallas de plata, de las columnas, de los capiteles y estatuas que en ella se han descubierto, anuncia que todas estas obras fueron ejecutadas durante el siglo de Augusto.

Atravesemos ahora un puente echado sobre el Anio, y visitemos la quinta de Mecenas. Descansa sobre bóvedas (Pl. 166), y al través de una de sus ventanas se lanza una corriente de agua que forma catarata, terrible prueba para el edificio que dura hace muchos siglos. Actualmente es propiedad de Luciano Bonaparte, y hace poco tiempo que está abandonada. Desde la azotea se goza de una magnífica vista de Monticelo y de otras montañas de la Sabina, con sus fortificaciones antiguas, alrededor de algunas otras reunidas para mútua seguridad.

En sus cercanias, una ruina moderna, *la rilla de Este*, fué uno de los principales modelos de lo que se llama un hermoso jardin, y no hace mucho tiempo que tenia fama de tal en todo el continente Europeo. Este célebre jardin (Pl. 167) fué plantado ó mas bien construido hace unos trescientos años, y nos ofrece mas ruinas que plantas, azoteas sobre azoteas adornadas con jarros y con estatuas. Su magnífica cascada está en seco de tiempo inmemorial. Lo mas notable de este jardin es la idea singular de

haberse reproducido en él en miniatura los monumentos mas célebres de la antigüedad, desde la loba de bronce del capitolio hasta el Panteon, todo amontonado en un rincón. Véase tambien una nave antigua con un obelisco de Egipto en medio, á guisa de mastil. Algunos cipreses abandonados á sí mismos tienen hoy dia una corpulencia extraordinaria.

El conjunto de estas construcciones costó al cardenal de Est ó Este, hijo del duque de Ferrara, la suma enorme de tres millones de escudos romanos. Aqui fué donde Ariosto compuso su Orlando furioso; oigamos sobre el particular á Chateaubriand.

«Sin duda será indiferente saber que la casa de Cátulo está situada en Tívoli encima de la de Horacio, y que sirva actualmente de morada á algunos religiosos cristianos, pero si encontrareis notable que Ariosto haya venido á componer sus fábulas cómicas, segun espresion de Boileau en el mismo sitio en que Horacio se burló de las cosas humanas. Pregúntase uno con sorpresa cómo es posible que el cantor de Rolando, retirado en la quinta del cardenal de Este en Tívoli, pudo consagrar sus divinas locuras á la Francia, y á la Francia semi-bárbara, siendo así que tenia delante los severos monumentos y los recuerdos mas graves aun del pueblo mas civilizado de la tierra? Por lo demas, la villa de Este es la única moderna que me ha interesado en medio de los restos de las villas de tantos emperadores y cónsules. Esa famosa casa de Ferrara ha tenido la dicha de ser cantada por los dos mas grandes poetas de su tiempo, por los dos mas brillantes genios de la Italia moderna, por Ariosto y el Tasso: este lo hizo con mas dignidad, con mas nobleza. De todos modos es un noble uso el poder servirse de él para proteger los talentos perseguidos, y el mérito fugitivo. Ariosto é Hipólito de Este han dejado en los valles de Tívoli un recuerdo no menos encantador que el de Horacio y Mecenas. Pero, qué se han hecho los protectores y los protegidos? En el momento en que escribo, la casa de Este se estingue, se desploma como la del ministro de Augusto: es la historia de todos los hombres y de todas las cosas. He pasado todo un dia en esa soberbia villa, y no podia cansarme de admirar la perspectiva de que se goza desde las azoteas. A mis pies se estendian

los jardines con sus plátanos y sus cipreses, mas allá los restos de la casa de Mecenas junto á las orillas del Anio; algo mas lejos, á la izquierda, en la llanura, se levantan tres hermosas colinas, y entre sus cumbres, aparece la cima lejana y azulada del antiguo Soractes.»

Continuando el viagero su camino se adelanta al través de espesas selvas y verdes prados vadeando pequeños rios y trepando por montecillos llenos de olorosos arbustos, y llega en breve á la Villa-Adriana. En las orillas del Anio, se levanta insensiblemente el terreno para formar un anfiteatro: aqui es donde se encuentran las ruinas de aquella villa.

Este retiro, en otro tiempo tan suntuoso, situado á una legua de Tibur, hácia el Oeste, ocupaba sobre tres mil pasos de longitud una cadena de montecillos, rodeados de un valle tortuoso, y de peñascos que formaban el límite natural. A un lado se descubrian los muchos monumentos de la llanura de Roma, y en fin las siete colinas de la ciudad eterna, coronadas de obeliscos y de templos.

Mirándose el paisaje mas de cerca se ven en la cumbre de las colinas y en sus vertientes varios edificios á flor de tierra, ó bien sostenidos por arcadas encima de subterráneos; plazas rodeadas de pórticos, giinnasios, teatros, circos, estadios y templos, entre jardines, sotos y juegos de agua. Este vasto terreno contenia tal cantidad de monumentos, que á despecho de los ultrages del tiempo y de los hombres, se contaban hace un siglo mas de ciento, todos de varios nombres, formas y usos, cada uno con su entrada particular y con caminos de comunicacion entre uno y otro.

Salustio, Horacio y Séneca se quejaban con razon del lujo ruinoso de las villas de su tiempo. Adriano sobretodo se escedió imponiendo contribuciones al mundo entero para adornar su villa Eliana ó Tiburtina, y no es posible dudar en esta parte de las narraciones de los historiadores teniendo á la vista las ruinas de estos monumentos. Aunque han sido removidas cien veces y no ofrecen interés mas que para los arquitectos y los pintores, sin embargo el espacio inmenso que cubren, el grueso y solidez de las paredes, y los objetos preciosos que á cada paso descubrimos; las muchas estatuas, bajos-relieves, inscripciones y mármoles descubier-



Vicovaro.



Bouchet del.

Andot del.

Andet sc.

Villa adriana. Il Canope.

tos en estos lugares y trasladados á Roma ó á otros museos, todo aumenta la idea de las empresas colosales emprendidas por los dominadores del pueblo-rey.

Desvanécese con todo el primer sentimiento de asombro al pensar que los emperadores podían disponer de una población inmensa, esclava de sus voluntades y de sus caprichos. Cien mil hombres á un tiempo podían ser empleados para erigir en el espacio de algunos años esos monumentos gigantescos, de cuyo coste no pagarían mas que una corta suma los tesoros reunidos de todos los soberanos de Europa. Ah! por mas que se esfuerce, le es imposible al viagero trazar con la pluma las impresiones que experimenta junto á esas ruinas de la antigüedad, pues le abruma por su inmensidad, por su multitud y por sus recuerdos. Sigamos, pues, á Chateaubriand en su paseo por esos sitios, y nos servirá á la vez de fiel intérprete y guía:

«La grande entrada de la Villa-Adriana, dice, se encontraba á corta distancia del sepulcro de Plaucio. Saliendo de una senda algo estrecha, una calle de cipreses me ha conducido á una mala casa de labranza cuya escalera estaba llena de pedazos de pórfido, de granito, de mármol blanco, y de adornos de arquitectura. Detrás de la casa está el teatro romano bastante bien conservado: es un semicírculo compuesto de tres hileras de asientos y cerrado por una pared en línea recta que le sirve como de diámetro; la orquesta y el proscenio venían en frente del palco del gobernador. Un niño casi desnudo, de unos doce años, me ha enseñado el palco y los gabinetes de los actores. Debajo de la gradería destinada á los espectadores, que es donde se depositan hoy dia los instrumentos de labranza, he visto los restos de un Hércules colosal: los imperios nacen del arado, y bajo el arado desaparecen. El interior del teatro sirve de corral y de jardín á los campesinos, habiendo plantado en él árboles frutales. Un pozo se ha abierto en medio, con dos pilares al lado; uno de ellos es el hermoso tronco de una columna acanalada. Una manada de cerdos negros trepaba por las graderías del teatro: para conmover los asientos de los dueños del mundo, la Providencia no ha tenido necesidad mas que de hacer vegetar algunas raíces en los intermedios,

II.

y entregar el antiguo recinto de la elegancia romana á los inmundos animales del fiel Eumeo.

«Desde el teatro, subiendo por la escalera de la quinta, he llegado á Palestra, lugar sembrado de escombros; la bóveda de una sala conserva adornos de un gusto esquisito: aqui empieza el valle al cual dió Ariano el nombre de Tempe.

«He visto en Inglaterra la repetición de esa fantasía imperial; pero Adriano habia cortado su jardín como hombre que poseia el mundo. Al extremo de un pequeño bosque de olmos y de encinas, se descubren ruinas que se prolongan á lo largo del valle de Tempe, dobles y triples pórticos que sostenían muchas de las azoteas de Adriano. El valle continua estendiéndose hasta perderse de vista hacia el mediodia, el fondo está plantado de rosales, de olivos y de cipreses. La colina occidental del valle figura la cadena del Olimpo, y está adornada con el conjunto del palacio, de la biblioteca, de los templos de Hércules y Júpiter, y las largas arcadas que sostenían todos estos edificios. Otra colina paralela pero menos alta, cerca el valle hacia el oriente, y detrás de ella se levantan en anfiteatro las montañas de Tívoli. En un campo de olivos, un lienzo de muralla de la villa de Bruto hace juego con los restos de la villa de Cesar: el puñal de aquel y la hacha de armas de este, no son mas que hierros llenos de orin, sepultados bajo unos mismos escombros; la libertad y el despotismo duermen aqui en paz junto á unas mismas ruinas.

«Desde el inmenso edificio que segun la tradicion estaba consagrado para recibir á los extranjeros, vuelve uno atrás atravesando salas espuestas por todas partes á la intemperie. Aqui empieza un laberinto de ruinas mezcladas con bosquecillos, con olivares y otros plantíos, que son un encanto para los ojos y un objeto de tristeza para el corazón. Un fragmento desprendido de repente de la bóveda de la biblioteca ha caído á mis pies cuando pasaba; se ha levantado un poco de polvo, y algunas plantas han caído tambien desgarradas. Las plantas renacerán mañana; el ruido y el polvo se han disipado en un momento: he aqui un nuevo escombros echado para muchos siglos junto á los que parecían estarle llamando. De esta suerte

3

se abisman los imperios en la eternidad donde descansan en silencio. Bastante se pareceu tambien los hombres á esas ruinas que van llenando la tierra: la única diferencia que hay entre ellos y estas ruinas, es que aquellos caen delante de algunos espectadores, y estas sin testigos.

«De la biblioteca he pasado al circo del Liceo, donde acaban de cortar algunos arbustos para encender lumbre: este circo está apoyado contra el templo de los estoicos. Al dirigirme á este otro edificio volví los ojos atrás para mirar los altos paredones de la biblioteca que dominan á los del circo. Los primeros, casi ocultos entre las capas de olivos salvages, estaban á su vez dominados por un enorme pino, encima del cual asomaba el último pico del Monte Calva, cubierto de niebla. Jamas el cielo y la tierra, las obras de la naturaleza y las de los hombres, han corrido en mas perfecta armonia en un cuadro.

«El templo de los Estoicos está poco distante de la plaza de armas, y desde él por la abertura de un pórtico, se descubre á lo último de una calle de árboles y de cipreses la montaña de Palemba, coronada con la primera aldea de la Sabina. Bájase despues al *centum cella* de las guardias pretorianas; son unas salitas abovedadas, de ocho pies poco mas ó menos en cuadro, que se suceden por líneas de tres ó cuatro pisos, y que no reciben luz mas que por la puerta. Rodea un foso esas celdas militares, á las cuales es probable que se entraba por medio de un puente móvil. Cuando se bajaban á la vez los cien puentes, y cuando los pretorios pasaban y volvian á pasar por ellos, el espectáculo debia ser muy singular en medio de los jardines de un emperador filósofo. El labrador del patrimonio de San Pedro hace secar en el dia sus mieses en el cuartel de los legionarios romanos. Cuando el pueblo-rey y sus amos levantaban tan suntuosos monumentos no pensaban por cierto que construian los graneros de algun campesino de la Sabina ó de Albano.»

Con este estilo tan animado y pintoresco, refiere Chateaubriand en otro punto que le sorprendió la lluvia en medio de sus incursiones á la Villa Adriana. Refugióse en las termas de Pacilo debajo de una higuera cuyas raices habian derribado un lienzo de pared.

«En un salon octógono, añadé, alrededor de mí, y al través de las arcadas de ruinas, se abrian puntos de vista sobre la campiña romana. De trecho en trecho reemplazaban las columnas desplomadas en torno de este palacio de la muerte. Pero las ruinas estaban adornadas con graciosos festones de plantas y de flores, el viento agitaba las húmedas guirnaldas, y las plantas se inclinaban bajo el peso del agua.»

«Cuando cesó la lluvia, visité ese estadio, y tomé una idea del templo de Diana, en frente del cual estaba el de Venus, y penetré en los escómbros del palacio del emperador: lo que mas se ha conservado en esta destruccion informe, es una especie de subterráneo ó de algibe cuadrado, que está debajo del patio mismo del palacio. Las paredes de este subterráneo son dobles; cada una de ellas tiene dos pies y medio de espesor, y el intervalo que las separa es de dos pulgadas.

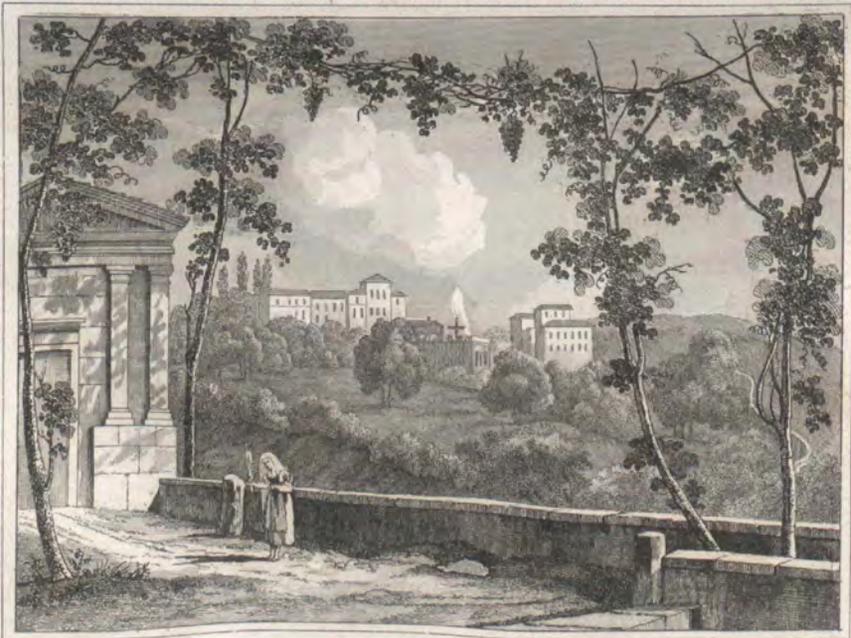
«Saliendo del palacio, le he dejado á la izquierda detrás de mí, adelantándome á la derecha hácia la campiña romana. Al través de un campo de trigo he llegado á las termas conocidas con el nombre de salas de los filósofos ó pretorianas, y que forman una de las ruinas mas imponentes de la villa. La belleza, la altura, lo atrevido y lo ligero de las bóvedas, los varios pórticos que se cruzan, se cortan ó se siguen paralelamente, y el paisanage que se descubre detrás de esos monumentos de la arquitectura antigua, todo produce un efecto sorprendente. La Villa Adriana nos ha proporcionado algunos preciosos restos de pintura; los pocos arabescos que en ella he visto tienen una composicion sabia y un diseño tan delicado como puro.»

Despues de haber recorrido la Villa Adriana, vuelve el viajero para despedirse de Tívoli, de esas rocas escarpadas coronadas de palacios y de templos, de esas cascadas majestuosas y de esos bosquecillos balsámicos. La Tívoli que ha reemplazado á la antigua Tibur, es poblacion de unas cinco mil almas, bien situada, aunque no muy limpia (Vease una calle de Tívoli en la Pl. 163). Tiene su obispo, su casa de huéspedes y algunas fábricas. Su aspecto es poco poético; pero apesar de esto es difícil no admirar los caracteres de cabeza y el elegante taller de las doncellas del pueblo.





La Rufinella



Bouchet del.

André del.

Winkles sc.

Frascati.

Nada mas agradable en este pueblo que el tañido de las campanas tan incomodo en otros, pues forma una especie de música aérea por lo bien que se ha sabido hermanar los sonidos, sometiéndolos á las leyes de la armonia mas cabal.

El día seis de Octubre de 1835 el papa hizo un viage á Tivoli, cuyos pormenores nos parece que no han de desagradar á nuestros lectores. Dirigióse allá para asistir á la desviacion del rio Anio. Sesenta juvenes del pueblo, vestidos de blanco, habian pedido y obtenido el favor de tirar la carroza del sumo pontífice. Cuando llegó al arco triunfal que de antemano le habian preparado, recibió las llaves de la poblacion y pasó á examinar los trabajos ejecutados por su orden.

El puente gregoriano, construido junto al Anio, llamó sobretodo su atencion. Admiró el atrevimiento del arco, tan sólido como elegante, y apesar de tener noventa palmos de abertura. Despues se detuvo en la orilla izquierda, del lado de la poblacion, para ver los conductos subterráneos y examinó los diques practicados en su embocadura. Por la noche tuvo lugar un magnífico fuego artificial. Frente de los conductos subterráneos en una altura se habia levantado un anfiteatro en medio del cual estaba colocado sobre gradas el trono de su Santidad. Todo el camino, desde el palacio de Santa Cruz hasta el anfiteatro, estaba iluminado y adornado con columnatas y con guirnaldas de mirto. A una señal dada por el Santo padre, se ha dado fuego á los preparativos artificiales que han iluminado con su brillo el pie del monte Catillo y hasta las profundidades de las grandes escavaciones.

En la mañana del dia siguiente presenció su santidad el espectáculo de la desviacion del Anio. No bien se hubo dado la señal, cuando se abrieron de repente las puertas que contenian el rio á la entrada de los conductos subterráneos, y entonces el Anio, separándose de su antigua madre y desplegando magestuosamente sus olas, se precipita en el abismo inmensurable abierto para darle nueva caida.

Fué un espectáculo sublime que no es posible espresar: los espectadores se estasiaron en vista de este admirable triunfo del arte, obteniendo para poner el pueblo á cubierto de las inundaciones que muchas veces le habian sido funes-

tas. No se crea que esta division haya quitado sus efectos pintorescos á las cascadas de Neptuno y de las Sirenas, aunque sí los ha disminuido.

Saliendo de Tivoli, pronto nos ofrece Vicovaro (*Pl.* 168) sus iglesias y sus murallas de piedra blanca. Es la antigua Varies donde Horacio dice que se reunian los representantes de todas las villas circunvecinas para deliberar.

Nos adelantamos despues hasta Frascati cuya situacion ofrece uno de los mas risueños espectáculos que podamos imaginar (*Pl.* 170). La salubridad del aire, la abundancia de las aguas, lo pintoresco del sitio, la magnificencia de sus villas, los parques deliciosos abiertos en todos tiempos para los transeuntes, todas esas ventajas reunidas hacen de Frascati el Versailles de la Italia. Levántase esta poblacion cerca de las ruinas del antiguo Tusculum, destruido en sus cimientos á fines del siglo doce por esos romanos de la edad media, no menos fieros que los ciudadanos de la antigua Roma. Entonces los desgraciados habitantes de Tusculum tuvieron que buscar una morada entre escombros, ó debajo las copas de los árboles.

Entre las famosas quintas de Frascati, citaremos la que pertenecia á la familia de los Aldobrandini, la cual ha merecido el nombre de Belvedere por su doble horizonte de mar y de montañas. Creada por el cardenal Aldobrandini, sobrino de Clemente VIII, ha sido por desgracia abandonada despues. Sus jardines en forma de anfiteatro, sus vasos, sus estatuas, sus columnas, sus fuentes, sus cascadas sobre mármol, el murmullo y el concierto de las aguas, todo convirtió hoy dia este sitio en la mas deliciosa morada. En los jardines se veia al dios Pan tocando un instrumento, y otro semidiós le acompañaba con la trompeta, todo lo cual se egecutaba con la accion del agua. En una gruta vecina, la lira de Apolo resonaba sobre el monte Parnaso de diez pies de alto, mientras que unas musas de plomo bailaban con un Pegaso del mismo metal, prodigios que tenian lugar tambien con el movimiento del agua.

Solo citarémos de paso las villas de Tavernia, Mondragone, Falconieri, y Bracciano, y nos dirigiremos apresuradamente á la mas importante de todas, á la Rufinella (*Pl.* 170),

villa deliciosa, situada en medio de bosques, y que ofrece una admirable vista de Roma y del mar. Hicieronla construir los jesuitas en la cumbre de la montaña, cerca de las ruinas de Tusculum, ó sobre parte de las mismas, lo que le ha merecido sin duda el nombre de villa Tusculana, que se le da igualmente. Este lugar tiene un no sé qué de aéreo y de encantador. Luciano Bonaparte convirtió esta campiña en la reunion de todos los placeres inocentes que pueden hacer olvidar los goces tumultuosos de la grandeza, y el fausto de las cortes. Complaciase sobretudo en permanecer en una rotunda desde la cual podia estender la vista sobre todo cuanto el horizonte de Roma ofrece de mas rico en punto á perspectivas pintorescas ó salvages. La misma Roma, apesar de que está á cuatro leguas de distancia, parece que la tenemos delante, ni mas ni menos que la antigua Gabies, que no es hoy dia mas que un pantano.

Luciano aspiró por un momento al trono de España, pero Napoleón no le ofreció, segun dicen, mas que la corona de Portugal: rehusóla, contó sus millones y se retiró á su regia soledad de la Rufinela, desde la cual vió pasar muchas borrascas políticas. En el año de 1827 robaron su palacio algunos bandidos de las cercanías, cosa que por poco no le cuesta la vida.

Al lado del nombre de este orador moderno, permítasenos colocar el de otro orador antiguo, el de Ciceron, que muchos siglos antes habia habitado el Tusculum. La permanencia en esta hermosa quinta, primitivamente habitada por Sila, inspiró al orador romano sus mejores tratados, tales como las Tusculanas; unas soberbias ruinas que todavia existen junto á los edificios modernos, es fama que formaron parte de la Academia de Ciceron. El teatro, maravillosamente conservado, conserva aun sus pedestales y su graderia.

Los alrededores de Frascati poseen ademas otros monumentos muy notables. Como á tal debe mencionarse la *Grotta Ferrata* abadia de religiosos griegos de la orden de San Basilio. Los padres celebraban en ella sus oficios segun su ritual. Un hermoso bosque, una pintoresca calle de olmos y de plátanos, junto con una hermosa fuente, hacen esta soledad muy agradable. Las ruinas antiguas, que desde mucho tiempo han supuesto los religiosos ser las de

Ciceron, parece mas bien que pertenecieron á la villa de Luculo, de ese favorito de la fortuna, cuyo nombre ha llegado á ser sinónimo de suntuosidad (*Pl. 470 bis.*).

Un último recuerdo histórico, que no dejará de llegar á oídos del viajero antes de salir de Frascati, contribuye poderosamente á dar pábulos á su imaginacion. Metastasio nació en este lugar.

Llégase despues á Palestrina. El origen de esta ciudad, mas antigua que Roma, es bastante incierto. Sus murallas de roca calcárea, sostenidas sin cimientos, la han hecho temible hasta el siglo catorce, época en que fué destruida por los generales de los papas Bonifacio VIII y Eugenio IV; pero al cabo de algun tiempo volvieron á ella los habitantes fugitivos, y se establecieron en las ruinas del famoso templo de la Fortuna. Este edificio, el mas interesante de las ruinas de Palestrina, que hacia decir al incrédulo filósofo Carnéades que no habia visto fortuna mas afortunada que esta; este edificio, cuyo oráculo fué el último en enmudecer, ha legado á la posteridad el famoso mosaico que representa probablemente una fiesta de Egipto del tiempo de los Tolomeos, con motivo de la inundacion del Nilo: de él se encuentra en Roma una hermosa copia en casa del banquero Torlonia. Los varios animales representados en el mismo, llevan sus correspondientes nombres trazados en muy distintos caracteres griegos. Reconócese entre ellos el hipopotamo, tan mal descrito por los autores latinos, el ibis egipcio con respecto al cual han andado tan equivocados los naturalistas, y la girafa designada con el nombre de Nubis. Este mosaico que formaba el pavimento de una parte del templo, transformado despues en subterráneo, fué diestramente transportado en 1640 por orden del cardenal Francisco Barberini á una de las salas de su palacio, construido encima del templo mismo.

En el camino de Palestrina á Subiaco se encuentra el sepulcro levantado por Constantino á su madre Santa Elena, cuyo cuerpo fué en seguida trasladado á Constantinopla. A este mausoleo debemos el hermoso sarcófago de pórfido que forma parte del Museo Pio Clementino. Una rústica capilla ha reemplazado la soberbia basilica consagrada por el primer em-

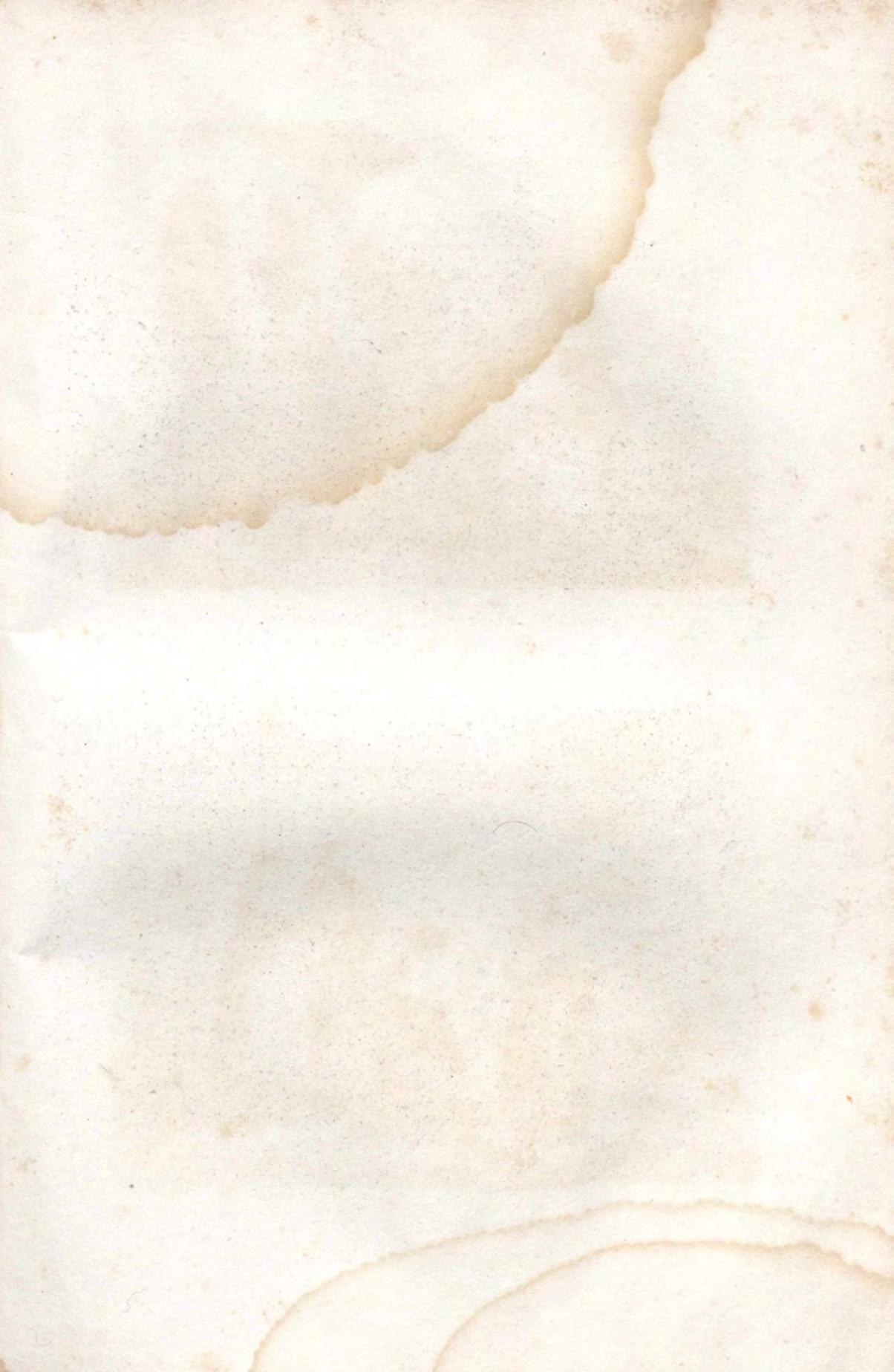


Wendelboort Incece del.

Andriotti del.

Festa a Grotta Ferrata.

Speyerstrasse 20





Honlet del.

Velletri.

Tivoli.

Frascati.



Ferrari del.

Audet del.

E. Rougoue sc.

La Riccia e Albano.

Contorni di Roma.

Environs de Rome.





Sonnino.

Nettuno.



Biondel del.

Audot del.

E. Rouargue sc.

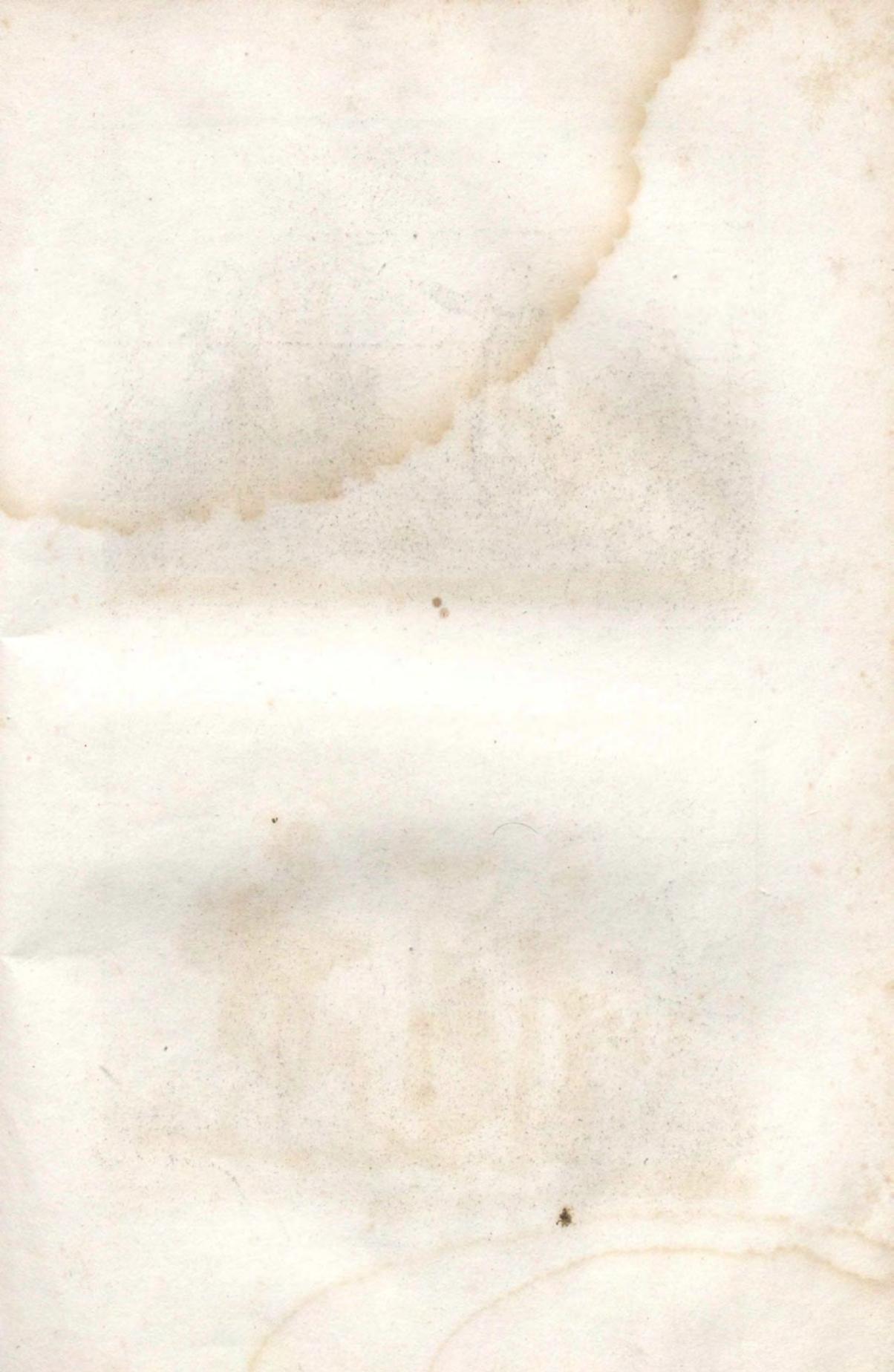
Sora di campagna.

Civita castellana.

Campagna di Roma.

Contorni di Roma.

Environs de Rome.





Ciociare.



Ferrari del.

Autot edit.

E. Rouaque sc.

Bioncatore e Ciociare.



Reynier del.

Brigante déposando le sus armes.

Brigant déposant ses armes.



André del.

Indivinitrici.

La Bonne meurtre.

E. Roussignol sc.

perador cristiano á San Marcelino y á San Pedro el exorcista, cuyo sepulcro se enseña en las catacumbas.

Mas allá de Palestrina, Subiaco, así llamada á causa de su lago, fué célebre por su magnífica *villa* de Neron: mucho tiempo después, vino á santificar esa tierra manchada con la presencia del tirano de Roma, el ilustre San Benito, que la escogió para soledad y piadoso retiro. Subiaco es hoy día visitada principalmente por los paisagistas, pues con efecto hacen muy pintoresca su situación, sus bosques, su lago, sus peñascos, sus grutas, sus cascadas y su castillo arruinado. Pero esos lugares que parecen haber sido destinados por la naturaleza para asilo de los amantes de la soledad, de la poesía y de la paz, han sido muchas veces ensangrentados por la mano del hombre.

Con efecto, estas cercanías están continuamente infestadas de bandidos ó *Fuorusciti*, de los cuales no hemos hablado todavía á los lectores. No pertenecen esos malvados á la clase mas pobre y despreciable de la sociedad, pues generalmente cada uno de sus individuos posee una casa y un campo, donde se retiran en ciertas estaciones del año, pues solo se ponen en campaña cuando á ello les excita la esperanza del pillage, ó cuando alguna persecucion temible les obliga á buscar un asilo en los bosques ó entre los peñascos. Obedecen á unos gefes que gozan de una autoridad absoluta durante todo el tiempo de su mando; pero así como los eligen libremente, así tambien libremente los deponen, y algunas veces los condenan á muerte, si ofenden en algo á sus súbditos. Forzoso es pasar un noviciado severo y poder soportar los mas penosos trabajos para ser admitido en las filas de los bandidos. La astucia y la energía de que esos hombres dan evidentes pruebas, podrian ser dirigidas hácia mejores resultados. En todo caso, la rígida observancia de las leyes, una buena policia en los caminos y unas medidas severas y prudentes, podrian prevenir sus desastrosas tentativas: ello es que Sixto V logró lo que ninguno de sus antecesores habia logrado, y lo que ninguno de sus sucesores ha conseguido después. Pero la policia de los caminos es tan mala en Italia, que los culpables pueden despreciar impunemente todas las persecuciones de la ley. En apoyo de estas

aserciones, podríamos citar muchos ejemplos sacados de las crónicas populares de la Italia, y sobretodo de las tradiciones de los habitantes, que viven en las cercanías de Roma; pero serian absolutamente inútiles, porque todos cuantos han viajado por Italia deben estar íntimamente persuadidos de esta verdad. He aquí lo que decia uno de esos bandidos en el año de 1819:

«No somos una fortaleza que puede derribarse á cañonazos, sino unas aves que vuelan alrededor de la cumbre de los mas altos peñascos, sin tener una morada fija. Si por desgracia cinco de entre nosotros pereciesen, seguros estamos de encontrar diez mas para reemplazarlos, puesto que siempre hay criminales dispuestos á buscar entre nosotros un asilo. Nuestro número total es de ciento treinta; con ellos podríamos emprender alguna operacion brillante.... Amenazar á Roma... quien sabe? En todo caso, el único medio para lograr que depusiésemos las armas, seria concedernos un perdon general, ilimitado y sin reserva. Y aun seria necesario que el papa mismo le concediese, porque solo á él daremos fé.»

La Pl. 147 tom. I, nos ofrece uno de esos bandidos deponiendo sus armas á los pies de una imagen de la Virgen. Sabido es de que manera hermanan los bandidos en Italia las ideas religiosas, llevadas hasta la supersticion, con sus costumbres de salteadores de caminos.

Los labriegos ó *contadini* que encuentra el viajero en sus excursiones á la campiña de Roma, van vestidos la mayor parte con pieles de carnero abiertas para dar salida á los brazos y á la cabeza; en verano ponen la lana por de fuera, y en invierno por de dentro. En vez de usar medias y zapatos, se cubren las piernas con andrajos atados con cuerdas, y los pies con un pedazo de piel, en forma de calzado. La cabeza entera parece sepultada debajo de un enorme fieltro pardo de forma cónica. Las mugeres llevan como en Bolonia jubones de ballena, de dimensiones exorbitantes, rematando en punta. En esta parte las láminas hablan mas que las esplicaciones, y por esto desde la plancha 147 hasta la 152 hemos reunido los trages mas pintorescos de las cercanías de Roma.

Pero es tal la miseria de esos labriegos en general que muchas veces se les ha visto reco-

ger por las calles de Roma los desperdicios mas mugrientos, y matar con ellos su hambre.

Tales son los descendientes de los antiguos romanos: muy pocos gozan de las comodidades de la vida; los de mas, aunque emancipados, viven mas infelizmente que los esclavos del pueblo-rey.

CAPITULO XXI.

Villa Ludovisi. — Fontana de Trevi. — Templo de Antonino, hoy dia la Aduana. — Iglesia de San Ignacio. — Mausoleo de Augusto. — El Panteon de Agripa.

CUANDO ha vuelto el viajero á Roma, empieza de nuevo el curso de sus visitas á los monumentos que aun no habia examinado. Recorre ante todo la villa Ludovisi. El cardenal Luis Ludovisi, sobrino del papa Gregorio IV, hizo construir esta hermosa casa de campo que pertenece hoy dia al príncipe de Piombino.

En ella se encuentran los supuestos restos de la morada de Salustio, de este hombre desterrado del seno de su patria por su desenfreno, y á quien nombró Cesar proconsul de Africa con orden de aruinar á los pueblos para tenerlos mejor á raya. Roma le perdonó despues su culpable medio de llegar á la fortuna, por el uso que de esta supohacer. Con efecto, adornó su cuartel con un magnífico mercado, del cual el tiempo no ha conservado mas que el recuerdo, y con el circo del cual todavia quedan ruinas. Era tan deliciosa la morada que para sí hizo construir, que muchos emperadores quisieron apropiársela. Nerva murió en ella. Alarico la hizo incéndiar.

No estaba lejos de la morada del historiador latino el sepulcro donde se sepultaban vivas las vestales culpables: en otra ocasion hemos hablado ya de este terrible castigo.

Visitemos ahora de paso la admirable fontana de Trevi (Pl. 171). No es un manantial abundante, es un rio que sale de un ancho boquete entre peñascos, que se divide y forma varias fuentes, arroyos y cascadas: ofrece el aspecto de un fragmento de montaña, y la perspectiva

de un torrente que se precipita al través de esos escombros. El boquete está dominado por un Neptuno colosal, en pie, sobre una concha arastrada por dos caballos marinos guiados por tritones. Podrá creerse que delante de esta magnífica fontana no hay una plaza? que junto á ella no crece ningun árbol para brindar con su sombra á los viajeros y á los naturales del pais? Este cuartel es sucio y sofocado. Una buena plaza nos hubiera recordado aqui cierta cosa del antiguo pórtico de Neptuno. Puede decirse que en toda la ciudad no hay un paseo público que ofrezca á los viejos una sombra hospitalaria, y á los niños un lugar de placeres y de juegos. Mucho se ha gastado en el monte Pincio para convertirle en un paseo que nadie frecuenta, y sin embargo, nada se ha hecho en Trevi y sus avenidas, donde se dirige con preferencia la gente.

El agua virgen, la mejor de Roma, que un joven descubrió á los soldados de Agripa, corre aun por la fontana de Trevi, y ha conservado su hermoso nombre. Viene de ocho millas lejos, por el camino de Tivoli.

Admiremos ahora la Aduana de Roma, que por una de esas casualidades, que no pertenecen mas que á la Italia, es un antiguo templo, sin duda el mismo que el senado consagró á la memoria de Antonino Pio (Pl. 171). El depósito de las mercaderias de la ciudad eterna tiene por fachada once magestuosas columnas de mármol acanaladas, que ofrecen una de las mas hermosas ruinas de la antigüedad.

La vista de este monumento, con su actual destino, encamina el curso de nuestras ideas al comercio de Roma. El único tráfico considerable para los estados romanos sería el que se hiciese por mar; y por cierto que debería ser muy importante en un pais cortado por un rio navegable hasta cuarenta leguas dentro de tierra, y bañado por el mar en una longitud de cincuenta leguas. Sus puertas son, dos pequeñas radas cerca de Montalto y de Ceneto, y en seguida Civita-Vecchia, Palo, Santa Severa, Fiumicino, Porto-d'Anzo, y Terracina. Los buques de ciento noventa toneladas entran en Fiumicino, y subiendo por el Tibre pueden llegar hasta Roma; el puerto de Civita-Vecchia recibe los de cuatrocientas toneladas. Pero apesar de estas ventajas, y de la abundancia de medios de



Fontana di Trevi.



Bouchet del.

Audot del.

Durand sc.

Tempio di Marco Aurelio, oggi dogana di Terra.

Temple de Marc Aurele, aujourd'hui la Douane.



construcción, la marina se reduce á algunos pequeños buques y barcas de pescar: de manera que los Liorneses, Genoveses, Provenzales, Catalanes, Napolitanos, Ingleses y Americanos, son los únicos que ejercen el comercio en los estados romanos. Resulta de los informes tomados en las aduanas romanas que pocos años hace se exportaba de ellos anualmente por valor de unos cinco millones de francos en producciones naturales del país, tales como pieles, cabras, quesos, vino bastante agradable, trigo y soda en abundancia; posteriormente han pasado las exportaciones anuales de unos ocho millones de francos. Es de creer que las importaciones serán abundantes en los estados romanos, pues son necesarias, y los réditos de las aduanas deben ser tanto mayores.

Tocante á la industria romana, algunos han supuesto que se limitaba á la fabricación de *Agnus Dei*; sin embargo, toda la parte occidental de su territorio contiene muchas fábricas y manufacturas del reino vegetal, animal y mineral: entre las primeras merecen mencionarse las fábricas de papel establecidas en Roma, Ronciglione, Viterbo, Grotta-Ferrata, Bracciano, Tívoli y Subraco. Entre las del reino animal, la fabricación de lana es la mas importante de las operaciones de la industria romana. Los intestinos de setenta mil corderos que durante la primavera sirven de alimento á los romanos, se recogen cuidadosamente, y despues de muchas y delicadas operaciones son transformados en cuerdas de instrumentos, buscadas por los músicos de toda Europa con el nombre de cuerdas de Nápoles. El grande consumo de cera que se hace en las iglesias, ha sido causa de que se multiplicasen las fábricas de cerería. Tocante al reino mineral, es cosa sabida que hace mucho tiempo que los metales preciosos se trabajan en Roma con mucha superioridad, y aun hoy dia los plateros forman una de las industrias mas notables de la ciudad. La extracción de azufre forma asimismo uno de los ramos mas importantes de su comercio. Estos pormenores justificarán á la ciudad eterna de la nota de haber quedado atrasada en el movimiento manufacturero de las demas ciudades de Europa. Otros géneros de industria le son peculiares, y son los que tienen por base el ejercicio de las artes y del diseño. En primer orden se presenta el arte de res-

taurar las estatuas antiguas que las escavaciones ponen continuamente en circulación; despues las imitaciones de los monumentos de la arquitectura en pequeñas dimensiones, la pintura sobre estucos, el grabado en cobre, en piedras muy duras y en conchas, y en fin una industria enteramente romana, el arte de hacer mosaicos. Puede juzgarse de la importancia de esta fabricación teniendo en cuenta que el gran mosaico hecho en un solo establecimiento público empleaba en 1813 diez artistas, los cuales costaban anualmente al estado mas de cien mil francos. Estas observaciones bastarán para demostrar que Roma y la provincia que la rodea puede contarse por algo entre los estados que rodean el Mediterráneo.

La iglesia de San Ignacio, que se visita saliendo de la Aduana, es una de las mas magníficas de Roma, y fué construída á costas del cardenal Luis Ludovisi, sobrino de Gregorio XV. El célebre Dominiquino hizo para esta iglesia dos planos diferentes. El padre Crassi, Jesuita, tomó de los dos diseños lo que le plugo, y formó el que fué adoptado para modelo.

A alguna distancia se encuentra el monte Citorio, en otro tiempo teatro de Estalilio. El magnífico palacio llamado de Venecia, hecho en vista de los planos de Juan de Majano, fué en otro tiempo habitado durante el verano por muchos papas, por el duque de Ferrara, y durante un mes entero por el rey de Francia Carlos VIII, el cual volando á la conquista de Nápoles parecia gobernar de paso á los romanos. Este palacio, especie de fortaleza con sus almenas de la edad media, adornada con una hermosa iglesia, y formada con piedras y con escombros del Coliseo, es de un efecto magestuoso cuando la luna le ilumina. El papa Pio IV hizo de él donacion á la república de Venecia porque fué la primera que reconoció la autoridad del concilio de Trento.

Augusto, durante su sexto consulado, hizo erigir al norte del Campo de Marte, el soberbio *Mausoleo* que lleva su nombre, y al cual dirigimos actualmente nuestros pasos. El vencedor de Accio destinaba para su familia y para sí mismo este monumento fúnebre, cuyos informes restos no pueden ser objeto de ninguna descripción. Limitémonos á indicar al lector que el *Bustum*, lugar consagrado donde se quemaban los

cuerpos de los miembros de la familia imperial, se encontraba en el sitio ocupado hoy día por la iglesia de la *Madonna del Popolo*, realmente frecuentada por los mas humildes ciudadanos de Roma.

Después, pasando por una pequeña eminencia llamada Macel de Corvi, y en la direccion del Corso al Capitolio, se encuentran las ruinas de un monumento muy antiguo que en sus principios no estaba contenido en el recinto de la ciudad. Parece con efecto que C. Publicio-Bíbulo, á quien este sepulcro estaba consagrado, vivia en tiempo de la segunda guerra púnica, y solo después de su muerte su sepulcro fué contenido en los límites de Roma. Las particularidades de la villa de Bíbulo son desconocidas: juzgando sin embargo por una inscripcion encontrada sobre el monumento, parece que este le fué elevado por el senado y por el pueblo para eternizar la memoria de su valor.

Dejando á un lado el mausoleo de Bíbulo, sigue el viagero las márgenes del Tibre, reflexionando en esas grandes lecciones de virtud y de valor de que nos ofrece tantos ejemplos la antigüedad, y que nuestros recuerdos clásicos nos traen á la memoria sobre ese suelo romano que tiene una elocuencia tan particular. Pronto se ofrece á nuestra vista el puerto pintoresco de Ripetta, lleno de pequeños buques cargados de vino, de aceite, de trigo, de madera y de carbon, procedentes de la Sabina y de Ombria.

Tiempo es ya de que paguemos nuestro tributo de admiracion al Panteon, á ese edificio, uno de los mas elegantes de Roma, el monumento de la antigüedad que mejor se ha conservado, y que aun es en el día el mas hermoso de la ciudad moderna. (Pl. 172). La plaza que le precede es un mercado adornado con una fuente abundante dominada por un pequeño obelisco de granito de Egipto, lleno de geroglíficos. Por lo demas debe confesarse que el monumento principal llama toda nuestra atencion, y que al principio apenas miramos la plaza.

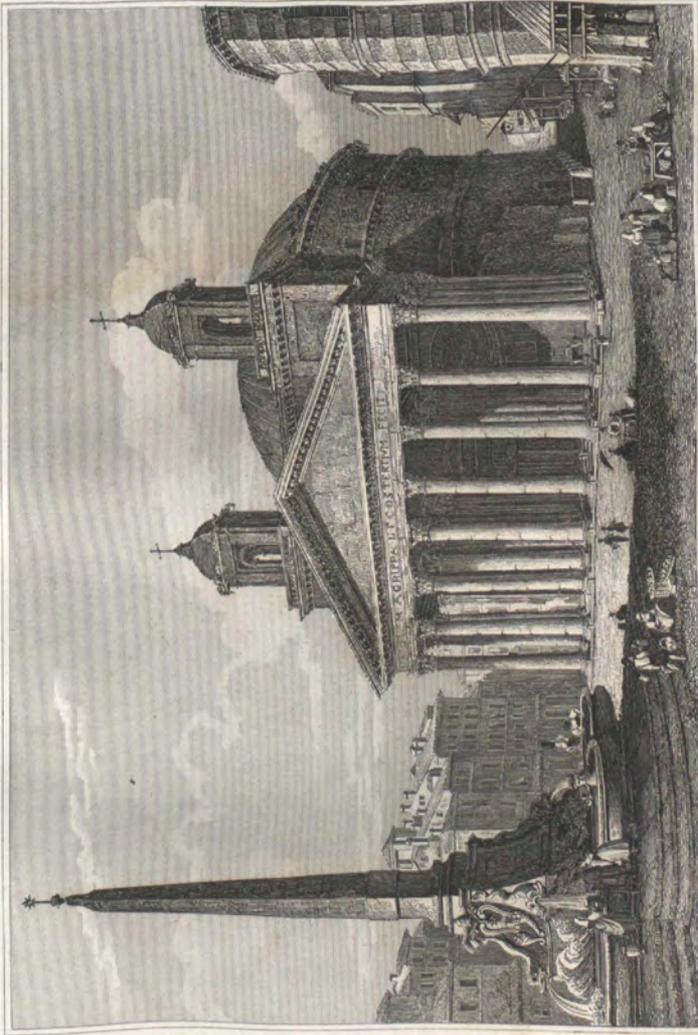
El panteon es una cúpula, aun mas grande que la de San Pedro, pero que descansa sobre la tierra, en vez de estar edificada en los aires como la obra de Miguel-Angel. Tiene ciento treinta y dos pies de diámetro, y otro tanto de alto, y su magnífico pórtico se compone de

diez y seis columnas de mármol de una sola pieza. La cubierta de este noble edificio fué antiguamente de bronce, pero ha sido despojada de él por los emperadores y por los papas. El siglo diez y siete vió aun los restos del antiguo bronce del panteon servir para la fundicion de cañones destinados para la defensa del castillo de San Angelo, y para algunas columnas de la basílica de San Pedro. Doce siglos antes la mayor parte de este metal habia sido enviado á Siracusa por Constancio II y de allí trasladado á Alejandria en Egipto, por los Sarracenos. Leemos en Nibby que los clavos de cobre pesaban 9,374 libras, y las placas del mismo metal 45,000,000 libras.

El tiempo parece haber respetado el Panteon para hacerle objeto de la admiracion de todos los siglos. Después de la batalla de Accio, Agripa, yerno de Augusto, habia consagrado este templo á Júpiter Vengador. Abrióse después para todos los dioses del imperio, y cada año, un sacrificio solemne, comun á todas las divinidades del paganismo, reunia en su recinto á los romanos. Los conocedores admiran el hermoso pavimento de mármol blanco y la cornisa de pórfido que adornan el interior del Panteon (Pl. 173).

Júpiter Vengador parece haber ocupado el nicho grande frente de la puerta principal. Otros seis nichos, igualmente abiertos en la pared, están adornados con columnas acanaladas de unos treinta pies de alto, y cuyos capiteles pasan por los mas perfectos que de la antigüedad nos quedan. Las estatuas de las divinidades paganas han sido reemplazadas por imágenes de los santos. Aun en su desnudez, es el templo un modelo de elegancia y de gracia; los mármoles antiguos de que está adornado son los mas raros y preciosos, y el pórtico corresponde á ese noble y gracioso interior. Las columnas de este pórtico, comprendidas las bases y los capiteles, tienen cuarenta y cinco pies de altura, y cuatro y medio de diámetro. En el frontispicio se lee todavía el nombre de Agripa; antiguamente estuvo adornado con estatuas, y una cuádriga de bronce que ya no existe.

La grande puerta del templo está abierta entre dos nichos en los cuales se admiraban las estatuas de Augusto y de Agripa. El sepulcro



Durum sc.

Audit scilicet.

Bouchet del.

Pantheon d'Agrippa.



de este ilustre fundador estaba á la entrada del templo. Clemente XII descansa hoy día en esta soberbia urna de pórvido que ha sido trasladada á San Juan de Letran. El vengador de Cartago, Genserico, se llevó la puerta de bronce como trofeo ó como botín. Por otra parte, lo que los bárbaros habiau respetado, no lo fué posteriormente.

Pero, apesar de las muchas causas de degradacion que contra tan respetable edificio se han reunido, no deja de ser aun hoy día notable por su belleza y por su magestad. Solo es de sentir que no se presente en un completo aislamiento paraque puedan contemplarse bien todas sus frentes, pues lo impiden muchos edificios que se apoyan unos con otros para ocultarle. Al pie de sus columnas está la boca pestilencial de un ancho albañal; el cuartel que le rodea es uno de los mas sucios de Roma, y la mas innoble plaza forma la avenida de uno de los mas hermosos monumentos que es posible describir.

Mucha sorpresa causará á los lectores el saber que el agua del Tibre en las grandes inundaciones cubre no pocas veces el pavimento del Panteon, y como el centro se encuentra algo mas alto que la circunferencia, los ratones y otros muchos insectos se reunen en él para huir del diluvio, hasta que las aguas lo ahogan todo á la vez. Algunos creerán que la madre del Tibre, llena de escombros, ha subido de manera que con mas facilidad derrame sus aguas en la ciudad, pero es todo lo contrario. El suelo de la ciudad se ha levantado en todas partes, y en algunos puntos de veinte y cinco á treinta pies, mientras que el nivel del Tibre ha quedado casi siempre igual.

En medio de la cúpula hay una abertura, única que en cierto modo da luz al templo; subamos á ella para juzgar de su aspecto. Léese en una relacion manuscrita del saqueo de Roma, conservada en la biblioteca Vaticana, que Carlos V, habiendo entrado en la ciudad eterna el año de 1536, quiso que le condujesen á aquella abertura. Un jóven gentilhomme romano, Crescenzi, encargado de acompañarle, confesó despues á su padre que habia tenido tentacion de arrojarle de lo alto, á fin de vengar su patria del saqueo de 1527. Hijo mio, le dijo el viejo italiano, esto son cosas que se

hacen y no se dicen. « Son cose che si fanno e non si dicono. »

El panteon fue destinado para iglesia por Bonifacio IV, en el año 607. Muchos hombres verdaderamente ilustres descansan aqui, debajo de algunos mármoles honoríficos. Tales son los Carraccios, los Mengs, los Winckelmann, los Corelli, los Sacchini, Metastasio y Rafael. Todas esas cenizas merecen homenaje de parte de los viageros, y en primera línea Rafael Sanzio. Al nombrarle es imposible no considerar la Italia como la tierra creadora de las artes. Con todo sus mas ilustres genios han desaparecido de la tierra, y hoy día ya son en ella raros; quédanle sin embargo los recuerdos y las obras maestras de los que fueron. Para hacer la apología de Rafael bastará decir que mereció la alabanza siguiente del célebre Bembo, alabanza que nadie hasta hoy día ha reputado exagerada, y que probablemente no se reputará tal jamás. « Ved ahí á Rafael! mientras vivió, la naturaleza temió ser vencida por él; y cuando hubo muerto, temió tambien morir. »

La academia de San Lucas creyó hasta el presente poseer el cráneo de Rafael, y sobre este cráneo se habian hecho famosas observaciones, deduciendo de su conformacion el genio del artista. Pero todas esas observaciones se hacian sobre una supuesta reliquia de Rafael, y tal vez, ¡miseria humana! fué el cráneo de algun pedante aquel en el cual se habia descubierto una admirable conformacion para las bellas artes. El verdadero Rafael yacia obscuramente debajo de algunos pilares del Panteon: una inscripcion esculpida al pie de la pared denotaba el lugar de su sepultura. Solo en el año de 1832 se ha exhumado este precioso cuerpo en el cual se ha encontrado una cabeza que sin duda alguna es la verdadera, y que confunde á los que tantas observaciones habian hecho sobre el supuesto cráneo, y á los que habian vendido como verdadera la reliquia de la academia de San Lucas.

Esta exhumacion se hizo con una autenticidad y con un aparato que no dejan la menor duda á los incrédulos.

Rafael, ese hombre admirable, parece haber sido creado por la naturaleza en uno de los momentos favorables en que estaba inspirada por el genio de la perfeccion, porque muchas

veces parece causarse y entregarse á unos caprichos que convierten en juguete la humana especie: ello es que al crear á Rafael sacó el tipo de todas las perfecciones. Formó su cuerpo con la materia mas pura, mas noble, mas atractiva, y de su alma hizo una mezcla de elevacion y de modestia, de energía y de sensibilidad. Por esto Vasari, rindiendo homenaje á todas estas cualidades reunidas, dijo que los que como Rafael están dotados de tan raras perfecciones son algo mas que simples hombres. Pero aun siendo superior á los demas hombres por su espíritu y por su genio, fué bien visto de todos porque constantemente se mostró afable y generoso. Pareció que la naturaleza le inició en todos sus secretos, que le confió la noble mision de dar luz, de crear como ella misma. Por desgracia se ha observado frecuentemente que los artistas mas eminentes han desparecido como meteoros, despues de haber hermosado por un instante los cielos. Rafael, muerto en la flor de su edad, llenó de luto á la escuela romana que se gloriaba ya con razon de ser la reina de la pintura.

Miguel-Angel, que fué su contemporáneo, concentró todos sus estudios en el arte del diseño, observando sobretodo la anatomia. Rafael formó su talento con mas elementos, y el gusto de la antigüedad fué en definitiva el último término de sus nobles esfuerzos. Miguel-Angel es el mas grande de los diseñadores, Rafael el primero entre los pintores. Sin embargo, de esos dos maestros de la mas elocuente de las artes, cual ha de ejercer mas imperio sobre el alma? Los dos merecen el nombre de seres sobrenaturales. Miguel-Angel escita el asombro, la admiracion; para él ha sido creada la idea de la grandiosidad. Rafael, aun alejándose por el vuelo de su genio del mundo que le contempla, se ofrece á él bajo el aspecto mas tierno, mas amable. Difícil será decidir entre los dos, porque si el uno es el Homero de la pintura, el otro será el Virgilio.

Despues de haber dado á luz muchas obras maestras, el cuadro de la transfiguracion puso el colmo á la gloria de Rafael. No solo este trabajo es el último fruto de su genio, y la mas grande de sus composiciones pintadas al oleo, si que tambien es aquella donde mas brillan todas las cualidades de un pintor esce-

lente, tales como la energía del pincel, la fuerza del colorido, la mágia del claro-obscuro, y otras cualidades de las cuales es mas difícil dar idea que concebirla.

Desgraciadamente su arder juvenil le alucinó hasta el punto de entregarse á un amor desordenado que agotó sus fuerzas y fué la causa de su muerte. Conociendo que se acercaba su última hora hizo testamento en el cual no olvidó á ninguno de sus constantes discípulos y colaboradores, y encargó á su ejecutor testamentario que restaurase y fundase una capilla á la Santa Virgen en la iglesia de nuestra señora de la Rotunda (el Panteon). Aqui es donde fué enterrado en el año de 1520, y de donde se han exhumado sus verdaderos restos para desenganño y confusion de algunos cronológicos.

CAPITULO XXII.

Plaza Navona. — Casa de Rafael. — Casino del mismo. — El Pasquino. — Coluna Antonina. — Pórtico de Octavio. — Teatro de Marcelo. — Palacios modernos.

LA plaza Navona (*Pl. 174*) el mas vasto mercado de Roma, está adornada con un obelisco de granito, con estatuas colosales, con cuatro fuentes, pero sin ningun abrigo contra los rayos del sol, ni contra la lluvia. Con el gusto por la magnificencia, todo se hermana aqui con la indiferencia por lo útil.

Durante el mes de agosto, todos los sábados, los domingos y demas dias de fiesta por las tardes se da desagüe á los pilones de la plaza Navona y en poco tiempo queda inundada esta, formando un estanque cuyo centro tiene tres pies de profundidad, y donde van á pasearse los caballos y se meten los coches. El golpe de vista que ofrecen las ventanas llenas de gente, y los muchos espectadores de los ángulos de la plaza, es á la vez agradable y extraño. La antigua costumbre de inundar la plaza Navona es aun para los romanos modernos una diversion popular.

La plaza Navona ocupa el sitio del antiguo



Pranetti del.

Roma. Piazza Navone.

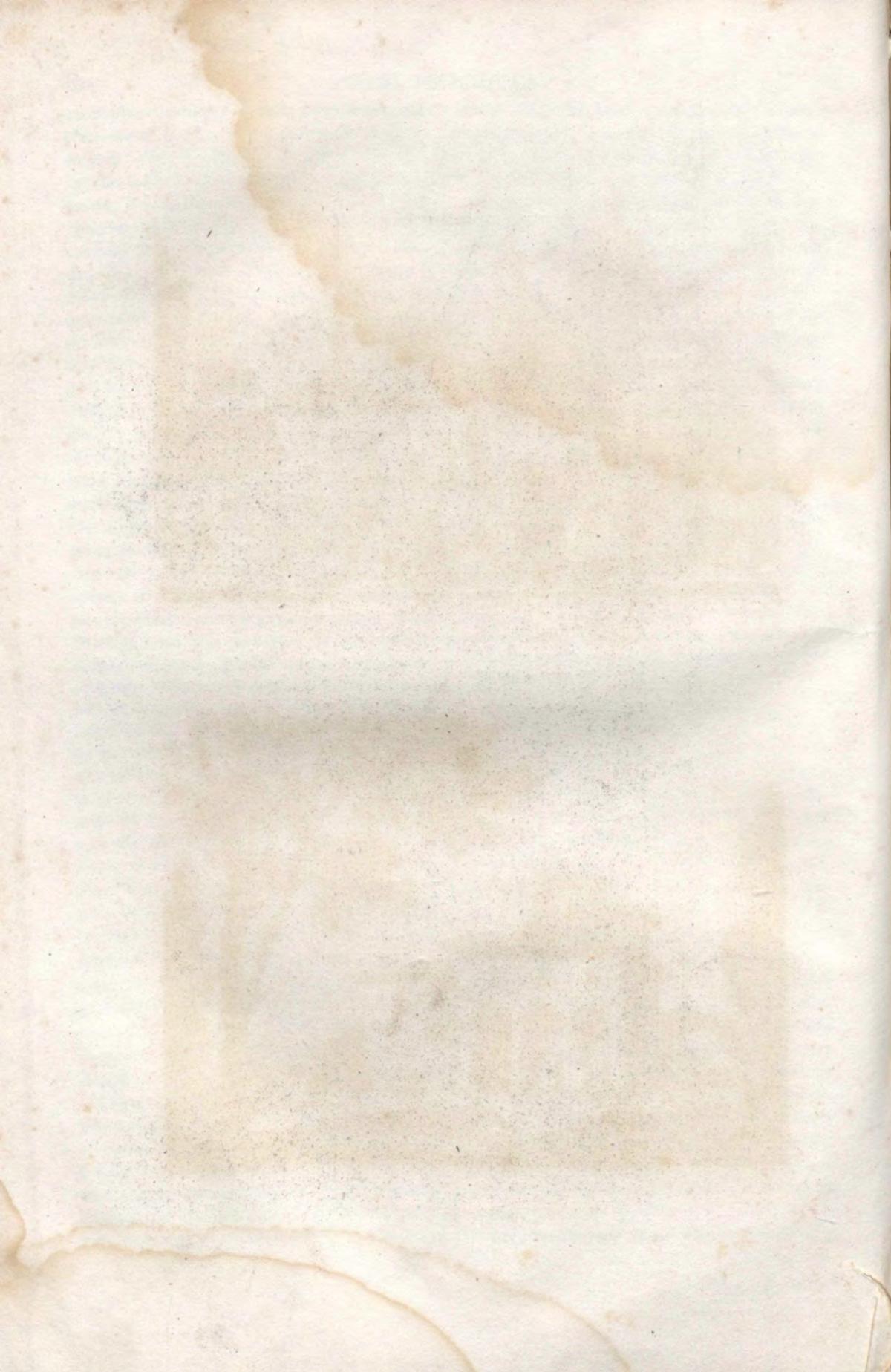


Bonchietti del.

Andol' edit.

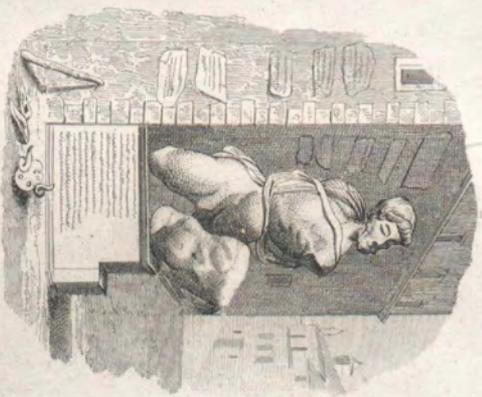
Durau sc.

Roma. Casino di Raffaello.

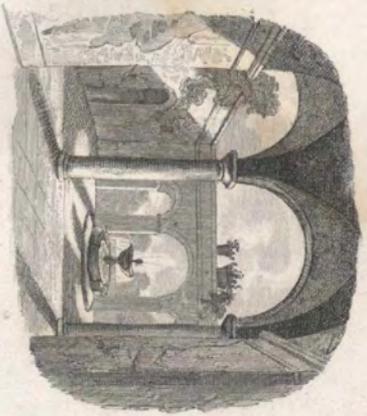




Laocöon.



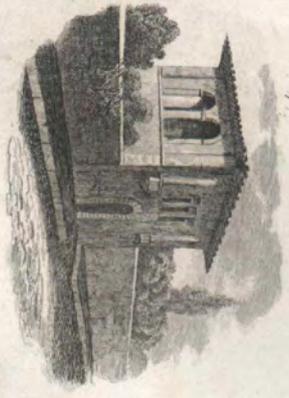
Belvedere.



Pantheon del.

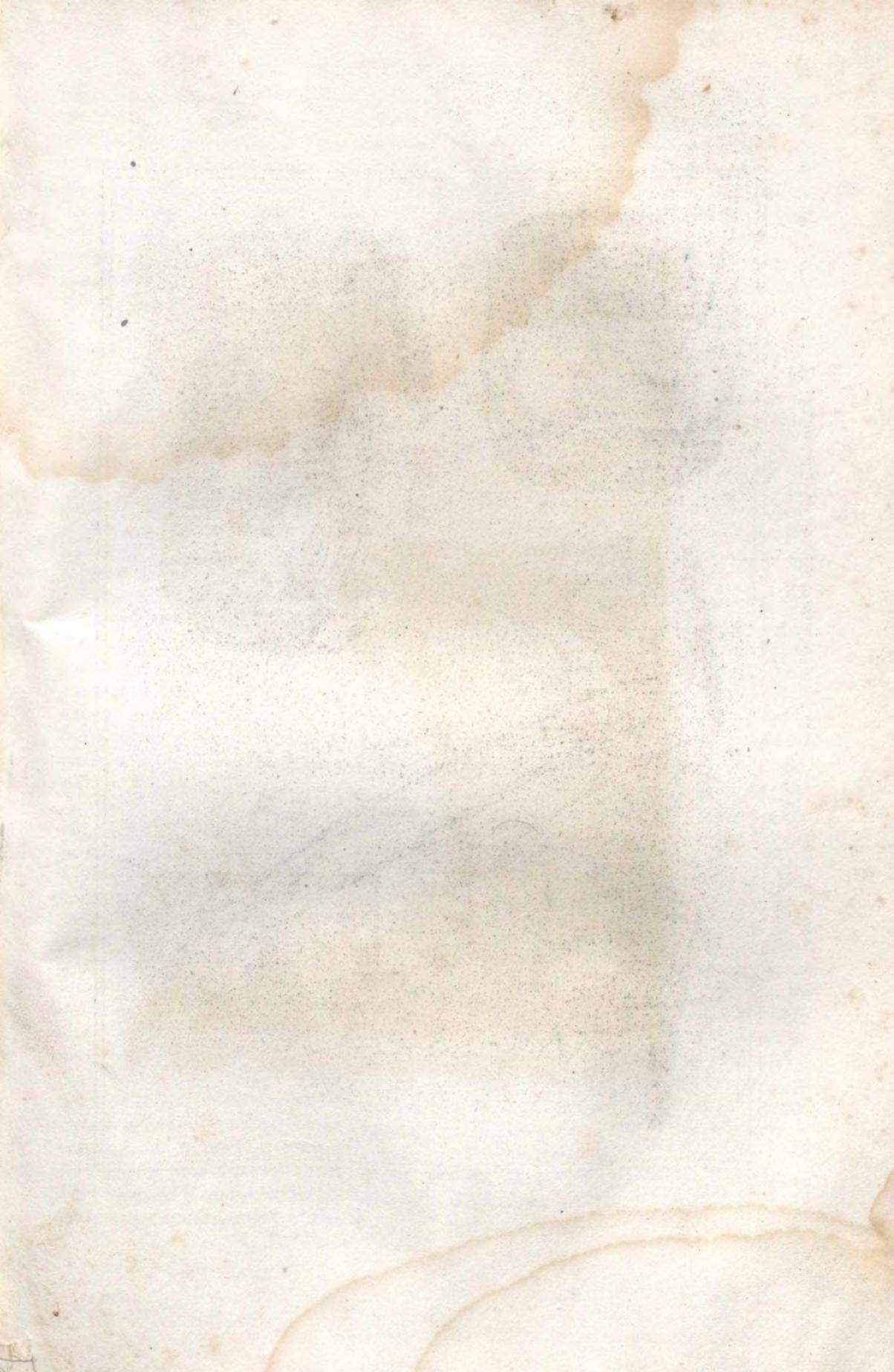


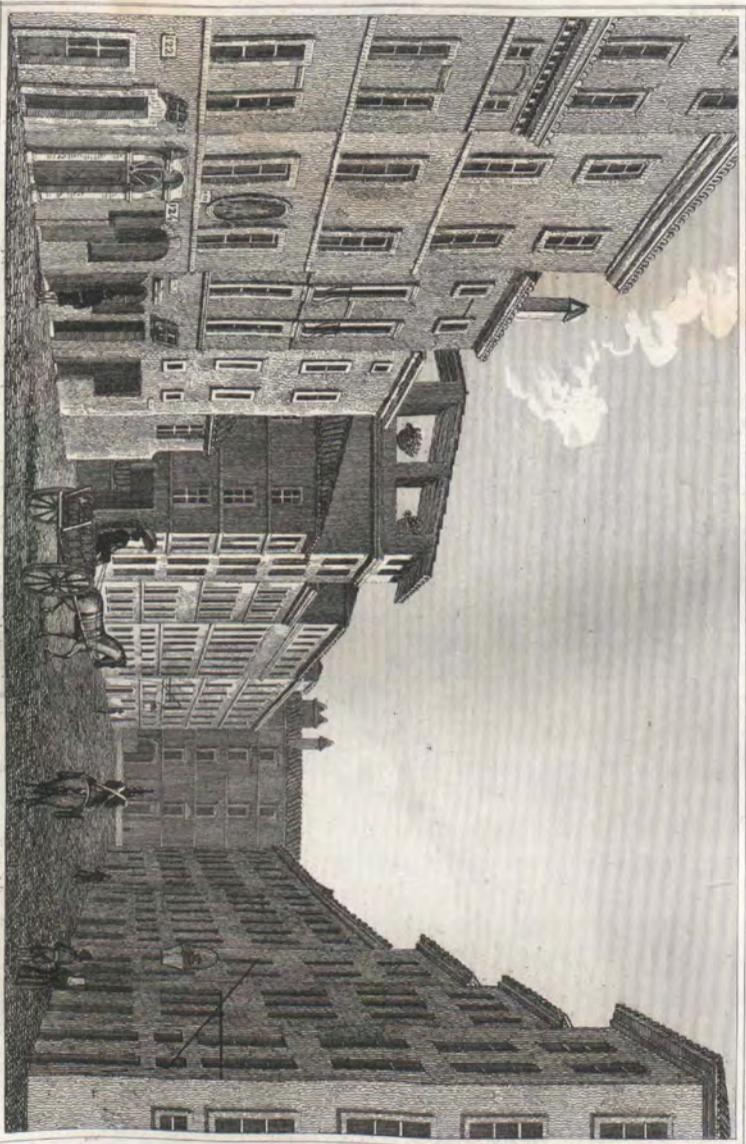
Castel Sant'Angelo.



Forum di.

Architettura di case particolari. Roma. Architettura private.





Incisus del.

del. del.

Pinx. del.

N° 124. Casa de Raffaele via de' Coronari.

Roma.

Maison de Raphaël, N° 124.

circo Agonal, hecho ó restaurado por Alejandro Severo, y ha conservado su forma. La escena de la inauguracion de la grande fuente, una de las mas felices composiciones de Bernin, esta escena, enteramente italiana, demuestra la destreza del artista, verdaderamente nacido para vivir con los príncipes, como le decia Inocencio X. Preparóse todo para dar salida á las aguas, y el papa quiso asistir á la ceremonia; pero, pasado algun tiempo, viendo que nada se hacia, dijo á Bernin que para cuando esperaba á soltar las aguas: «Esto no se hace en un instante, respondió el artista; es menester tiempo para prepararlo todo, pero con esmero procuraré servir á vuestra santidad.» Dióles entonces el papa la bendicion, y se fué; pero á pocos pasos de distancia el ruido de las aguas le hizo volver. Lleno entonces de alegría, dijo á Bernin: «Siempre sois el mismo; el placer de la sorpresa que me habeis dado prolongará mi vida por diez años.» Al momento hizo repartir á los trabajadores cien ducados.

Júzguese, pues, cuanto agrada á los romanos la presencia de las aguas abundantes en el seno de la ciudad eterna. Roma antigua encontraba en sus esclavos brazos suficientes para la construccion y la conservacion de sus acueductos, cuyo menor título para escitar nuestra admiracion es el de atravesar comarcas enteras: pero que Roma moderna, tan pobre en poblacion, en agricultura, en industria y en comercio, haya logrado tener tambien sus acueductos, es cosa que en realidad asombra. Sus fuentes se encuentran en la cumbre de las colinas y á la vez en el fondo de los valles; en las mas hermosas plazas como en los callejones; no hay palacio, no hay monasterio, no hay casa de alguna consideracion que no tenga agua para su uso particular. En las quintas se cuentan las fuentes á docenas; y en los jardines plantados de granados, de jazmines, de mirtos y de naranjos, el encanto de las aguas es tanto mas sensible quanto el sitio contribuye mas á favorecer la ilusion. Nada escasea el gobierno pontificio para conservar entre los romanos el goce de unas aguas cristalinas que forman contraste con las que corren incesantemente por la madre del Tibre: su conservacion es, pues, el principal deber de la administracion, y fuerza es confesar que esta le conoce y le cumple.

Uno de los principales edificios de la plaza Navona es la magnífica iglesia de Santa Inés; la fachada, los dos campanarios, y la cúpula de este edificio, son obras del corto número de aquellas que hacen honor á Borromini, si bien que los campanarios parecen demasiado altos si se comparan con la anchura del frontispicio. Todos los bajos-relieves de la iglesia son de mal gusto, aun comprendiendo los del subterráneo de Algardi, obra que seguramente ha sido sobrado alabada.

Despues de haber visitado este templo entramos en la calle de *Coronari* inmortalizada por una pequeña casa habitada en otro tiempo por Rafael, y que fué restaurada en el año de 1705; véase la pl. 175. Carlos Marata pintó en ella el retrato del artista sublime; pero ¡ay de mí! este homenaje no ha escitado una emulacion generosa en el corazon de los romanos hácia su ilustre compatriota. Todo anuncia en el exterior la indiferencia por esa morada tan rica en recuerdos.

A propósito de la casa de Rafael, citaremos el *casino* que aquel inmortal artista poseyó antiguamente fuera de la puerta del pueblo (*Pl.* 174); adórnala algunos frescos de un gusto esquisito, aunque algo alterados por el tiempo. El de las bodas de Alejandro y de Rosana, que es el que mas bien se ha conservado, fue egecutado por el antiguo dueño de la casa, insiguiendo la descripcion de la pintura del artista griego Acteon dada por Lucano, cuyo texto puede servir de explicacion aun en el dia.

Cual es el viagero que no ha hablado del célebre tronco mutilado, llamado el Pasquino, una de las obras mas enérgicas y mas acabadas, que parece ser un Menelao defendiendo el cuerpo de Patroclo? El genio satírico es particular al pueblo romano, y por lo mismo consagraremos algunas líneas al Pasquino. La reputacion de esta estatua no permite confundirla con los mármoles ordinarios, y no por ser mutilada deja de tener mucho movimiento. Por otra parte los conocedores descubren aun mucho mérito en este mármol famoso, y dicen ser cuando menos un soldado macedoniense en el acto de socorrer á Alejandro herido.

Este Pasquino tan deteriorado está puesto, no sin alguna gracia, sobre un pedestal que se apoya en el palacio de Braschi (*Pl.* 182). Cuan-

do los romanos escribían algún epigrama contra el poder y sus abusos, alguna sátira contra alguna dama, contra algún rico insolente ó contra algún aventurero que las echaba de príncipe, siempre el Pasquino recibía y popularizaba las primeras confidencias. De ordinario se escribían estos pasquines en verso; algunas veces las diatribas tenían muchas páginas, sin que por esto fuesen mejores; muchas veces el poeta se detenía en un juego de palabras, sin que dejase de tener gracia.

Cuando el ilustre Canova representó en el sepulcro de Alfieri á la Italia vestida á la antigua, amaneció en el Pasquino la inscripción siguiente:

*Questa volta, Canova l'ai sbagliata:
L'ai fatta vestita, ed è spogliata.*

Esta vez, Canova, te engañaste: vestida nos la das, y está desnuda.

Otro día que anunciaron la venta de los palacios y quintas de la casa Borghese, cuya inmensa fortuna labró en otro tiempo Paulo V y que últimamente pertenecieron á la princesa Paulina, leíase en el Pasquino:

*Paulus fecit, Paulina defecit
Paulo lo hizo, Paulina lo deshizo.*

Los epigramas del Pasquino eran siempre originales é ingeniosos; y es que naturalmente los romanos son inclinados á la sátira, pero á la sátira fina: no buscan la sonrisa del desprecio que es reputada grosera, sino la de la malicia.

Del genio satírico de los romanos, de que el Pasquino es emblema, á su talento extraordinario para la improvisación, la transición es natural. Encuéntrense italianos de todas clases y sexos, inteligentes ó poco instruidos, que poseen la facultad de hablar en verso durante muchas horas, sea cual fuere el asunto; y la rima, en vez de ser para ellos una dificultad, parece abrirles más libre campo para la improvisación. Sin embargo las perpetuas alegorías de que hacen uso, casi siempre son mitológicas.

El pueblo no desea menos que las clases elevadas este género de representación debida únicamente á la memoria y á la imaginación de un solo individuo. Los italianos de las clases infe-

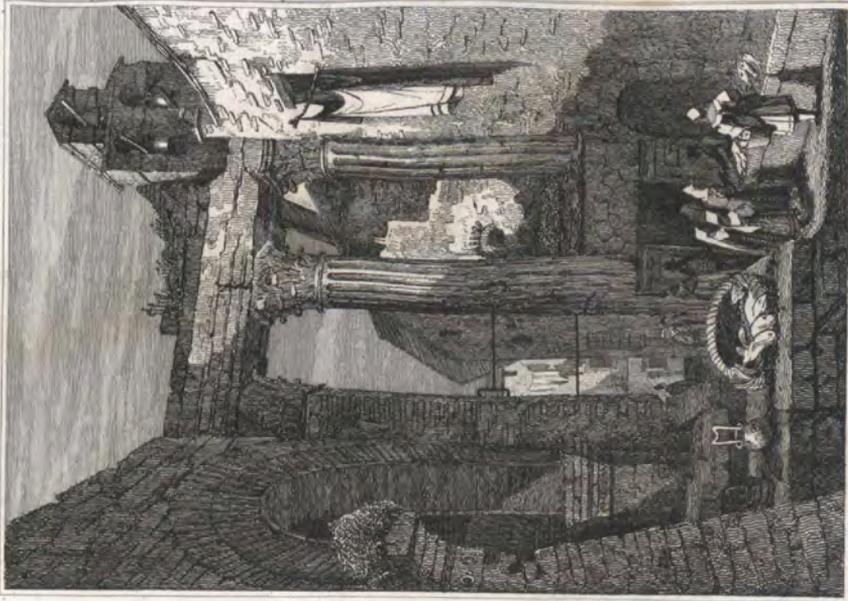
riores encuentran en los mesones sus particulares improvisadores. Algunos labriegos, algunos habitantes de la ciudad, y aun los mismos extranjeros se agolpan alrededor de un poeta ambulante, que da principio con una efusión y abundancia dignas de mejor suerte á unas narraciones no pocas veces interrumpidas por los gritos de admiración del auditorio, ó por el aplauso que arrancan los sentimientos frecuentemente opuestos que excitan las varias partes de la narración. Las hazañas de algunos guerreros populares en Italia, los hechos terribles de algún famoso bandido, las antiguas leyendas contadas y oídas siempre con nuevo placer, tales son los manantiales inagotables en que van á buscar sus inspiraciones los improvisadores públicos, y que son recibidas casi siempre con entusiasmo (Pl. 147 tom. 4).

El palacio Massimi, cuyo plan y ejecución admirarán después los viajeros conocedores, enseña su discóbolo, copia del célebre bronce de Miron.

El foro de Pompeyo estaba cerca del teatro del mismo nombre, y le costó sin duda una buena parte de las riquezas que le valió su expedición de Asia. Así uno como otro de los dos edificios eran monumentos dignos de ser visitados: hoy día son el mercado de los mulos.

La casualidad ha favorecido algo más á la columna Antonina que existe todavía en medio de un grande cuadro formado por hermosas casas (Pl. 176). La plaza corresponde al monumento, y este traza en sus bajo relieves la victoria alcanzada en el año de 174 contra los Sármatas, y los Marcomanos, y á la cual había principalmente contribuido la legión fulminante. Esta columna fué muchas veces herida antiguamente por el rayo, atraído según es fama por la punta de la espada de San Pablo que la domina.

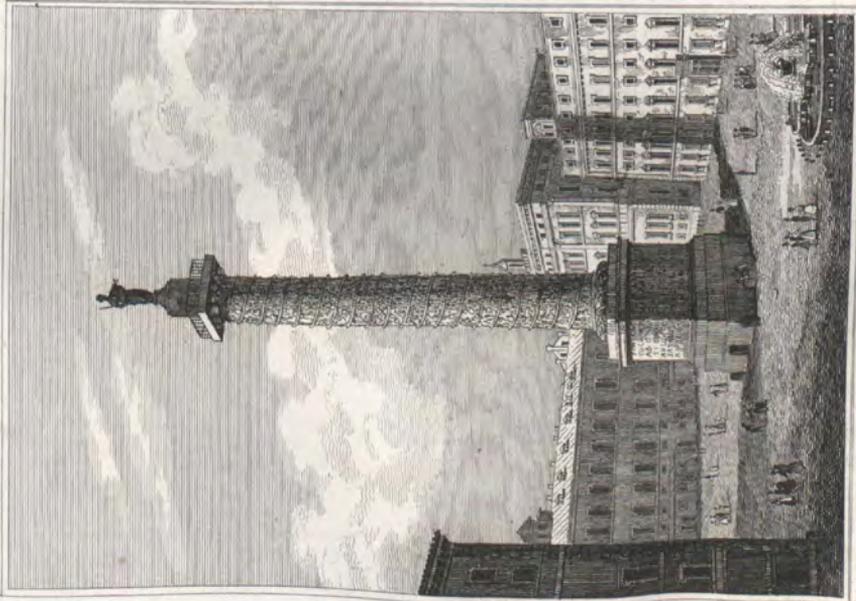
No es muy raro ver anochecer á varios romanos subiendo á lo más alto de la columna trajana, y llenar la galería para.... Pero, mejor será que adivinen los lectores el motivo que conduce á este lugar á los ilustres descendientes de los Brutos y de los Lépidos. ¿Es acaso para admirar la ciudad eterna desde lo alto de ese monumento imponente? Es acaso para recordar las más hermosas páginas de su historia, para buscar grandes ejemplos y noble emulación? No;



Bureau de

J. Prout del.

Portico di Ottavia.

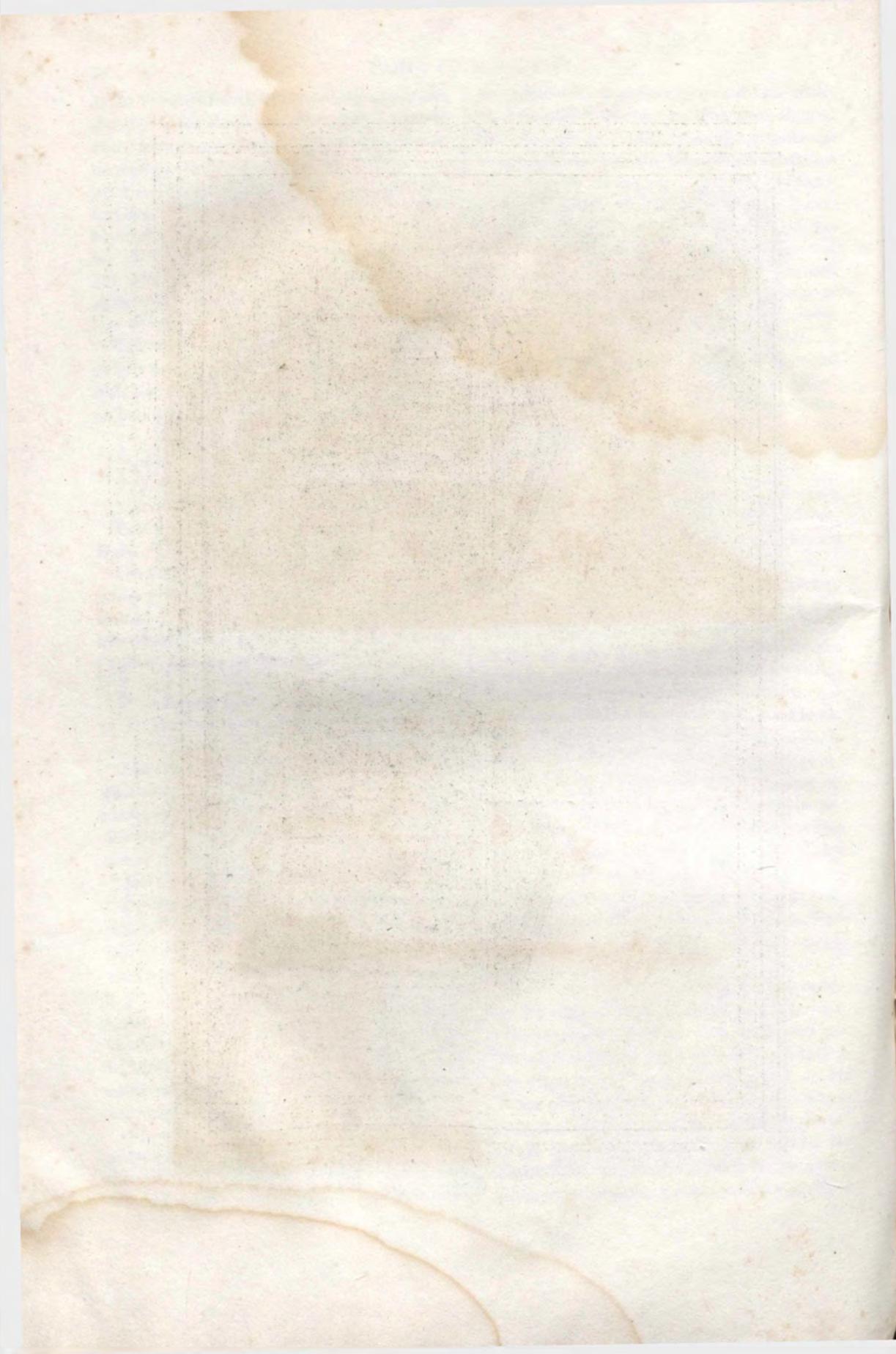


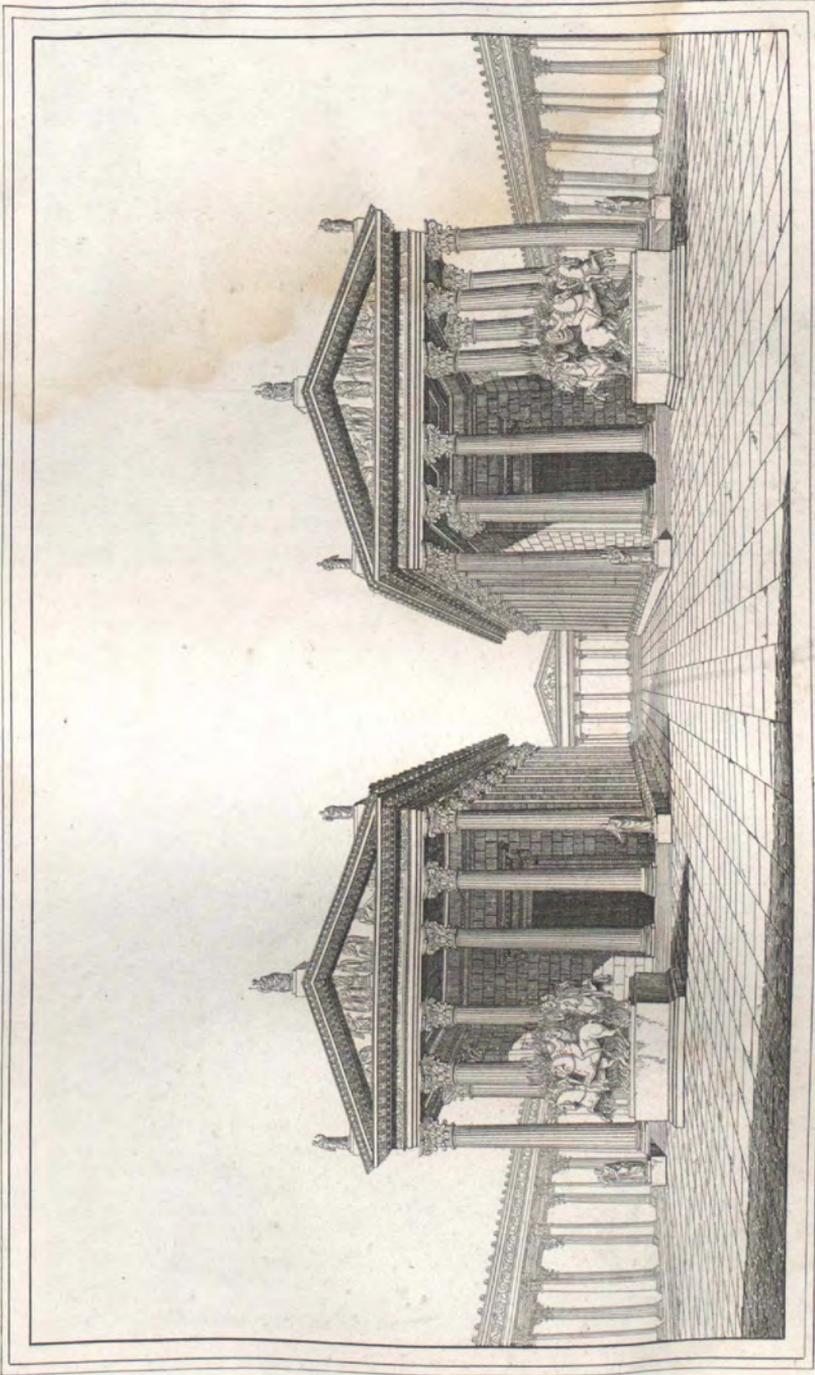
Cant. del.

Colonna Antonina.

André del.

Roma.





Carlini del.

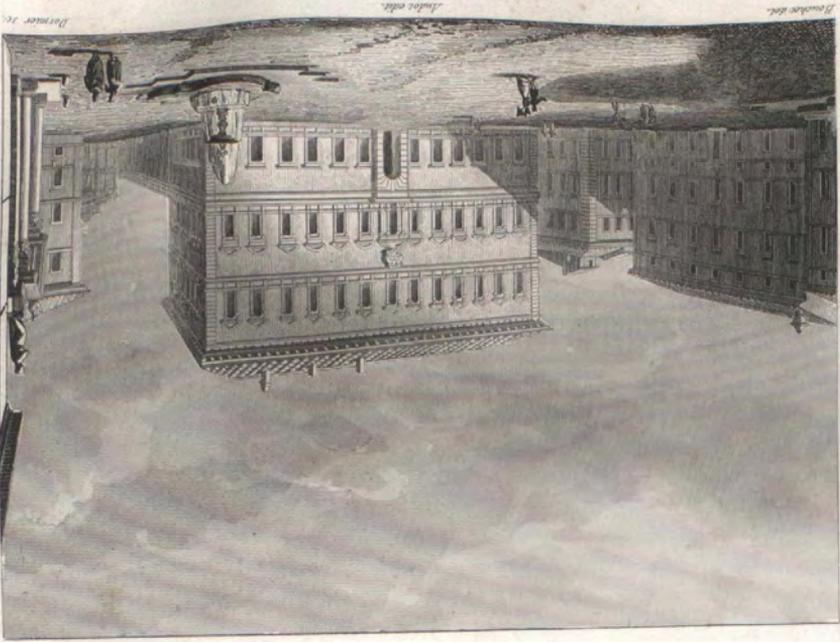
André del.

Blon. sc.

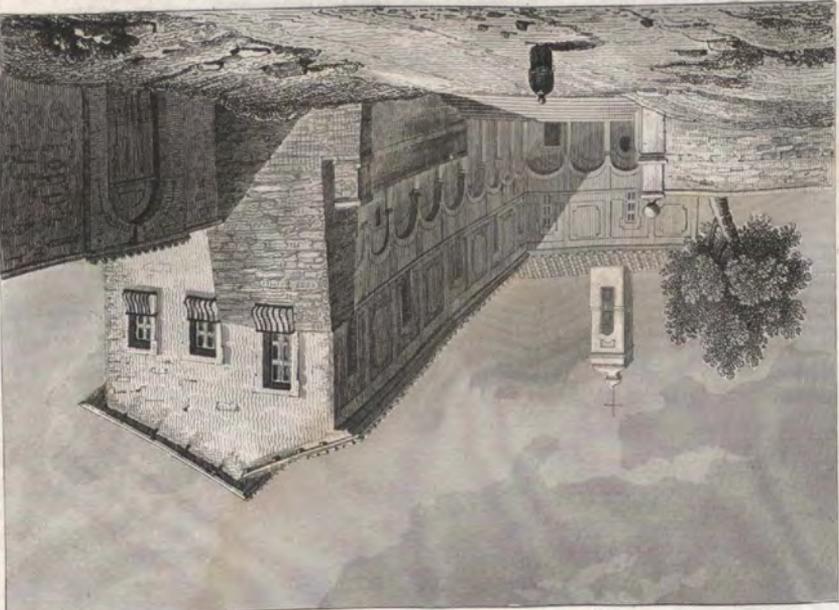
Portico d'Ulavia e Tempj di Giove e Giunone. Roma. Portico d'Octavie et Temples de Jupiter et Junon restaurés.

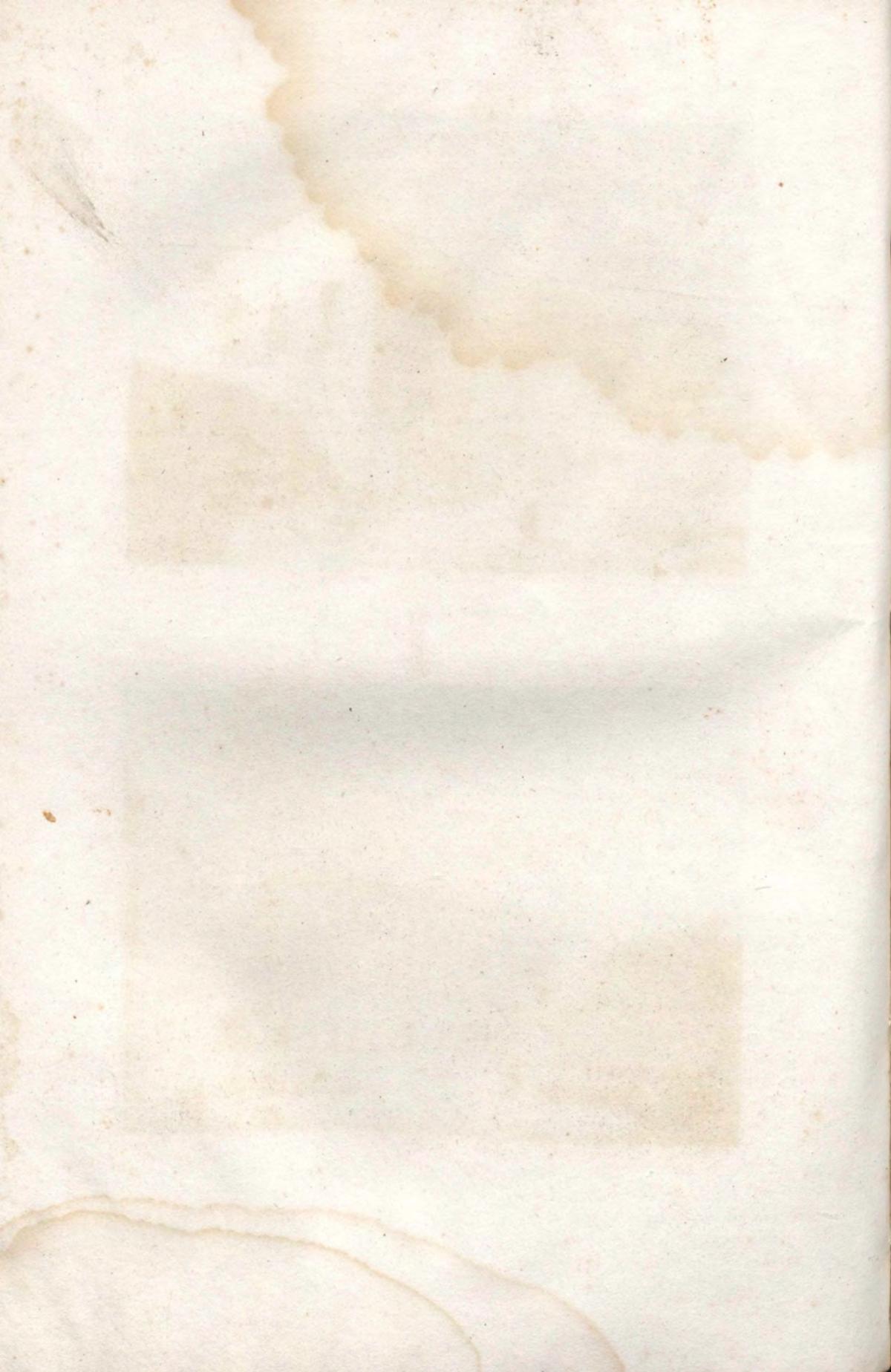


Roma. Palazzo Farnese.



Roma. S. Onofrio.





que es para cazar golondrinas.

El pórtico de Octavio, que se ofrece ahora á nuestras miradas, y que era uno de los mas hermosos edificios de la magnificencia de Augusto, no es en el día mas que un pestilencial reducto, una ruina de soberbios mármoles que forman la entrada de una pescaderia (Pl. 176). No sabríamos hablar sin admiracion y sin elogio de este monumento admirable. La pl. 177 nos da una idea de su antiguo esplendor. ¡Qué hermosa creacion la de este pórtico compuesto de infinidad de altas columnas que encerraban en su circuito dos templos suntuosos! Uno de ellos estaba consagrado á Júpiter y otro á Juno: en verdad que la arquitectura romana ha sabido honrar siempre á sus divinidades. Delante de cada templo habia un grupo de estatuas ecuestres traídas de Macedonia por Metelo.

El pórtico servia como de avenida al teatro de Marcelo, monumento que debia eternizar la memoria de un joven príncipe de tan raras esperanzas, y que solo fue la obra del inconsolable Augusto.

El teatro de Marcelo reunia en sus cuatro pisos los cuatro órdenes de arquitectura, y la perfeccion del trabajo igualaba la belleza del plan: aun existen los dos primeros pisos de la mitad del edificio.

Actualmente, si algun teatro existe en Roma es solo por una tolerancia condicional, y en consecuencia son oscuras y aun miserables sus decoraciones. En vano los *citadini* han dirigido peticiones al gobierno pontificio para obtener el permiso de reparar y limpiar el teatro de la Argentina, y de levantar un pórtico delante de su entrada. La respuesta que han recibido es lacónica; se les ha dicho que Roma era para las iglesias, no para los teatros, y que el papa no reconocia esta clase de establecimientos.

La contemplacion de los palacios de Roma moderna tiene lugar despues de haber visitado los principales monumentos de Roma antigua. En Roma se dá el nombre de palacio indistintamente á todas las casas de las familias ilustres, pero no todos ellos merecen llamar la atencion del viajero, y en general los palacios modernos se parecen á los monumentos antiguos como los príncipes actuales se parecen á los Escipiones y á los Pompeyos. Bien es verdad que nos ofrecen imponentes masas y fachadas gigantescas á las

cuales está frecuentemente sacrificada la disposicion interior, pero acaso no se encontrará uno que presente esta exacta simetria de partes, única que conduce á la perfeccion, ó que á ella se acerca. Ademas, casi ninguno de ellos tiene unidad de plan, pues son obras de distintos tiempos principiadas ayer, suspendidas hoy, y acabadas un siglo despues: muy pocas veces presidió el buen gusto á sus adornos. Las fachadas que forman el lujo principal de esos palacios, están afeadas comunmente por colosales ventanas, y por adornos harto salientes. Miguel Angel dejó escelentes modelos en las ventanas de la chancilleria y del palacio de Farnesio, pero esta elegante sencillez no ha encontrado imitadores. Se han deseado obras gigantescas, y se ha logrado hinchazon. Con todo, el conjunto de estas composiciones ofrece un aire de grandeza que va acompañado de una solidez real.

Penetremos en su interior, y á buen seguro que nos brindarán con todo cuanto las artes reunidas pueden ofrecer de mas raro y admirable. Los patricios de la antigua Roma tenian el privilegio de colocar en sus vestíbulos las imágenes de sus antepasados. Los nobles de la Roma moderna tienen tambien sus vestíbulos, pero á falta de antepasados dignos de los honores del mármol, han colocado en sus vestíbulos jarros, estatuas y bustos antiguos.

El palacio de Farnesio (Pl. 178) con su hermosa plaza adornada con dos abundantes fuentes, y con sus vistosas calles laterales, es el mas delicioso de Roma, y el verdadero tipo de la arquitectura romana, diferente por la pureza de su noble gusto de la arquitectura de aparato de los palacios de Nápoles y de Génova, y de la algo salvage arquitectura florentina. Tres arquitectos de primer orden trabajaron en esta obra maestra. Antonio de San Gallo hizo el plano y levantó las fachadas exteriores; el primer piso del patio es obra de Viñolas: lo restante es obra de Miguel Angel. Muchos adornos del patio se sacaron de las ruinas del Coliseo. Despues de las obras de la antigua Roma, nada ha sido construido con mas perfeccion que ese patio, y es digno de rivalizar con los primeros monumentos del pueblo-rey. Debajo del pórtico está el grande sarcófago de mármol de Cecilia Metela. Una her-

mosa escalera conduce á la galeria pintada por Anibal Carraccio, con la ayuda de su hermano Agustin y de muchos de sus discípulos: es el modelo de todas las galerias ejecutadas por el mismo estilo. Los adornos, algo pesados tal vez pero hechos segun el gusto del siglo, costaron al artista ocho años de trabajo, y no se le dieron por ellos mas que unos seiscientos duros.

La magnificencia de esta soberbia morada consiste sobretudo en las muchas y raras pinturas que le adornan, y que en su mayor parte son otras tantas obras maestras. Las principales adornan las bóvedas y los cielos rasos.

El palacio de *Spada* fue restaurado por Borromini, quien construyó en un pequeño jardin una columnata que forma una perspectiva imitada por Bernin en la escalera del Vaticano, género de ilusion que parece un contrasentido en medio de las brillantes realidades de semejante pais. La galeria, sin ser de primer orden, tiene sin embargo algunos cuadros notables en cuya enumeracion no nos detendremos porque sería sin interés. Las salas bajas están llenas de célebres esculturas antiguas, entre las cuales se nota una estatua en actitud meditabunda. Créese ser un Arístides.

Enseñase tambien en el palacio de Spada la estatua colosal de Pompeyo, al pie de la cual se supone que cayó en el momento de su muerte trágica. En el año de 1798 los franceses trasladaron esta estatua al Coliseo, cuando dieron en él la famosa representacion de la tragedia de Voltaire. Por lo demas, esta supuesta estatua de Pompeyo, representa únicamente á un emperador encima de cuyo tronco se ha pegado el busto de Pompeyo.

La célebre habitacion de la Farnesina, que es mas bien un casino que una suntuosa quinta, pertenece á la familia de Farnesio cuya magnífica morada hemos visitado ya. La Farnesina está situada casi en las mismas murallas de Roma; hízola construir un simple ciudadano, un mercader del tiempo de León X, y ofreció á este un magnífico banquete cuando su casa estuvo concluida.

Una de las piezas de la Farnesina está pintada enteramente por Rafael, en union con sus principales discípulos. El asunto de este precioso fresco es la historia de Galatea, pero el principal personage del cuadro es una ninfa lle-

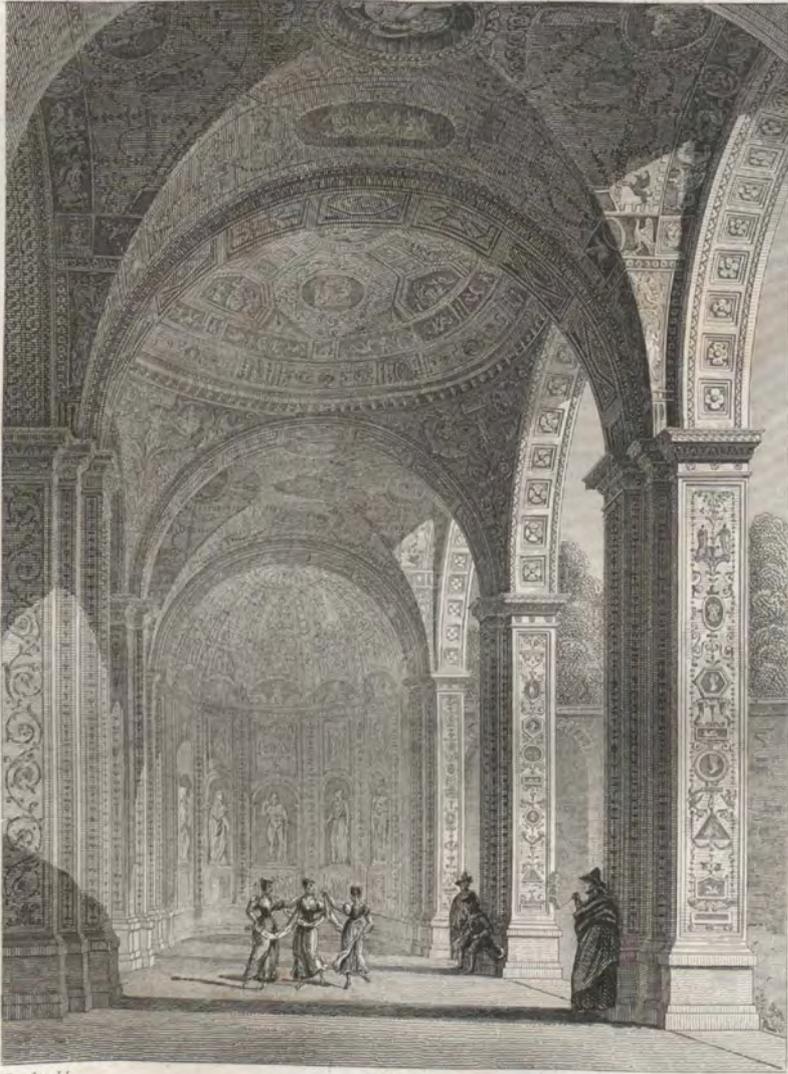
vada por un triton. Después de habernos estasiado delante de esta obra admirable; llama toda nuestra atencion una cabeza simplemente dibujada, una cabeza colosal. Aunque esté hecha únicamente con carbon, sin embargo toda la belleza de las nereidas de Rafael, toda la gracia de la Diana de Volterra, no pueden distraer de ella nuestra atencion. Daniel de Volterra, discípulo favorito de Miguel-Angel, fué empleado junto con los discípulos de Rafael para pintar esa hermosa sala, y rogó á su inmortal maestro que fuese á ver su obra y le diese sobre ella su parecer. Miguel Angel llegó á la Farnesina antes que su discípulo, y atormentado por una especie de impaciencia, que es en cierto modo la enfermedad de los hombres de genio, cogió un pedazo de carbon y trazó con él esa cabeza poderosa, que lleva estampado el sello de su terrible mano, como la marca del genio creador del Moisés. En medio de los bajos relieves y de las cornisas prodigadas alrededor, presentase esta cabeza en un espacio que se ha dejado vacío por respeto á su autor. Todo empieza á deteriorarse alrededor de ella, aun las mismas obras de Rafael, pero la cabeza está ahí indeleble.

En pos de las imágenes de Rafael y de Miguel-Angel vienen los recuerdos de los poderosos duques de Farnesio, y de las fiestas régias que dieron cuando fueron llamados al trono de Nápoles. En el dia no quedan ya vestigios de su existencia. La desolacion triunfa en este lugar; las salas están desnudas; el tiempo y la humedad alteran todos los dias visiblemente las pinturas de la Psiquis y de Galatea. Los deliciosos jardines en los cuales se solazaba el honrado Chigi, descuidados y llenos de yerbas dominan las ruinosas márgenes del Tibre; la misma campiña de Roma no ofrece un aspecto mas melancólico que el pabellon en otro tiempo tan brillante de la Farnesina.

CAPITULO XXIII.

Convento de San Onofre. — La Fuente Paolina. — Villa Pamfili. — Villa Madama. — Gobierno pontificio. — Palacio Borghese. — El monte Pincio.

A corta distancia de la Farnesina se encuen-

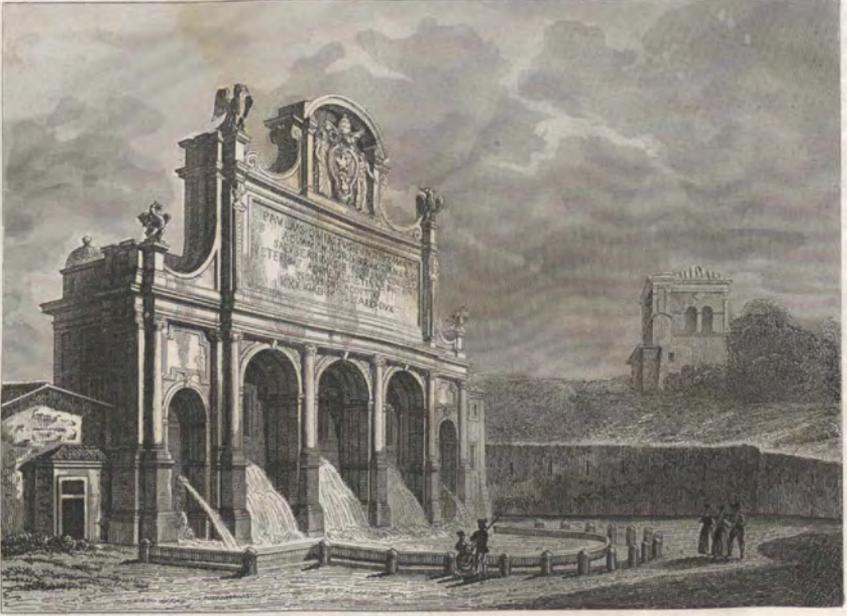


Bouche del

Autos adı

Dernier de

Roma. Villa Madama.



Roma.. Fontanone dell'acqua Paola.



Bouchet del.

Antoni scul.

Dorigny sc.

Roma. Villa Panfili.

tra el convento de San Onofré, con su correspondiente iglesia, edificio immortalizado por el sepulcro de Tasso. Nosotros nos contentaremos con deplorar la lentitud con que se levanta el monumento destinado para el poeta de Sorrento, para el cantor de la Jerusalem restaurada. Los reyes y los emperadores se han suscritos para ello, pero dudamos mucho que ese pomposo y frío mausoleo produzca la impresión que hace el pequeño mármol puesto provisionalmente por los religiosos, y cuya corta inscripción principia por estas palabras imponentes.

TORQUATI TASSI
OSSA HIC JACENT.

Enséñase en el jardín el árbol de Tasso, así llamado porque según es fama descansaba el poeta debajo su sombra. Uno se complace en dar crédito á esta tradición popular, y mirando la copa de esa vieja encina que dió sombra á un ilustre cuanto desgraciado poeta, puede apenas contener las lágrimas. Es una encina que está junto á una fuente, y parece merecer el honor de haber brindado al Tasso con su sombra hospitalaria. En la Pl. 178 se descubre la ventana del cuarto habitado por el poeta: es la mayor de todas.

Llama ahora nuestra atención la fuente Paolina (Pl. 179), muy bien situada y la mas abundante de Roma. Mirada desde cierta distancia se tomará por un arco triunfal. Al pie de un ático elegante hay cinco arcadas por las cuales se precipitan otros tantos torrentes. Un vasto pilon de mármol recibe las espumosas aguas para distribuir las despues por varios conductos. La corriente viene por un acueducto construido en tiempo de Trajano, y que fué restaurado por el papa Paulo V. La fuente Paolina fué construida con los mármoles del templo de Palas, levantado por Nerva y demolido en la época de Paulo V, nuevo y deplorable ejemplo de la destruccion de los monumentos antiguos en una época de civilizazion.

Pero, la sola nomenclatura de los edificios notables de Roma no se acaba nunca, y aunque permanezca mucho tiempo el viajero, en la ciudad eterna jamas se cansa de mirar, siempre se le ofrecen objetos nuevos, siempre le parece

que ha olvidado lo mejor, y pasa dias y dias contemplando á todas horas, pasando de un monumento á otro, y estasiándose frecuentemente en uno solo cuando habia creído poder visitar muchos en un solo dia.

Salgamos, pues, por unos momentos del recinto de sus murallas, y continuemos nuestras excursiones al través de esas villas ó sumptuosas quintas románticas peculiares del suelo itálico, y de las cuales sin verlas no lograrémos mas que concebir una idea imperfecta.

La *Villa Pamfili-Doria*, ó de Belrespiro (uno de los renombres poéticos de Italia) es acaso la mas deliciosa de las villas romanas (Pl. 179). Imposible es figurarse el encanto que la prestan sus pinares, esos árboles, de los cuales puede decirse que corren en armonia con el horizonte del pais, puesto que dan sombra y dejan al mismo tiempo paso para los celajes purpurinos. Además se goza en ella del fresco ambiente de un lago encantador, de una vista que se estiende hasta el mar, de frescos prados esmaltados de hermosas flores, de grutas, de estanques y de cascadas, entre fragmentos de la antigüedad.

Atravesando la plaza de San Pedro, vése detrás de la columnata la puerta Angélica por la cual se sale para subir al monte Mario. Gózase en este sitio de la deliciosa vista de Roma y de su campiña. El monte se llamó antiguamente Clivo Cinna; despues tomó el nombre de Mario Millini, noble romano que hizo construir una hermosa casa de campo que pertenece á la familia de los Falconieri.

En la vertiente del Mario se encuentra la *villa Madama*, así llamada porque en otro tiempo perteneció á Margarita de Austria, hija de Carlos V: en el dia es propiedad de la corte de Nápoles. El lindo Casino fué principiado teniendo á la vista los diseños del pintor de Urbino, y concluido despues de su muerte por Julio Romano y por Juan de Udino, ambos discípulos del inmortal Rafael: desgraciadamente el edificio ha padecido mucho, y va deteriorándose de dia en dia por falta de cuidado (Pl. 180).

El vasto palacio que lleva el mismo nombre que la villa de que acabamos de hablar, fué construido en Roma, insiguiendo los diseños de Maruchelli, en el sitio mismo donde estu-

vieron las termas de Neron, por Catalina de Médicis á la cual debe su nombre. Hoy día sirve de residencia al gobernador de Roma. El prelado que tiene este título ejerce grande autoridad, y está no solo revestido del poder administrativo mas ilimitado cuando preside á una congregacion que puede pronunciar hasta la pena de muerte, si que tambien, asistido solo de dos ó tres magistrados subalternos, tiene derecho de juzgar sin tener que hacer uso de formas solemnes, y puede aun condenar á galeras á los acusados de algun crimen. Por último, está autorizado para tomar discrecionalmente las medidas de policia que cree necesarias, asi en la ciudad como en el distrito. Cuando ha desempeñado por algun tiempo este importante empleo, acostumbra ser elevado al cardenalato, pues su cargo es uno de aquellos que se llaman cardenalicios.

Y ya que hablamos del gobernador de Roma añadamos algunos pormenores sobre la administracion de la capital del mundo cristiano. Despues del gefe espiritual y temporal de la iglesia romana, está encargada la administracion á dos ministros que dirigen mancomunadamente las riendas del estado. Uno de estos ministros es el cardenal secretario de estado, representante del soberano y su órgano legal, asi con respecto á las cortes estrangeras como tocante á sus súbditos. En general este secretario de estado es el amigo, y el consejero íntimo del papa, y por esto acostumbra mudarse cuando tiene lugar la elevacion de un nuevo pontífice.

El otro ministro es el cardenal Camerlingo de la Santa Sede, nombrado de por vida, y á quien da los mayores privilegios esta inamovilidad apesar de que el poder real reside casi mas particularmente en manos del secretario de estado. La posicion del Camerlingo ó Camerlingo sube de punto como hemos dicho ya mas adelante cuando está vacante la Santa Sede, puesto que es gefe del gobierno durante el tiempo que transcurre entre la muerte del papa y la reunion de los cardenales: en consecuencia toma inmediatamente posesion del palacio pontificio en nombre de la cámara apostólica, y hace acuñar moneda con su nombre y sus armas. En lo restante del tiempo en que está vacante la Sede, el estado corre bajo la sucesiva

administracion de los cardenales, con el título de *capi d'ordine*, ó gefes de orden, es decir por tres cardenales obispos, presbíteros ó diáconos que se suceden diariamente.

Los dos Ministros de que antes hemos hecho mencion desempeñan sus funciones dependiendo inmediatamente del papa; y para la egecucion de sus órdenes les asisten varios empleados de los cuales algunos tienen tambien el derecho de entenderse directamente con el sumo pontífice.

Despues de estos ministros viene el tesorero general, prelado de los de primer orden á quien por lo comun se recompensa de sus servicios con el capelo, y á quien está encargada la hacienda del estado; este ministro ejerce sus atribuciones bajo la direccion mas bien ficticia que real del cardenal Camerlingo; cuida de percibir los impuestos, de la administracion de los dominios públicos y de la de todos los establecimientos que corren por cuenta del estado. El tesorero, aunque esté en segundo orden respecto á la gerarquía, sin embargo ejerce junto con el secretario de estado la mas alta influencia en los negocios.

Los tres ministros de que acabamos de hablar son los verdaderos gefes del gobierno y los únicos personages revestidos individualmente de un poder aplicable á la administracion general.

Por el *motu proprio* del 6 de julio de 1816 el estado pontificio fue dividido en 17 delegaciones subdivididas á la vez en gobiernos de distritos cuyos gefes se escogen ora entre los prelados, ora entre las dignidades inferiores, ó ya tambien entre los letrados. Estos gobernadores unen al poder administrativo y de policia la autoridad judicial en primera instancia, asi en lo civil como en lo criminal, y tienen la fuerza pública bajo sus órdenes inmediatas. Las municipalidades puede decirse que tienen en cada pueblo una organizacion distinta. En Roma se conserva todavia el imponente nombre del Senado; un hombre solo, muchas veces un noble estrangero, representa ese grande cuerpo con el título de senador de Roma; pero su poder no es mas que una sombra; estos son nombres que encierran muchos recuerdos, pero que en el día nada dicen.

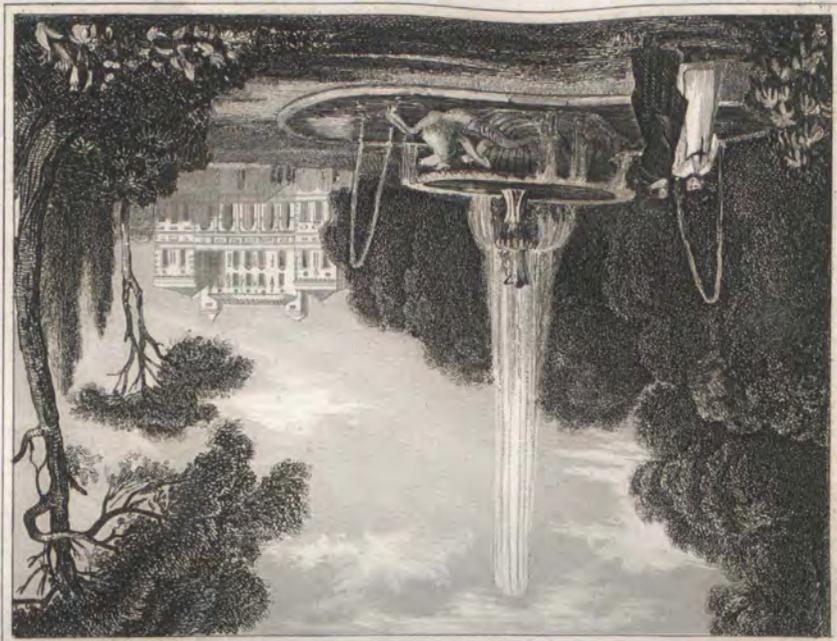
Acabemos ya esas digresiones para penetrar

Roma. Villa Borgheze.

Robert sc.

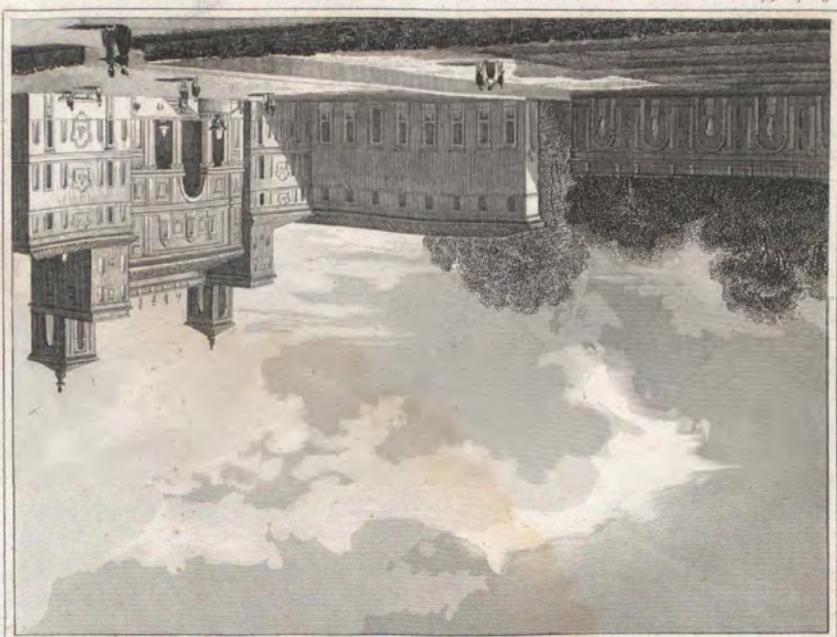
Hubert del.

A. From del.



Roma. Villa Medici.

Bouillon del.



en el palacio *Borghese* que nos brinda con sus inmensas fachadas, monumento elevado bajo el pontificado de Paulo V. El patio grande del edificio, sus hermosos pórticos sostenidos por columnas de granito, forman lo mejor de su arquitectura. El conjunto llena un espacio inmenso. Once hermosas salas, todas ellas consagradas para galería, contienen obras de los más grandes artistas del país. Dícese que sesenta de sus cuadros tienen un valor inestimable; además, hay entre ellos retratos de Rafael, de Ticiano, y de Julio Romano, que tienen mucho interés histórico, aun no tomando en cuenta el que inspiran como obras esquisitas de los más famosos profesores.

Cuando estalló la revolución de 1789 hacia mucho tiempo que estaba cerrada la biblioteca del palacio, y algún tiempo después de ese terrible acontecimiento, cuando el joven príncipe de Borghese hubo contraído matrimonio con una de las hermanas de Bonaparte, se propuso cierto día ir á visitar por la noche la biblioteca. Buscáronse las llaves arrinconadas, y una reunión en peso penetró con antorchas en la primera sala; pero no bien la habían abierto cuando les pareció que estaba entregada á las llamas, y huyeron despavoridos. Al cabo de poco tiempo volvieron y todo lo hallaron intacto; aquel espectáculo singular procedía de que se habían inflamado repentinamente con las luces las innumerables telas de araña y el incendio en un momento enardecido, se apagó también en un instante.

La quinta famosa de la familia de Borghese (Pl. 181), que está junto á las murallas de la ciudad, ocupa casi el mismo espacio que el palacio del mismo nombre del cual no está muy distante. En otro tiempo fué la más célebre villa romana y de ella dice Montfaucon que es lo que más merece ser visitado en Roma. Sacáronse de su seno las estatuas que el príncipe de Borghese vendió á Napoleón, recibiendo en cambio bienes nacionales del Piamonte, que pertenecían entonces á la Francia: apenas se nota su falta en medio de la abundancia de objetos raros y preciosos que contiene. Hízola construir el cardenal Escipión Borghese, sobrino de Paulo V, y los jardines junto con el lago ocupan una circunferencia de cerca de tres millas. El interior está lleno de esculturas anti-

guas y modernas, de cuadros y de mosaicos, y los jardines están cubiertos de casinos, de templos, de torres y de bajos relieves. Los plantíos de árboles forman la más hermosa avenida; entre ellos sobresalen la verde encina, el pino de Roma, con copa en forma de parasol, árbol que es ya por sí muy pintoresco y que en Italia lo es mucho más aun por sus dimensiones colosales (véanse en la pl. 167 los jardines de la villa de Este). Lo que es muy grande, ni más ni menos que lo que es muy pequeño, hace en el ánimo una impresión independiente de la forma. Varias calles de árboles tiradas á cordel, un templo dedicado al dios de la salud en medio de aguas corrompidas que hace más de cien años pudieron lograrse á mucha costa y que todos los veranos ocasionan fiebres, esto es lo que más principalmente llama nuestra atención en medio de bastantes objetos naturales y de muy buen gusto que hacen delicioso este jardín.

Sus mármoles de Paros, sus bosqueillos encantadores, pero silenciosos y únicamente habitados por un viejo conserje, contrastan de una manera singular con los gruesos paredones arruinados que se ven á corta distancia, murallas que el emperador Aureliano hizo levantar como nuevo círculo de Roma, y que en tiempo de Belisario empezaban ya á desplomarse. Esta venerable ruina es conocida con el nombre de *Muro Torto* á causa de su inclinación, de la cual hace mención Procopio. No hay ninguna de las magníficas moradas de Roma, en el día abandonadas, que no sea digna de poseer al monarca más suntuoso; cuando recorre uno los palacios de Borghese, Corsini, Doria Pamfili, Farnesio, Barberini, y Colonna, está convencido de que apesar de los muchos príncipes y cardenales romanos, no han podido jamás ocupar enteramente sus palacios. Un palacio romano de primer orden es un edificio vasto y macizo, más importante por la grandeza de sus dimensiones que por la belleza de su arquitectura, pues la mayor parte fueron construidos á fines del siglo diez y seis cuando las artes empezaban ya á decaer. La ancha y altísima fachada que da á la calle está construida con enormes piedras, y una pesada puerta conduce al patio alrededor del cual están las habitaciones como en el palacio Borghese, y debajo de ellas pórticos suntuosos.

Frecuentemente son esos patios en su abandono un receptáculo de inmundicias, y las graderías de mármol espaciosas, abiertas, y muchas veces hermosísimas, ofenden casi siempre á la vista y al olfato: lo mismo puede decirse desde las antesalas hasta los salones mas suntuosos. Cuando el extranjero sube ya cansado por aquellas graderías, ningún ruido, ninguna figura humana llama su atención ni le indica un camino; ni el perro con sus ladridos, ni el portero con sus refunfuños turban el silencio de esta morada parecida á un palacio encantado de las mil y una noches. Todo está silencioso como el sepulcro, ó como la habitacion de un sibarita dormido. Tiene que bajarse y subirse muchas veces por esas soberbias escalinatas revestidas de mármol y al mismo tiempo mugrientas para andar en busca del cordón que corresponde á la campanilla de la antesala. Por último, cuando se ha dado con ella, preséntase el conserje, quien conociendo su calidad de extranjero, llama al momento al cicerone del palacio para que le sirva de guía como á encargado de conducir á *forestieri*. Abrese la antesala, y lo primero que se nos presenta es algún viejo criado que ha sobrevivido á tres generaciones de años, y lleva aun los restos de librea que le dió el primero. Las ennegrecidas paredes de esta antesala están cubiertas por lo comun con los mas grandes y malos cuadros de la coleccion y con rotas tapiserías. El pavimento está negro como el de un funiadero de Aldea. El techo aparece ahumado y sucio como el de un cuerpo de guardia; un banco de madera en forma de cofre nos ofrece si bien se observa el noble blason de la familia, blason que casi ha hecho desaparecer la mano del tiempo: algunas sillas de cuero completan los muebles de este vestíbulo de los mas suntuosos aposentos. Admírase uno de ver levantarse un trono en medio de tanto descuido, pues cada príncipe romano es el soberano en cierto modo de sus dominios; y tiene no solo su trono particular, si que tambien muy frecuentemente otro en la sala de ceremonia. El dosel de terciopelo carmesí bordado de oro que cubre su sillón de estado, cobija al mismo tiempo al mugriento palafrenero que limpia las botas del príncipe y los zapatos del cardenal. Aquí están alineados los candeleros de cobre con los restos de las bujías que ardieron el día

anterior, trágés para cepillar, pelucas para componer, porque este salón viene á ser el obrador de todos los quehaceres; y para todo sirve excepto para el noble uso al cual en sus principios estuvo destinado.

No hace mucho tiempo que los príncipes romanos han perdido sus privilegios feudales, y aunque soberanos de nombre, no han recobrado la plenitud de poder ni le recobrarán acaso en mucho tiempo.

Algunos infelices criados limpiando algun quinqué mientras que el viejo mayordomo está sentado en un rincón calentándose las manos en su brasero, es el espectáculo que en los húmedos días del invierno ofrecen las mas suntuosas salas de Roma. Tal es la fuerza del tiempo; los sucesores de los famosos príncipes han abandonado sus salones invadidos por los mas ínfimos criados.

Subamos ahora al monte Pincio, tan célebre por sus antiguos jardines como por su paseo moderno.

El Pincio formaba parte del Quirinal, y en él se encontraban los famosos jardines de Lúculo donde este célebre vencedor del Cáucaso se encenagó en los placeres de la mesa, olvidó hasta su gloria para convertirse en patron de los gastrónomos, y acaso tambien para apartar de su mente el cuadro de las desgracias de Roma. Valerio que fue bastante rico para suceder á Lúculo en la posesion de este lugar de delicias, no pudo ver á su muger entregada al desenfreno con Cayo sin que desease vengarse de un modo terrible. Pero Mesalina que deseaba apoderarse de los jardines del desgraciado gallo le hizo acusar de complicidad en la conspiracion de Quærea. La infame fue á su vez condenada á muerte como en expiacion del asesinato que le valió la adquisicion de esos funestos jardines.

Un Médicis hizo contruir sobre esta colina uno de los mas hermosos palacios de Roma, que pertenece actualmente á la Academia de Francia y que merece ser el templo de las artes.

Qué golpe de vista no se debia gozar desde sus azoteas cuando el campo de Marte las ofrecia el grande espectáculo de sus ejercicios! Figurémonos esa vasta llanura limitada á un lado por el Tíbre, y al otro por templos, por tea-

tros y por pórticos; una multitud de ociosos circulando por debajo de sus peristilos, y algo mas lejos las oleadas de las tribus que se dirigian á los comicios para dar en ellos su voto. Junto á esa muchedumbre muchos grupos de jóvenes afeminados, atormentados interiormente por el tedio, divagando mas bien que paseándose, esperando la hora del espectáculo. Y si nos remontamos á la época de Paulo Emilio, de Sila, de Marcelo, de Lépido, Craso, Pompeyo y Cesar, nos los representaremos en nuestra imaginacion en el momento de dedicarse á los ejercicios militares; entonces el Campo de Marte no era ya una simple plaza de armas, pero sí una inmensa escuela de marchas, de combates y de sitios en los cuales se disputaban los hombres el premio de la fuerza y de la agilidad. Si iban á caballo era para adiestrar á ese noble compañero de sus fatigas, para hacerle combatir sin perder la línea de formacion; para enseñarle á caer sobre los enemigos con impetuosidad, á cargarlos con furor y á perseguirlos con orden. Junto á esta caballeria que franqueaba los fosos mas profundos y levantaba una nube de polvo con la rapidez de sus movimientos, maniobraba un ejército de infantes marchando á paso redoblado, y lanzando sin detenerse las piedras y las jabelinas, manejando con entrambas manos distintas armas, y adiestrándose para servirse del broquel á fin de sostener los choques con vigor. Construíanse mas lejos atrincheramientos para el ataque y para la defensa. A un extremo habia un enjambre de jóvenes que se preparaban para los combates de la lucha y de la carrera. ¿Cómo procuraban ejercitarse en dar golpes terribles y al mismo tiempo evitarlos con destreza! Después, cubiertos de polvo y de sudor se dirigian apresuradamente al Tibre para lavarse nadando, y dejaban de esta suerte traslucir que tendrían algun día el vigor de los veteranos, y que una vez armados serian el espanto de los teutones, de los galos y de los numidas.

Pero Roma no tiene ya hoy dia Campo de Marte ni soldados. El viagero cree por un momento encontrarse en la época de Lúculo, y cuando vuelve en sí ve que está en un paseo público, del monte Pincio. Detengámonos un momento en él.

Roma moderna tenia una necesidad que im-

portaba satisfacer; no tenia dentro de sus murallas, y se deseaba desde mucho tiempo, un lugar cuya sombra no estuviese tan distante como los laureles de la villa Borghese, ó la de los pinares de Panfilo. La administracion francesa de principios de este siglo escogió para ello el monte Pincio en el cual tuvo Neron su sepultura, Domiciano sus jardines y Belisario su acampamento. Sus puntos de vista sobre Roma, sobre el valle del Tibre y las montañas de la Sabina, del Lacio y de la Etruria, daban á esta eleccion una digna preferencia. Engrandeciése la plaza del pueblo y de su extremidad partieron dos rampas que separándose y volviéndose á unir varias veces, enlazaron por medio de un camino de fácil tránsito para los carruages la plaza del pueblo con el nuevo paseo que desde la villa de Médicis conduce á la trinidad del Monte; otras rampas condujeron á la cumbre de la meseta que fué aplanaada y en la cual se hicieron plantíos. En el año 1814 no se habian terminado todavia estos trabajos si bien que estaban muy adelantados, pero la parte mas importante de la construccion nada dejaba ya que desear.

Después de la partida de los franceses se resintió mucho la actividad de estos trabajos, pero al fin se pudo conseguir que el proyecto se hiciese popular, á fin de que todos pudiesen de su parte cuanto les fuese dable para que se llevase á cabo. Empleóse para ello una suma considerable, satisfecha en sus dos tercios por el tesoro pontificio, y el otro tercio por la ciudad de Roma. Al principio faltaron brazos para un trabajo reputado penosísimo, pero luego después no fue este suficiente para los que soliciaban algun empleo análogo á sus fuerzas, pues tan poderosamente obra el ejemplo entre los individuos del templo. Así se vió á muchos mendigos cuya existencia se habia enervado en la sociedad transformarse de repente en trabajadores inteligentes y laboriosos; este resultado se debió en parte á aquella administracion, y debe con imparcialidad confesarse que la honra:

CAPITULO XXIV.

Un extranjero en el monte Pincio. — Inspiraciones. — Arquitectura particular. — Villa de Mé-

dicis. — Academias de Roma. — La Trinidad-del-Monte. — Plaza del Pueblo. — Viageros. — Ciceroni.

ERA la hora, dice Menerbes, en que el sol oculto detras de una ligera nube esparcia sus últimos rayos sobre el inmenso edificio del Vaticano é iluminaba las playas de la hermosa Italia con ese color de oro y esos celages purpúreos que en vano buscaríamos en otros países; era la hora en que los búfalos salvages de las lagunas pontinas encadenados como tigres entraban por la puerta del pueblo arrastrando inmensos carros; la hora en que todos procuraban penetrar de nuevo en el recinto de la ciudad eterna, en que el escolar, saliendo de la villa Borghese entraba en el hogar paterno, y en que el religioso terminando su paseo diario se dirigía á su piadoso recinto... Entonces un jóven triste, pensativo, solitario como un desterrado, se adelantaba con lento paso hácia el monte Piucio donde los antiguos romanos tenian sus mejores jardines y donde hoy dia se encuentra un paseo no pocas veces desierto. Dirigiase regularmente en busca de la sombra de un bosquecillo de grandes acacias que se levanta en medio, y allí apoyado contra el tronco de un árbol clavaba sus miradas en el moribundo astro del dia. Todo estaba silencioso alrededor de él, y únicamente el ruiseñor saludaba con plañidera armonia la partida del rey de la naturaleza. La grande llanura de Roma se presentaba entonces magestuosa y cubierta con un velo de tristeza, con toda su soledad, con todo su luto y su desolacion. Mientras que las campanas daban el último toque del ave maria, el jóven de las acacias fijaba sus ojos en el punto donde acababa de desaparecer el sol, y esclamaba repentinamente con la inspiracion de un poeta, pues en efecto lo era:

Con que es verdad que estoy solo, enteramente solo en un pais extranjero? Ah! Quanto preferiria hallarme en mi patria, en el seno de mi familia antes que verme apoyado solitario, contra la acacia de una lejana tierra.

En mi patria tengo una familia con mis cos-

tumbres, con mis recuerdos, con mi idioma, siendo asi que bajo la sombra de la acacia de la lejana playa no encuentro mas que el estéril recuerdo de Escipion y de Régulo! De qué encanto pueden servir para mi corazon su existencia ó su gloria cuando mi pensamiento entero se encuentra en mi patria?

Como puedo ver con gusto los monumentos derrocados de Roma cuando para verlos he dejado las incomparables bellezas con que me brindaba el pais natal? Qué impresion podrán hacer en mí los versos armoniosos de Virgilio ó de Horacio recitados á la sombra de la acacia estrangera cuando los tiernos trovadores han nacido en mi patria?

El sabio admirará la Italia y sus ruinas; pasará del Lacio á la Sabina, se figurará el combate de los curiáceos, fijará las termas de los jardines de Salustio, mirará estático los pedazos de un jarro etrusco y subirá al capitolio de los Cesarés: tocante á mí prefiero explotar las bellezas de mi religiosa patria: despertaré en mí los recuerdos de la edad media, contemplaré sus antiguas basílicas góticas, y estos recuerdos serán para mí llenos de dulzura aun bajo la sombra de la acacia de una lejana tierra.

La sublime tristeza de este pais cultivado en otro tiempo por hombres cuyas sienes estaban coronadas de laurel es tanto mas profunda para mí cuanto me recuerda una patria risueña, bella, con sus floridos olivares, con sus árboles que llevan frutos de oro y con sus granados y preciosas higueras: Ah! cuando pienso en estos árboles siento mas el desconsuelo de encontrarme en una tierra estéril, únicamente rodeado de recuerdos bajo la sombra de una acacia estrangera.

Tívoli es admirable con sus cascadas pintorescas, con sus hermosos paisages y con sus villas suntuosas; pero en medio de aquellos risueños prados y en las márgenes de una fuente, me ha parecido estar escuchando los plañideros lamentos de Petrarca: sus manes me entristecen en medio de una alegre perspectiva.

El sol volverá á aparecer mañana sobre el horizonte; iré á algun templo donde brillarán los mármoles y el oro, pero no veré las bóvedas sagradas de la iglesia de mi patria que estoy acostumbrado á visitar desde mi niñez; veré hombres, mugeres y jóvenes, pero jamás mis miradas se fijarán en un padre, en una madre ni en un hermano. En breve volverá el verano, pero ay de mí! que me encontraré solo en el bosque de Acacias.

Así cantaba un poeta en el sitio mas delicioso de Roma, y es que el mas grande enemigo del hombre existe dentro del hombre mismo. Cuando uno ha visto las mas grandiosas obras de los hombres, cuando uno ha admirado los monumentos mas famosos de la tierra, quédale en el ánimo un vacío que en vano procura llenar. ¿Que ha sido de esos hombres célebres cuya fama halló eco en toda la redondez de la tierra? donde han ido á parar? por donde han pasado? esclama el viágero, y todo alrededor le responde: todos han ido á abismarse en un sepulcro, en la nada. También pararemos como ellos, como ellos hemos de derramar la última lágrima y de cerrar los párpados para entrar en la tumba. Entonces deseamos restituirnos al seno de nuestra patria; para que al menos no nos sorprenda la muerte en un país estrangero.

Lo que produce uno de los mayores encantos en Roma es una mezcla fortuíta de imagenes las mas graciosas y varias. A este lado encontrareis abierta la puerta de una casa sin apariencia, y sin embargo en el fondo vereis una pequeña fuente que os dejará asombrados por algunos delicados fragmentos de escultura á los cuales da acaso sombra un jazmin; mas allá una cabaña habitada por un anciano hermitaño está junto á un antiguo palacio de mármol del cual solo existe un lienzo de muralla con grietas abiertas por la ávida mano de los hombres, cuando no por la del tiempo; y do quiera, en fin, la nueva ciudad se levanta ó se apoya sobre las ruinas de la antigua morada de los Césares, y los mármoles antiguos que cubren los monumentos modernos no son otra cosa que préstamos, ó mas bien robos, hechos á la ciudad de Augusto y de Adriano. Para formarse una idea de la arquitectura particular de Roma, y tener á la vista algunos ejemplos de ella, podrá mi-

rar el lector la pl. 182 donde los hemos reunido.

Esta asociacion tan poética de los restos de la antigüedad y de las construcciones modernas hace que la permanencia en Roma sea muy atractiva para un artista, hasta obligarle á consagrarla entera su existencia.

Las nobles artes, para ser cultivadas con buen éxito, exigen únicamente que se las deje abierto un libre campo, no contrariando á los artistas en su marcha, en sus costumbres, ni aun en sus caprichos. En este punto debe reconocerse que en ningun otro país son tan independientes como en Roma. Los artistas pueden andar, volver, detenerse, penetrar en todas partes para medirlo todo y diseñar todos los monumentos; establecerse en medio de las calles, de las plazas, en los palacios y hasta en las iglesias sin temer la curiosa importunidad del pueblo, siendo así que en Paris y en las demas ciudades de Europa se agolparia en torno de ellos el gentío hasta obligarles á huir de los silvidos. En Roma vemos muchas veces en pié, encima de una escalera de mano, á un arquitecto que mide las varias partes de un monumento, y este espectáculo no llama siquiera la atencion de los naturales del país; pasan todos sin mirar á un pintor que acaso habrá subido á algun árbol para descubrir mejor el foro, ó encima de la cornisa de un altar, en el cual se está celebrando la misa, solo para desvanecer sus dudas respecto á alguna parte del monumento. La costumbre, arraigada ya de siglos, hace mirar en Roma á los artistas como seres privilegiados de quienes nada hay que temer, ni aun desconfiar siquiera, y á los cuales se trata como á antiguos conocidos, ó amigos.

Tales son los pensamientos que animaban á un ilustre viágero mientras continuaba haciendo sus excursiones por el monte Pincio hasta llegar á la villa de Medicis. Esta hermosa quinta (Pl. 181) hecha construir por el cardenal Juan Ricci de Montepulciano segun el plano de Anibal Lippi, á escepcion de la elegante fachada interior atribuida á Miguel-Angel, es hoy día propiedad y punto de reunion de la academia de Francia, institucion fundada por Luis XIV y que todo el mundo conoce.

Ya que acabamos de citar la villa de Médicis y su famosa escuela de pintura, echemos una

rápida mirada sobre las demás academias de Roma. Siempre han sido muy aficionados los romanos por esas reuniones artísticas y literarias. Algunos emperadores han tenido á mucha honra ser admitidos miembros de ellas, y lady Morgan, hablando de las sociedades arcádicas de la ciudad eterna, recuerda con razon que el emperador de Austria se sonreia placentero cuando se le hablaba de la corona de laurel con que le brindaron sus cólegas de la academia de los arcades en Roma.

El punto de reunion de estas academias, no tenia nada de poético en sus principios, si hemos de dar crédito á lo que dice la misma lady Morgan. Una escalera sucia y estrecha, guardada por soldados del papa, conducia al santuario de las musas, pequeña sala en la cual sofocaba la mucha concurrencia. Las paredes estaban cubiertas de retratos de miembros los mas distinguidos de la sociedad, asi varones como hembras, y de todas clases y condiciones.

Hay muchas otras academias en Roma, y la iglesia que ha dado origen á todas estas sociedades, continua sancionándolas. La que lleva el nombre de los Tiberinos es una emanacion de las Arcádicas, y está dedicada á iguales tareas.

La academia eclesiástica fue instituida para defender la iglesia y el estado de los ataques de la filosofía moderna y de las nuevas instituciones de la revolucion.

Ademas, hay una academia legal, compuesta casi esclusivamente de estudiantes legistas; otra llamada de los Bonpiani en la cual los anticuarios tienen frecuentes debates, ya para probar que el Gladiador moribundo es un rey de Persia, ya tambien para establecer un punto respecto al cual no están conformes Flaminio Vaca y Nontfacon, para examinar si esta estatua fue un ídolo dedicado al dios de los Sabinos ó á otro cualquiera.

Las academias de San Lucas, de arqueología y de antigüedades generales son de una clase mas respetable. La primera es una célebre academia de pintura, la de arqueología y de antigüedades generales fue disuelta y restablecida despues por los franceses. En el año de 1814 fué nuevamente disuelta, y si posteriormente ha sido reinstalada, débelo á la liberalidad de Canova, el cual no solo obtuvo de su santi-

dad el permiso para abrir de nuevo la academia, sino que asignó una parte de las rentas de su marquesado de Ischia para el sosten de la institucion.

Saliendo de la villa de Médicis, sube de nuevo el viagero al Pincio por la magnífica escalinata llamada de la Trinidad-del-Monte (*Plancha 183*). Construyóse en el siglo diez y ocho merced á un legado de Esteban Gueffer, secretario de la embajada francesa en Roma. El obelisco procedente del circo de los jardines de Salustio, demuestra la magnificencia de Pio VI que le sacó de la plaza de San Juan de Letran, donde permanecia derribado, para hacerle colocar en esta hermosa posicion. La iglesia fundada por Carlos VIII, á ruego de San Francisco de Paula, fué consagrada por Sisto V, y adornada con pinturas costeadas por el cardenal de Lorena. Abandonada en el año de 1798, debe su restauracion á la munificencia de Luis XVIII y á los talentos de Mazois.

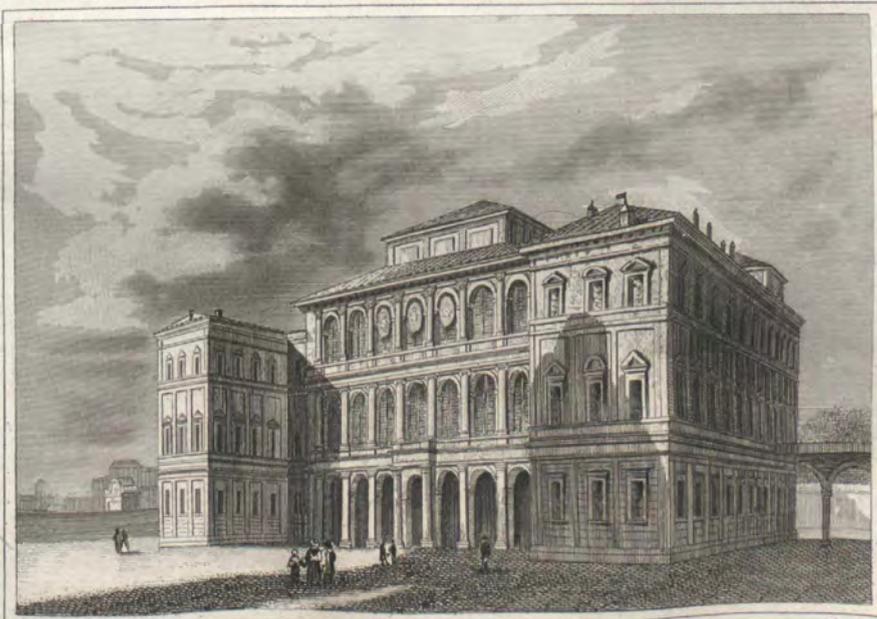
No muy lejos de este sitio, en la puerta del pueblo, volvemos á encontrar la mano de Miguel-Angel. Con efecto, la plaza del mismo nombre fué reconstruida en el año de 1564 por Viñolas en vista de los diseños de Miguel-Angel Buonarotti. Alejandro VII hizo adornar la fachada interior teniendo á la vista los diseños de Bernin. Esto tuvo lugar con ocasion de la llegada á Roma de la reina Cristina de Suecia.

La plaza del pueblo (*Pl. 184*), que se encuentra junto á la puerta del mismo nombre, es digna de servir de avenida á la antigua metrópoli del mundo. Dos inmensos hemiciclos, adornados con fuentes y con estatuas, sirviéndoles de remate cuatro edificios uniformes y dos iglesias magníficas, he aqui el recinto de esta hermosa plaza. Levántase en el centro un obelisco sobre un pedestal en cuya última base hay algunas gradas con cuatro leones en los ángulos. Bueno es recordar que los obeliscos fueron erigidos por los reyes de Egipto, antes de la conquista de este pais por Cambises. El ejemplo de los egipcios ha sido seguido por los Tolomeos y los Romanos, de manera que esos monumentos pueden ser atribuidos á estas tres épocas diferentes. El obelisco de la plaza del pueblo debe referirse á la primera, ó sea la de los Faraones.

Entre las dos iglesias que acabamos de citar



Roma. Piazza di Spagna.



Bouchet del.

Andot scil.

Aubert sc.

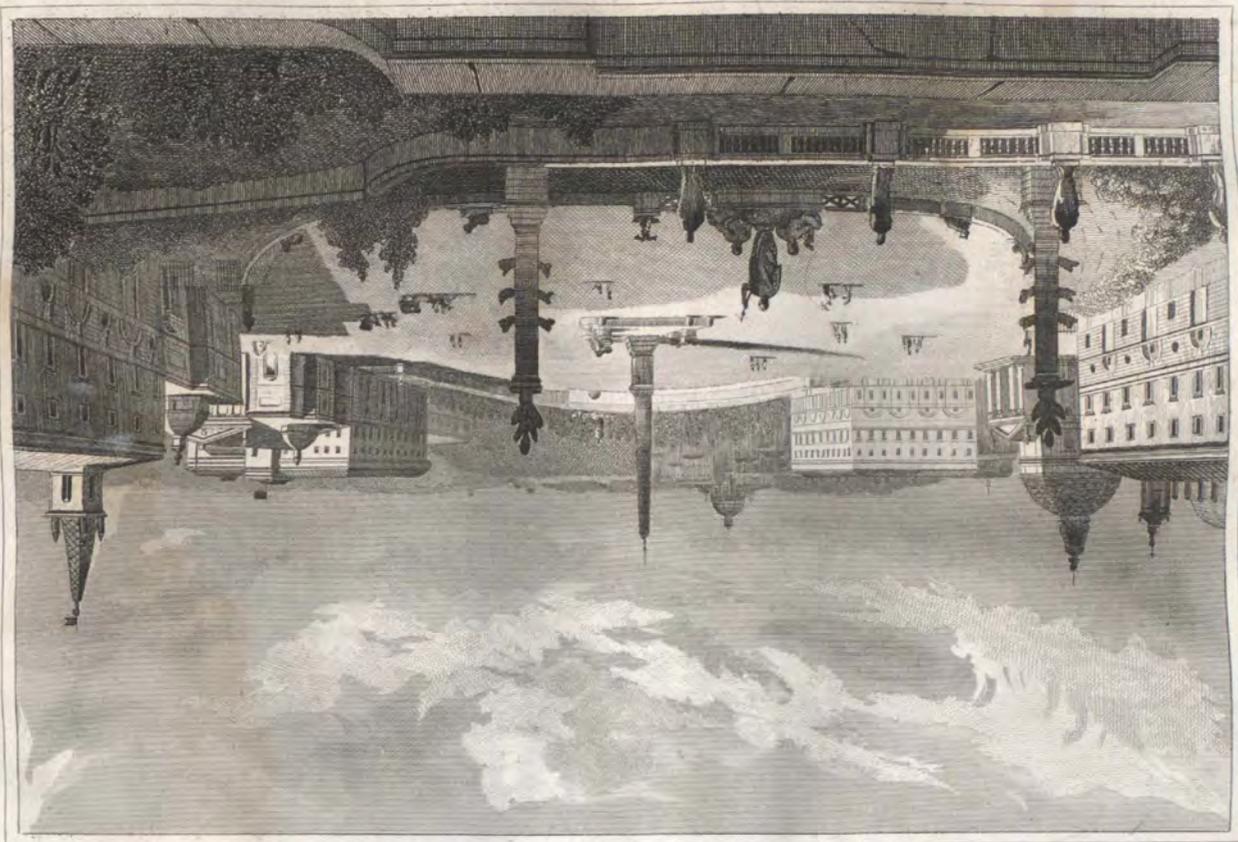
Roma. Palazzo Barberini.

Roma. Piazza del Popolo.

Dessiné par

André LeBlond

Gravé par





se abren tres grandes calles cuyos edificios son muy hermosos. Nuestros lectores conocen ya la del medio, que es la del Corso, de la cual hemos hecho mención al hablar de los bulliciosos días del Carnaval en Roma.

En medio de estas graves descripciones de Roma, dice un escritor viagero, ¿daré cuenta á mis lectores de mi modo de vivir en Roma, de mis distracciones y de mis placeres? Recorríalo todo sin cansarme, estraviábame seguro de no perderme en los cuarteles mas poblados y en los menos frecuentados de esta ciudad inmensa, no tenia hora fija para comer; deteníame en la primera tienda, compraba un panecillo y alguna fruta é iba á sentarme en el jardín de la villa mas cercana; desayunábame en ella frugalmente á la sombra de algun laurel ó en la márgen de alguna fuente. Si me sorprendia la llegada de la jardinera, que venia en busca de agua á la fuente, saludábame sonriéndose, yo ofrecia alguna fruta á su hijo y reconocida ella me daba de beber, respondia benévola á mis preguntas, y me indicaba, guiada únicamente del instinto tan comun en los italianos, un hermoso punto de vista ó algun fragmento de la antigüedad.

Muchas veces tambien era interrumpido en mis meditaciones por la llegada de algunos estrangeros con sus ciceroni. Muchos viageros se han burlado de la locuacidad de los ciceroni; por mi parte creo que son mas los ciceroni que se burlan con razon de la tontería de algunos viageros, los cuales en verdad dan á veces lugar á escenas divertidas. Véseles por la mañana esparcidos en los desiertos del Foro, del Coliseo y de las Termas. Unos están disertando, los otros aparecen con aire sombrío y taciturno; estos penetran en algun subterráneo, y salen de él llenos de polvo y de lodo, mientras los de mas allá lavan y vuelven á lavar una piedra para leer una inscripcion. Los hay que están midiendo arcos y columnas, que se cansan buscando proporciones que de todos son conocidas, y en trazar diseños de ruinas de las cuales por algunos sueldos le venderán láminas que las representan fielmente. Entre la multitud de esos entusiastas cuyos movimientos escitan la risa, no faltan entes originales cuya mania la da por afectar la gravedad de los labios. Caminan á paso lento con aire medita-

bundo, y si involuntariamente les dais un empujon apenas hacen caso. En las últimas escavaciones se descubrió una piedra curiosa, que muchas veces habrán visto ya; con todo esto se detienen nuevamente delante de ella, vuelven á examinarla, y procuran desprender de ella algunos pedazos: asi es como los mismos aficionados se convierten en los mas peligrosos enemigos de los restos antiguos.

He visto estos personajes en el templo de la Paz, contando los nichos que quedan para adivinar los que ya no existen. Como ven las cornisas á las cuales no se habia dado mas que la primera mano, dicen que son indignas de acompañar esa obra griega que Vespasiano amaba tanto, y esa célebre estatua de Venus convertida en patrona del templo. Miden el templo por lo largo y por lo ancho, á fin de probar que no hubo jamás en él sitio bastante para ocultar, como se supone, todo cuanto tenia Roma de mas precioso.

En pos de estos personajes viene la nube de Ciceroni. Por lo comun son los antiguos criados de los prelados ó de las casas de huéspedes, que recuerdan todo cuanto han oido decir acerca de las antigüedades de Roma, han retenido las menores circunstancias y las recitan llegando el caso. La mayor parte de esos guias buscan sobretodo á las aves de paso, á los estrangeros que solo permanecen en Roma algunas semanas, y que por lo mismo creen sin indagacion, ó manifiestan creer, cuanto se les dice. Pedireis á alguno por un Ciceroni, y al momento os le presentará, pero tened entendido que el que presenta y el presentado se repartirán secretamente el peculio que al segundo destineis. Lo mas divertido de los Ciceroni es que os endilgarán con frecuencia citas de Marcial, de Horacio y de Plinio, siendo así que jamás han estudiado el latin. Pero, á fuerza de repetir de dia y de noche lo mismo, han llegado á usar de las citas de manera que rara vez comprometen con ello su propia ignorancia. Es un oficio para ellos el hablar como por máquina, y puede decirse que sus labios, no su mente, rara vez se equivocan. Pero, no será difícil cogérles en falso, si quiere el viagero divertirse con ellos, y para esto no tendrá mas que mudar el orden maquinaal de las visitas; á buen seguro que entonces irán trocadas algunas citas: el

Ciceroni es entonces hombre para hacer correr el Tibre sobre el Palatino, ó transformar el Coliseo en Campo de Marte. Muy divertidos son de ordinario esos quiproquo, y bien sea por buen humor, ó para demostrar la charlatanería de los Ciceroni, los anticuarios entretienen con ellos á los viajeros dando estrepitosas carcajadas. Algunos escritores que han presentado cuadros de costumbres hicieron resaltar esta lucha entre los anticuarios y los Ciceroni, aunque en verdad llevan estos siempre lo peor: por lo mismo huyen constantemente de hablar donde puedan oírlos sus sabios antagonistas.

CAPITULO XXV.

Plaza de España — Palacio Barberini. — Castillo y puente de San Angelo. — Toma y saqueo de Roma en 1527. — Plaza de San Pedro. — Basilica de San Pedro. — Ceremonias religiosas. — El papa llevado en su silla de ceremonia. — Fiesta de Navidad. — La semana santa en Roma. — Imágenes de la Virgen. — Funerales. — El Vaticano.

VOLVAMOS á Roma para admirar sus monumentos, pues en estos, bien sean antiguos, bien modernos, es donde se concentran todas nuestras reflexiones y todas nuestras digresiones. Antes digamos algo acerca de la arquitectura privada de Roma moderna. La ciudad de hoy día es evidentemente distinta de las antiguas ruinas y de los palacios de los príncipes y de los pontífices. «Enteramente emancipada Roma de los vestigios de la antigüedad, dice un autor contemporáneo, afea el esplendor de los edificios de los siglos primitivos.» Lalande ha notado que la grande y gloriosa Roma se parece al primer golpe de vista á una ciudad de provincia francesa. No es por cierto la ciudad de los Césares resplandeciente de magestad, tal como brillaba en el siglo de Cesar y de Augusto.

En la edad media, Roma, tan frecuentemente desolada por los nobles y por el pueblo, turbulento por demas en aquellos días de agitacion,

se levantaba en medio de los nobles monumentos de la antigüedad, de los cuales existian fragmentos imponentes, puesto que los Barberini y los Farnesio no habian despojado todavia los templos de sus columnas y quitado á los anfiteatros sus mármoles. A fines del siglo diez y seis desapareció la masa de calles irregulares que formaban el casco de la ciudad, y una nueva poblacion fué levantada como por encanto por el activo é impetuoso Sixto-Quinto, mezclándose las mezquinas moradas del pueblo con los gigantescos palacios de los príncipes. El cardinal Bentivoglio, al volver á Roma despues de una corta ausencia, bajo el pontificado de aquel papa, ya no reconocia la ciudad.

Las casas modernas han invadido en el día una buena parte de Romá. La alta y ancha fachada de algunas de ellas nos recuerda de trecho en trecho que estamos en Italia; pero con mas frecuencia las paredes recién pintadas, las puertas y los postigos de las ventanas pintadas de verde brillante, son unas tentativas de limpieza y aseo que anuncian la intencion de acercarse al gusto inglés. La calle de Babbuino, la plaza de la cual vamos á hablar en breve, y algunas de sus avenidas, pueden llamarse en cierto modo colonias inglesas. El bullicio, el movimiento y la vida que dan á esos barrios sus habitantes extranjeros, son cosas desconocidas en todos los demas cuarteles de esta ciudad de muerte. Pero la ciudad ofrece otros motivos de tentacion á los grandes y á los que tienen plata que derramar, lo que es una verdad reconocida, sobretodo si se visita á los pintores y á los escultores, pues las obras de estos llegan á tentar á los mas interesados. Con efecto, Roma es en el día el gran taller de los artistas; y bajo este respecto es una mansion deliciosa. De todos los puntos del universo van á Roma, prestando tributo á la cuna del renacimiento de las bellas artes.

La plaza de España (Pl. 183) con sus muchas posadas, nuevas y decentes, pareciera una verdadera plaza de alguna capital de provincia sin la grande y noble construccion de la Trinidad del Monte. En la plaza de España es donde acostumbran tomar habitacion los extranjeros de alguna distincion que van á Roma. Madame de Stael llamó á esta admirable plaza el salon de la Europa, y si sus monumentos re-

cuerdan todos los tiempos, los extranjeros que en ella se encuentran recuerdan todos los países del mundo. La simple contemplación de Roma y alguna permanencia en ella puede suplir á largos estudios y á muchos viages. Añádase á esto que los extranjeros vienen aquí para ver, para conocer y para solozarse, y que por lo mismo presentan sin doblez su corazón. Así que, Roma con sus ruinas, con sus recuerdos y con los personajes importantes que en su seno recibe, es el punto del globo donde uno se asombra menos: inútil sería, y aun torpe, querer llamar la atención en Roma, y vanos fueran para ello todos los recursos del oro ó del saber.

Kotzebue hace una pintura muy fea de la plaza de España, y es que en efecto cuando visitó Roma era aquel lugar el receptáculo impuro de las mas viles profesiones, mas en el día se han trocado las costumbres, y se tendria una idea muy falsa de la plaza de España, si se diese crédito á aquel escritor alemán.

Heos aquí por fin delante del palacio *Barberini*, cuya arquitectura es debida en gran parte á Bernin (*Pl.* 483), pero antes de recorrerle examinemos la plaza que le precede. Ocupa lo que fué un tiempo el circo de Flora, diosa famosa por sus abominables fiestas celebradas durante la noche á la luz de las antorchas; el rígido Caton, á fin de no interrumpir los placeres públicos, creyó deber retirarse de esos juegos á los cuales por respeto á su virtud no querian dar principio delante de él, y los buenos súbditos de Roma debieron encontrar muy extraordinaria su tolerancia. La fuente de Triton, una de las mejores de este género, es una hábil y poética composición de Bernin, el cual supo aprovechar en ella un pequeño manantial de agua.

El palacio Barberini es vasto, de un aspecto imponente y riquísimo, al igual de los mejores de Roma, en punto á antigüedades preciosas. Los dioses de Egipto en basalto, la Venus con la manzana, la Erato, la Agripina en mármol griego, y el Severo en Bronce, son estatuas de un precio inestimable. Los bustos de Cómodo, de Mario y de Sila, las esculturas de los Sarcófagos, que representan los funerales de Meleagro, el rapto de Proserpina, el Apolo y las Musas, Baco, los Genios y los Sátiros,

son obras que escitan la admiración de los conoedores. Pero mas célebre es aun el Leon. El fauno dormido, tan alabado de los antiguos viajeros, ha sido trasladado á Munich.

Entre las obras modernas, podríamos citar algunas hermosas pinturas de Ticiano, de Tintoretto y de Garavajo, si esas nomenclaturas artísticas no pareciesen en general cansadas á los lectores. Pero no podremos menos de mencionar la patética cabeza de la Cenci. Esta obra de la primera juventud de Guido Reni fue pintada sin tener delante el modelo, solo con haber visto subir á la heroína al cadalso, y decir al verdugo que la ataba las manos aquellas palabras tan fuertes, tan romanas: «Ven á atar mi cuerpo para el suplicio, y á desatar mi alma para la inmortalidad.»

La biblioteca Barberini posee unos 50.000 tomos, y preciosos manuscritos.

Saliendo de este palacio han puesto en comparación algunos los cielos rasos de París con las admirables bóvedas de los palacios romanos. Entre los franceses rara vez se encuentran esos techos de azul y de oro donde el genio se ha complacido en diseñar á Venus y á las Gracias, los Amores, los Héros y los Dioses. En vez de los mezquinos adornos parisienses, se ven frescos admirables, casi todos bien concebidos, y de unos colores tan varios como vivos y bien dispuestos: la mayor parte son obra de los mas escelentes artistas.

Quédanos para visitar el castillo de San Angelo, la basilica de San Pedro y el Vaticano, terminando de esta suerte la exploración de Roma con hablar de tres de sus mas interesantes edificios. En ellos es donde están reunidos con efecto los materiales que componen la historia de la ciudad eterna. El Vaticano es el conjunto de la supremacia espiritual. San Pedro representa dignamente las pompas y la magnificencia del culto del cual puede llamarse Roma la Patria. Por fin, el castillo de San Angelo, convertido hoy dia en prisión de estado, evoca los recuerdos de ese poder temporal tan extraordinario, tan terrible, cuando un Bonifacio escomulgaba á Henrique IV, emperador de Alemania, y desataba á sus súbditos del juramento de fidelidad.

El puente Eliano, en el día puente de San Angelo, es antiguo, si se exceptúan los para-

petos y algunas ligeras variaciones. El adorno de las diez figuras colosales de los ángeles que llevan en la mano los instrumentos de la pasión, fué ejecutado por Bernin y por sus discípulos. Difícil es imaginar nada más ridículo que el efecto del viento en los vestidos de los ángeles, así como la conformación de las alas de estos.

El castillo donde conduce este puente (*Plancha 193*) fué en otro tiempo el mausoleo de Adriano. Construyóse este monumento cuando este emperador abandonó el sepulcro que Augusto había hecho levantar para sí y para sus sucesores. Hay un no sé qué de noble en esta emulación de los señores del mundo tocante á ocuparse tanto de la muerte; estos sepulcros no han inmortalizado menos la memoria de los dos emperadores que sus palacios. El mausoleo de Adriano ha experimentado despues una triste suerte, y ha sido convertido en una cárcel. Apesar de la autoridad de Procopio y de la opinion comun, el ejército greco-romano de Belisario no ha echado seguramente á la cabeza de los godos las hermosas estatuas antiguas que adornaban el mausoleo, y el Fauno Barberini, encontrado en los fosos, cayó en ellos sin duda por algun accidente. Por lo demás, pocas estatuas de Adriano debian quedar cuando Belisario se apoderó de Roma, puesto que hacia ya sesenta años que estaba la capital en poder de los bárbaros, y mas de dos siglos antes Constantino había empleado las columnas del mausoleo para la erección de San Pablo; es de creer que entonces se quitaron también las estatuas colocadas encima de aquellas columnas. Cosa singular! las fortificaciones del castillo de San Angelo fueron principiadas por Bonifacio IX con el dinero que recibió de los romanos para volver á Roma á celebrar el jubileo. El pueblo, siempre aficionado á las ceremonias, perdía los últimos restos de su independéncia entre el bullicio de las fiestas.

Esta especie de torre, muy baja y anchísima, tiene cien pies de elevación, y está construida con piedra labrada de grandes dimensiones, y rodeada de un foso profundo: llámase castillo de San Angelo. Este monumento recuerda la desgraciada tentativa del príncipe Carlos, duque de Borbon. Tomó partido por el emperador y se declaró teniente general de sus ejérci-

tos de Italia. Con este título embistió inutilmente las ciudades de Plasencia y de Florencia, aunadas contra el emperador, y adictas al papa Clemente VII. El condestable duque de Borbon, llevando al último extremo sus designios para servirnos de una espresion de aquella época, sitió al papa en el castillo de San Angelo, y ordenando precipitadamente el asalto fué herido mortalmente en la primera acometida.

Preciso es leer en los escritores de la época la narracion de este sitio famoso, que libró al papa de un enemigo formidable y á la Francia de un súbdito rebelde. Guichardini refiere sumariamente en estos términos la toma y el saqueo de la ciudad de Roma por el condestable de Borbon. «El 5 de mayo de 1527 el príncipe acampó junto á Roma, y con insolencia militar envió un parlamentario pidiendo al papa paso libre por la ciudad para dirigirse con su ejército al reino de Nápoles. Al dia siguiente, habiendo determinado morir ó vencer, pues no le quedaba otra esperanza que esta en sus negocios, y habiéndose adelantado hacia el arrabal, empezó á dar furiosas acometidas, y precedía á sus mismos soldados á impulsos de la desesperacion, no solo porque no veia otro recurso que la victoria, sino porque le pareció que sus huestes se adelantaban flojamente al asalto, pero en este instante cayó muerto en tierra; y sin embargo, esta catástrofe no entibió sino que inflamó mas y mas el ardor de sus soldados, los cuales combatiendo con sumo vigor por espacio de dos horas, entraron por fin en el arrabal, para lo cual les valió no solo la endeble de los baluartes, sino también la mala resistencia de los defensores.

Estos se pusieron en desordenada fuga; muchos se dirigieron precipitadamente al castillo, de manera que los arrabales enteramente abandonados quedaron en poder de los vencedores; y el papa, que esperaba saber el resultado en el palacio del Vaticano, oyendo que los enemigos se acercaban, dirigióse inmediatamente con muchos cardenales al castillo, y consultaron si debian detenerse en él ó retirarse en lugar seguro.

«Al cabo de veinte y tres horas, por la noche, entraron los enemigos en la ciudad de Roma, donde, como acostumbra suceder en



S. Prout del.

Ponte e Castel S. Angelo.

Roma.

Pont et Chateau S^t Ange.



Bouche del.

Andri del.

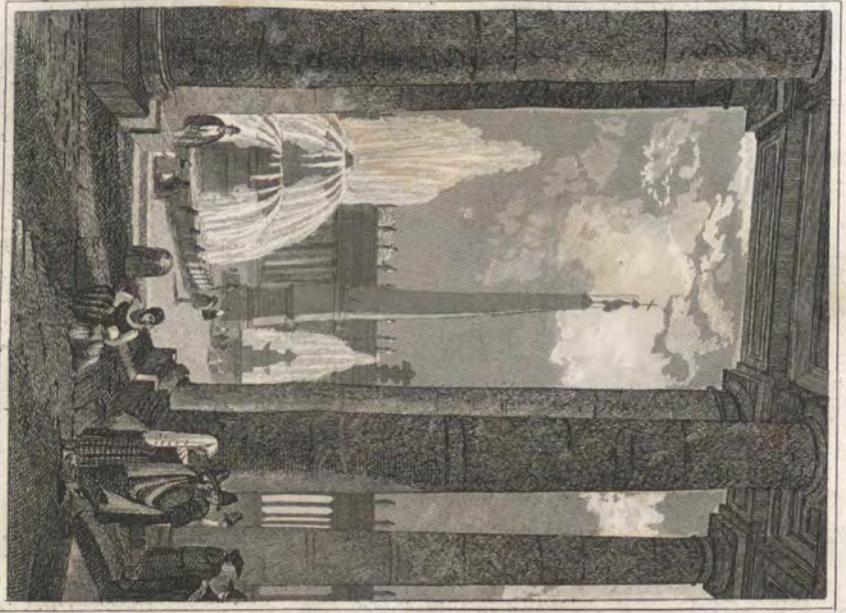
Suberi sc.

Cortile ottagonale nel Museo Vaticano.

Roma.

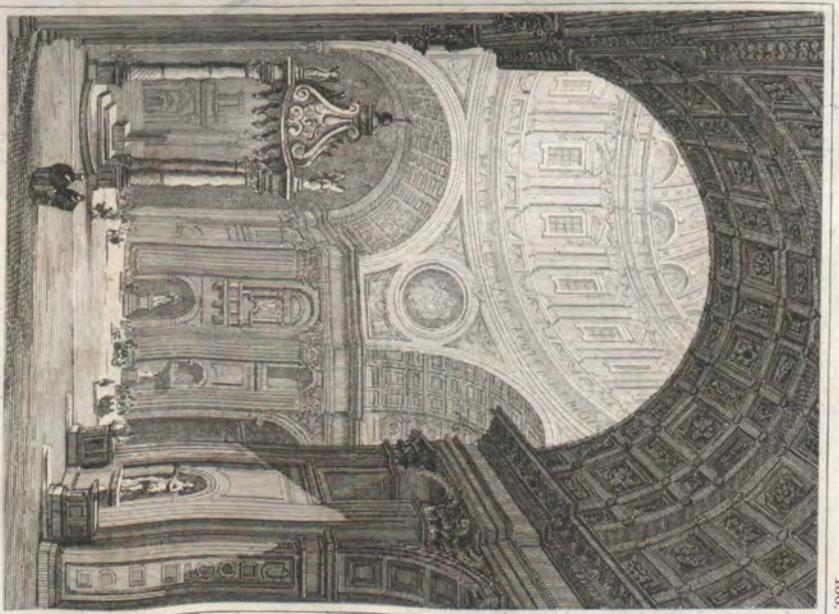
Cour octogone dans le Musée du Vatican.





Prout del.

*Roma. Una parte della Colonnata di S. Pietro.
Portico de la Colonnata de S. Pietro.*



Anali del.

*Roma. Chiesa di S. Pietro sotto la Cuppola.
Eglise St. Pierre sous la Coupole.*

Roberts sc.

*Cook del.**Andet scul.**Amberc sc.**Roma. Piazza di S. Pietro.*

casos tan espantosos, todo era fuga y confusión. No bien hubieron entrado, cuando cada cual empezó á correr á tropel al saqueo, sin tener el menor miramiento á los amigos, á la autoridad y dignidad de los prelados, á los templos, á los monasterios y cosas sagradas, de manera que era imposible no solo contar, sino imaginar siquiera las calamidades de la ciudad, destinada por decretos del eterno á una maravillosa grandeza; pero tambien á muchos infortunios, pues habian transcurrido ya 980 años desde que habia sido saqueada por los godos.

«Así en el asalto como en la lucha murieron unos cuatro mil hombres. O cielos! qué grande y dolorosa catástrofe la de este día! Oíase la desesperacion de los saqueados, el grito y el alarido todavia mayor de las miserables mugeres y de las religiosas á las cuales se llevaban á bandadas los soldados para saciar su lujuria...»

Detengámonos en esta parte del cuadro de Guichardini, y dejemos que adivine el lector todas las demas infanias á que se entregó una soldadesca desenfrenada en medio de Roma conquistada.

Un largo corredor cubierto, que hace un hermoso efecto al través de las columnas de la plaza de San Pedro; comunica desde el Vaticano al castillo, para que en caso de asonada ó de sublevacion pueda servir de asilo á los señores de Roma. Sigamos esta direccion con el pensamiento ó mas bien recorramos la calle que conduce al hospital de San Luis fundado por Inocencio III. Atravesemos en seguida una plaza adornada con una fuente y con el palacio Giraldo; cerca de la plaza de San Jaime, en la cual se vé un edificio famoso por la muerte de Rafael, y llegaremos por último á vista de la plaza y de la basílica de San Pedro (Pl. 185). Qué inmenso óvalo el de esta plaza que se levanta formando anfiteatro! Qué magnífico efecto no produce este obelisco egipto que lanza á los cielos su cima hasta ciento veinte y cuatro pies de altura! Sixto V le hizo transportar y erigir en 1586 por uno de los mecanismos mas ingeniosos. No es el silencio la regla que los trabajadores observan mas estrictamente en esta especie de trabajos, y sin embargo las conversaciones, el ruido, el tumulto son casi siempre motivos de retardo en las obras mas importantes. Sixto V ordenó el mas absoluto silencio á

todos los trabajadores bajo pena de muerte. La órden era severa, y tal vez cruel, pero necesaria, y gracias á esta medida, se adelantaba la obra á pasos de gigante. De repente, cierto dia, crugieron las cuerdas que servian para levantar el obelisco y se desecaron. Esta señal amenazadora no fué comprendida mas que por un solo trabajador, el cual viendo que era inminente el riesgo, exclamó al momento con peligro de su vida, *acqua alle corde*, mojad las cuerdas. Desgraciado! al momento le prendieron para esperar la sentencia de muerte. Oyendo este grito, el arquitecto se habia apresurado á hacer mojar las cuerdas, y el obelisco levantó á poco orgullosamente su cima en los aires. A peticion del arquitecto, el albañil fué puesto en libertad, y aun recompensado. Despues del obelisco llaman nuestra atencion las dos fuentes. Cuan hermosas son! Qué agitacion la de esta agua que baja del monte Janículo para abrirse paso aqui por cien conductos! (Pl. 186). Admirad ese pórtico circular que forma dos alas dobles, sostenidas por doscientas ochenta y cuatro columnas de órden dórico y sesenta y cuatro pilares, y cuya mas ancha galeria, la del centro, permite pasar de frente dos coches á la vez! Quién, sobretodo podrá describir ese templo inmenso que á la manera de una montaña levanta á los aires su cúpula magestuosa y llena todo el fondo de este imponente conjunto?

«No sé, dice un sabio escritor, si hay otro monumento en la tierra que como la basílica de San Pedro de Roma, haga nacer en los que la ven sensaciones tan diferentes, y dé margen á juicios tan contradictorios. La verdad es que la imaginacion de los viajeros está hartó prevenida por los grabados y las descripciones hechas de este edificio para que los ojos, en cuanto vean el conjunto y observen los detalles, transmitan sensaciones vírgenes, y dejen á nuestro juicio el entero ejercicio de su libertad. Siempre se encuentran en lo que dice cada cual, despues de haber visitado la basílica de San Pedro, diferencias y aun contradicciones. La experiencia me ha demostrado que este monumento es de una dimension colosal, y que el interés que incita, así como los pormenores de su conjunto, son hartó complicados para que pueda uno hacerse cargo de su mérito sin un

exámen largo y frecuentemente renovado, sin el auxilio de la reflexion.

«La iglesia de San Pedro, ni mas ni menos que el palacio del Vaticano, puesto que este conjunto de edificios no forma mas que un todo, es un punto central donde fueron á parados los errores y todos los conocimientos recibidos del mundo pagano, y los que se desarrollaron en la época del renacimiento de las artes. Esta obra inmensa es la coleccion de testimonios que cada siglo, cada papa, cada grande genio ha podido dar al espíritu que le animaba, acerca de su poder y del talento de que estuvo dotado. El proyecto del papa Nicolas V (concebido en el año de 1450), fundador de la basílica tal como existe en el dia, es la única idea que durante los tres siglos y medio empleados en perfeccionar la obra, no haya sufrido alteracion. Este pontífice quiso erigir un templo que por su estension y por su esplendor pudiese competir con el de Salomon. Todos los papas sucesores suyos, asi como los artistas por ellos sucesivamente empleados, no se han apartado jamás de este objeto. Pero, segun cuales fueron los progresos, las vicisitudes y la decadencia misma de las artes, que han tenido lugar en el espacio de tiempo comprendido desde 1450 hasta 1790, en cuya última época erigió Pio VI la sacristia, es fácil concebir que los pormenores de la obra debieron resentirse de la diferencia de gustos que han reinado, supuesto que el plan principal ha sido modificado tantas veces.

Juzgar, pues, la basílica de San Pedro como objeto puramente artístico sería tan impertinente como injusto; sería cometer el mismo error que si en la sucesion de leyes, cuya serie forma al fin la constitucion de un pueblo, se exigiese la rectitud y la simetria que puede darse á un decreto de policia que es posible redactar en dos horas de tiempo. La basílica de San Pedro y todo el Vaticano son mas bien la obra del tiempo y la de los acontecimientos que la de los hombres, y á cada paso que damos en aquella iglesia podemos reconocer cuan débil es la voluntad de estos cuando obligada á dirigirse hácia un determinado objeto, no puede abrirse paso mas que al través de las opiniones que gobiernan á cada siglo y del conflicto de los intereses particulares de sus semejantes.

Séanos licito detenernos mas en este capítulo para trazar la historia de la construccion de S. Pedro, y recordar los nombres de los papas y de los arquitectos que han contribuido á su conclusion, y se verá que la voluntad humana, se ha mantenido aun vacilante en la egecucion de una obra, apesar de que mas que otra ninguna prueba lo que de ella es posible esperar.

En el año de 306 Constantino el Grande habia hecho construir una basílica en honor de San Pedro y de otros mártires condenados á muerte por orden de Nerón, en el sitio mismo ocupado por el circo y los jardines de este emperador. En este mismo lugar, antiguo campo Vaticano, es donde esa basílica primitiva fué renovada y engrandecida hasta llegar al estado que tenia en el año de 1450. Entonces tenia la forma de todas las grandes basílicas de cinco naves, de las cuales pueden darnos una idea las ruinas de San Pablo fuera de las murallas. Entonces Nicolas V se sirvió de los arquitectos Bernardo Rossellini y Leon-Bautista Alberto para dar principio á la grande empresa que meditaba de levantar un templo que igualase en suntuosidad al de Salomon. Pero este pontífice y uno de sus sucesores, Paulo II, si bien adoptaron las innovaciones que los artistas juzgaron necesarias, exigieron, cuando se trató de dar principio á la basílica de San Pedro que existe hoy dia, que se conservase el pavimento de la antigua iglesia. Con efecto, reconócese este pensamiento cuando se baja hoy dia al subterráneo ó á lo que se llaman las grutas de San Pedro. Aqui están encerradas las esculturas de los primeros tiempos del cristianismo, en las cuales los dogmas y los personajes santos están representados bajo las formas legadas por las artes del paganismo; aqui, entre los sepulcros que adornaban la antigua basílica, se encuentran monumentos, reliquias, asientos y utensilios conservados desde la época de los apóstoles. Sobre este cimiento antiguo y sagrado, si bien que separado por doce pies de intervalo del pavimento de la nueva iglesia, es donde se levanta San Pedro de Roma, cuyo plan general, cúpula, disposicion interior y adornos, han sido sucesivamente adoptados, modificados, y aun viciados, en vista de los modelos antiguos por los que suministró la Toscana, y por último segun el estilo de los que engendró la decaden-



Pinetti del.

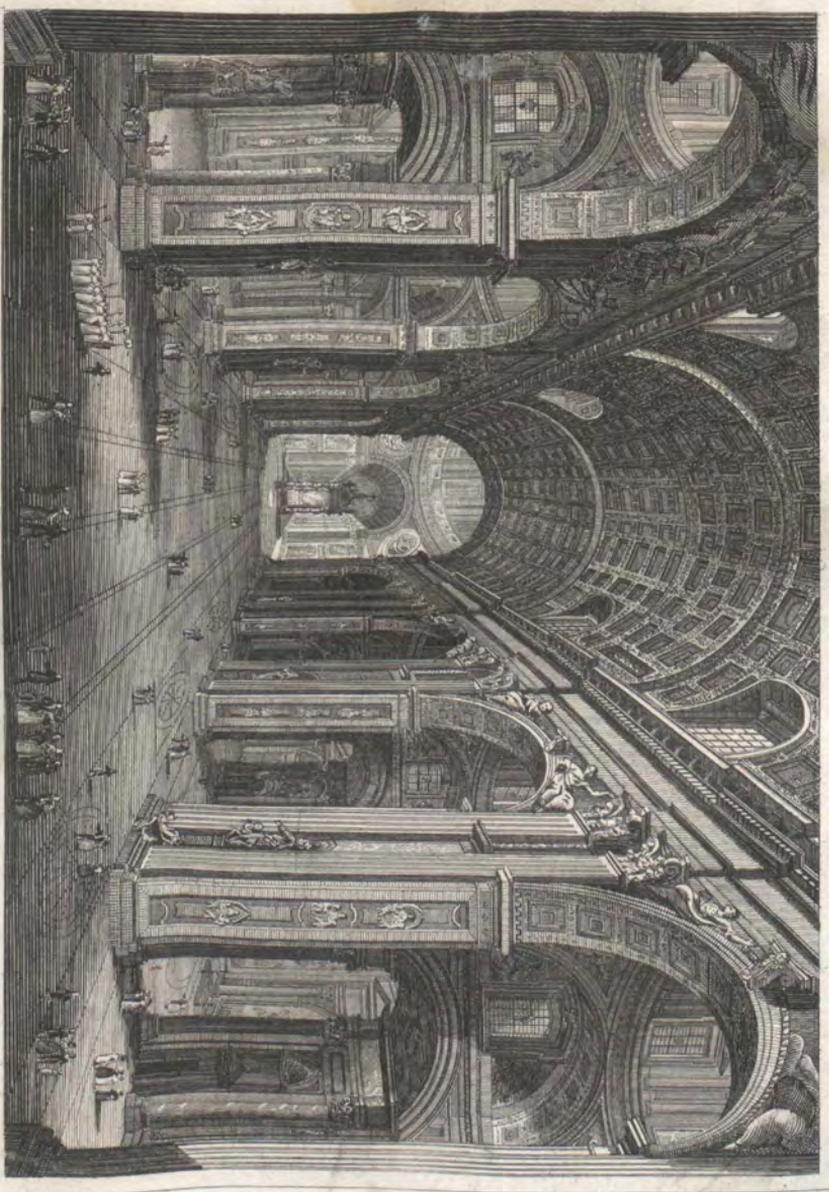
S. Pietro.

Roma.

S. Pietro.

Ande del.

Ande del.



cia del gusto. (*Pl.* 187).

«Ha sido necesario, dice un escritor poeta, que viese muchas veces la basílica de San Pedro de Roma, antes de poder persuadirme que era una iglesia. Ni mas ni menos que los demas viajeros que se acercan á este lugar, he experimentado al entrar en él por la vez primera un trastorno de ideas, un no sé qué de tumultuoso en mis sensaciones, que me causaba mas inquietud que placer. Al primer golpe de vista, el ánimo y las miradas se fatigaban por el doble esfuerzo de atencion prescrito de una parte por la inmensidad del vacío donde uno se encuentra, y de otra por la grandeza y por el brillo de los pormenores que nos rodean. No sabia yo que la primitiva idea del papa Nicolas V habia sido al principiar este edificio de levantar un monumento que escitase sobretudo el asombro; pero, aun hoy dia, después de seis meses de permanencia en Roma, conozco que puntualmente se han egecutado las intenciones del pontífice. Con efecto, la basílica de San Pedro asombra por mucho tiempo antes de dar placer, y cuando llega por fin á sentirse este placer, vá acompañado siempre de una especie de terror y de una reflexion profunda. No sucede asi con otros templos. Id por treinta dias seguidos á Santa-Maria la-Mayor, y experimentaréis en la última visita la misma sensacion que en la primera: únicamente las emociones serán mas tiernas, mas profundas; yo compararia la sensacion aquella que va constantemente en aumento al placer siempre nuevo y mayor que ocasionan ciertas estatuas antiguas, tales como los Niobes, los Leucoteas y los mármoles de Atenas: jamás se causa uno de lo sencillo y de lo hermoso.

«Por lo mismo, lo repito, no he tardado en conocer que para gozar de la vista de San Pedro, era necesario estudiar en cierto modo el edificio, puesto que la vista de su conjunto está lejos de ocasionar la unidad de impresiones que la observacion mas detenida hace nacer. Por el contrario, lo que uno siente, asi como lo que se vé en los primeros dias, es enteramente complejo. Muchas capillas laterales son tan grandes y están adornadas con tanto lujo que podrian tomarse por suntuosos y ricos templos. El pórtico por el cual entré no tiene el mismo estilo que la arquitectura de las tres na-

ves, y el interior de la cúpula es mucho mas diferente todavia. La variedad de los mármoles de distintos colores, de qué está revestida la iglesia, esas inmensas bóvedas esculpidas y doradas, esas enormes figuras recostadas debajo las bóvedas de la nave principal, esos pilones gigantescos que están á la entrada y que tienen tan estraña figura, esa estatua de San Pedro cuyo pié besa respetuosamente el pueblo (*Piancha* 190); esa serie de sepulcros de papas, príncipes y personajes célebres, y por último ese grupo de cuatro doctores de la iglesia que sostienen la cátedra de San Pedro, monumento poco digno de la Italia; todo este conjunto de objetos hermosos, estraños, ó acaso defectuosos, ofusca al principio la mente en una confusion de ideas que le abisman.

«A pesar de esto, en medio de este desorden aparente, reina un orden asombroso; pero es menester buscarle, y solo con el estudio y reflexion se alcanza esto. Remontémonos, pues, á la época en la cual Julio II adoptó los diseños de Bramante é hizo dar principio á los pilares que debian sostener la cúpula famosa (año de 1503). Desde este momento fué cuando se desechó la tradicion respecto á las formas materiales de las antiguas basílicas. Aquel sumo pontífice y su arquitecto, después de haber hecho muchos esfuerzos, y gastado cuantiosas sumas, murieron sin haber tenido la satisfaccion de ver la inmensa cúpula que debia dejar en zaga á la de la catedral de Florencia. Leon X, sucesor de Julio, continuó con ardor el proyecto colosal, y escogió para arquitectos á Julian de San Gallo, á Jucundo y al grande Rafael de Urbino, ocupado entonces en las pinturas del Vaticano. Hasta la muerte de este, acaecida en 1520, no se pensó mas que en dar mas consistencia á los pilares que debian sostener la cúpula; hasta entonces se llevaba intento de dar á la iglesia la forma de una cruz latina, pero una vez hubo encargado Leon la direccion de los trabajos á Baltasar Peruzzi, participándole los apuros del tesoro de la Santa Sede, se adoptó otro plan, y la cruz latina se redujo á cruz griega para ahorrar gastos. Muerto Leon X, subió al trono pontificio el papa Paulo III, y tomó por arquitecto á Antonio San Gallo, el cual hizo adoptar el plan primitivo de una cruz latina. Apesar de que todas estas mudanzas no

se hiciesen mas que sobre el papel, sin embargo, no puede menos de observarse la manera como el conjunto de este vasto edificio ha recibido engrandecimiento casi por azar. La verdad es que los arquitectos, ni mas ni menos que los sumos pontífices, no estaban realmente ocupados mas que de la idea de levantar una grande cúpula que hiciese olvidar la del Panteon, y la de Santa-Maria-del-Fiore. Por último, murió San Gallo, y Paulo III concibió el desigüo de confiar la egecucion del monumento al grande Miguel-Angel Buonaroti, el cual por mucho tiempo se negó á encargarse de la comision. Decidióse por fin, desechó los planos y modelos de su antecesor, compuso él mismo de nuevos y restableció la iglesia en cruz griega. Llevaba intento de levantar delante de San Pedro una fachada del género de la del Panteon, si bien que esta parte del edificio, ni mas ni menos que la cúpula, debia tener una dimension mucho mayor que la del templo antiguo, puesto que la idea primitiva de Nicolas V no ha cesado de reproducirse en el ánimo de todos los papas y de los arquitectos que han concurrido á la ereccion del edificio.»

Muchísimas páginas llenariamos si entrásemos en los pormenores de los inmensos trabajos que la basílica ha costado á Miguel-Angel, y si recordásemos los pesares y las intrigas que le atormentaron. Baste decir que el grande artista que debe ser mirado como el corifeo de la época de la regeneracion, no solo hizo los diseños de la cúpula, si que tambien inventó y ejecutó en un pequeño modelo todas las bóvedas, sin las cuales jamas hubiera podido construirse. Además, engrandeció la tribuna en la cual está la cátedra de San Pedro, asi como las dos partes del crucero transversal de la iglesia. Toda esta parte del monumento, que fué continuada teniendo á la vista los planos de Buonaroti, tiene un carácter de grandeza en su conjunto y ofrece una disposicion tan sabia en los pormenores comparados entre si, que todo revela la obra de un artista inuortal. Por lo mismo la impresion que ocasiona esa parte del edificio es de una naturaleza enteramente distinta de la producida por las tres naves, la fachada y el grande pórtico circular. El estilo de Miguel-Angel es como el de Dante: no se parece al de nadie.

Por el año de 1536, cuando se entregaba Buonaroti á esos grandes trabajos de arquitectura, el mismo Paulo III que le habia escogido para arquitecto en jefe de la basílica, exigió de él que pintase al fresco uno de los lienzos de pared de la capilla Sixtina. Entonces fué cuando á la edad de sesenta y dos años, emprendió su famoso Juicio final y le terminó en ocho años durante los cuales no cesó de dirigir los trabajos de la nueva iglesia.

En el año de 1564 murió, cuando estaba principiada ya la cúpula. Durante el pontificado de Pio V, es decir desde 1566 hasta 1572 se continuó trabajando bajo la condicion expresa impuesta á los arquitectos de que seguirian escrupulosamente los diseños de Miguel-Angel. Por fin, Santiago de la Porta fué el artista que concluyó la cúpula inmensa bajo el pontificado de Sixto V en el año de 1587.

Desde este momento la influencia del genio de Miguel-Angel no se hizo sentir en las construcciones de San Pedro, sin que se tuviesen en cuenta los proyectos del hombre grande ni las recomendaciones hechas por Pio V. En el año de 1608, Paulo V hizo concluir la nave, el grande pórtico y la fachada de la iglesia por Carlos Maderna; pero esta parte del edificio no corre en armonia con las demas. Maderna era hombre enteramente sometido al gusto de su época, puesto que confundia lo corpulento con lo grandioso. Ignoraba completamente el arte de proporcionar los pormenores con el conjunto, y para decirlo en una palabra tenia mas bien el talento de un director de adornos que procura sorprender, que el de un artista que procura dominar á la vez la atencion y las miradas del espectador.

Bramante y Miguel-Angel, los dos hombres que han concebido verdaderamente lo que de grande y de hermoso hay en la iglesia de San Pedro, habian desarrollado su genio estudiando la antigüedad y las artes en todos cuantos objetos les ofrecia la Toscana. El último sobre todo manifestó constantemente para con las obras de los antiguos, y para con las poesias de Dante, una admiracion cuya influencia se trasluce en todas cuantas producciones ha dejado. Singular y profundo en sus invenciones, ni mas ni menos que el autor de la divina comedia, es en la egecucion hábil, adicto á la

naturaleza y al arte como los antiguos. Mirando sucesivamente los sepulcros de los Médicis en Florencia, el Moisés del sepulcro de Julio II, la bóveda y el Juicio final en la capilla Sixtina, y la parte de San Pedro de Roma que ha sido ejecutada según sus diseños, se podrá acaso criticar en algo su gusto, y los artistas harán bien en no tomarle exclusivamente por modelo, puesto que sólo un gigante como él podía hermanar el conjunto de sus obras gigantescas, pero nunca podrá mirarsele con demasiado respeto y admiración por su prodigioso talento.

No debió ser esta la opinión de Maderna á lo que parece, puesto que no bien le hubo encargado Paulo V la conclusión de la basílica cuando empezó á variar el plan de lo que no había sido ejecutado todavía; en lugar de la cruz griega sustituyó la cruz latina, y en lugar del magestuoso peristilo imitado de la rotunda por Miguel-Angel formó el diseño de la más miserable portada que se haya inventado jamás. Precisamente, entre la arquitectura del estatuario florentino y la de Maderna, media la misma diferencia que entre los escritos de Dante, y el Pastor Fido de Guarini. La literatura estaba entonces en plena decadencia en Italia, la pintura había degenerado ya, y por lo mismo no fué extraño que Maderna levantase tranquilamente su pobre portada de la basílica de San Pedro.

Si por casualidad estas líneas son leídas por algún arquitecto, tomaremos nuestras precauciones y nos pondremos en guardia motivando esta severa crítica. Dando de barato los adornos de arquitectura y de escultura que fueron colocados en las tres naves y debajo del pórtico principal, adornos cuya dimensión causa las miradas por su grande tamaño, haremos observar el defecto capital del trabajo de Maderna. Reina en él una monotonía insostenible en la armonía de las partes entre sí. Así que los pilares, de donde parten las molduras de la nave principal, ofrecen cinco divisiones perpendiculares, de las cuales dos son formadas por medio de pilastras, y las otras seis por el mismo pilar. Estas cinco divisiones le parecen iguales al espectador, puesto que media tan poco entre el diámetro de las pilastras y el del espacio que las separa, que á menos de emplear la toesa no se juzga bien con la sola vista. Este

defecto aparece bajo nueva forma en la portada. Hay una uniformidad tal en las divisiones verticales y horizontales de las ventanas, de los frisos y de las cornisas, y todas las partes avanzadas, comprendiendo el pórtico y el frontis, lo son de una manera tan mezquina, que la luz y la sombra no caracterizan jamás las formas de la portada, y puede decirse que la obscuridad de las ventanas sobre esa inmensa superficie blanca, da al conjunto el aspecto de un tablero de damas.

Cuando se visita la basílica de San Pedro de Roma es menester estar muy sobre sí para juzgar todo cuanto se ha hecho desde el año de 1608. El gusto noble y delicado que había presidido á los trabajos del siglo diez y seis había desaparecido, y le reemplazaba cierta afición al fausto y á lo gigantesco, que según hemos hecho observar antes se acerca más á la magia de la decoración que á las combinaciones discretas del artista. Pasóse más adelante todavía, puesto que se llegó á la barbarie. En el año de 1633 se mandó sin escrúpulo arrancar todos los adornos de bronce que guarnecían la bóveda y el pórtico del Panteón, para levantar ese famoso baldaquino de retorcidas columnas, cuyo mérito particular consiste en tener ochenta y seis pies de alto. El caballero de Bernin fué el que hizo los diseños de esta linda obra maestra, así como los de la balaustrada de cobre que rodea lo que se llama la confesión, donde están depositados los restos del príncipe de los apóstoles (*Plancha 186*).

Una vez terminada la iglesia, se adornó el interior con las estatuas del mismo Bernin y de sus imitadores. Ya no se mentaba entonces á los antiguos, á Dante ni á Miguel-Angel. Sin embargo, la grande idea del siglo quince, expresada por Nicolas V, inspiró constantemente á los artistas hasta la conclusión de los trabajos que debían completar el edificio de San Pedro. El mismo Maderna, impelido en cierto modo por aquella antigua tradición, dió apesar suyo cierto aire de grandeza á todo cuanto compuso; pero parece que las palabras de aquel papa resonaron todavía más fuertemente en el alma del caballero de Bernin. Este hombre de genio era escultor y arquitecto; fue el Miguel-Angel de la época de la decadencia, y el inmenso pórtico circular que ha levantado

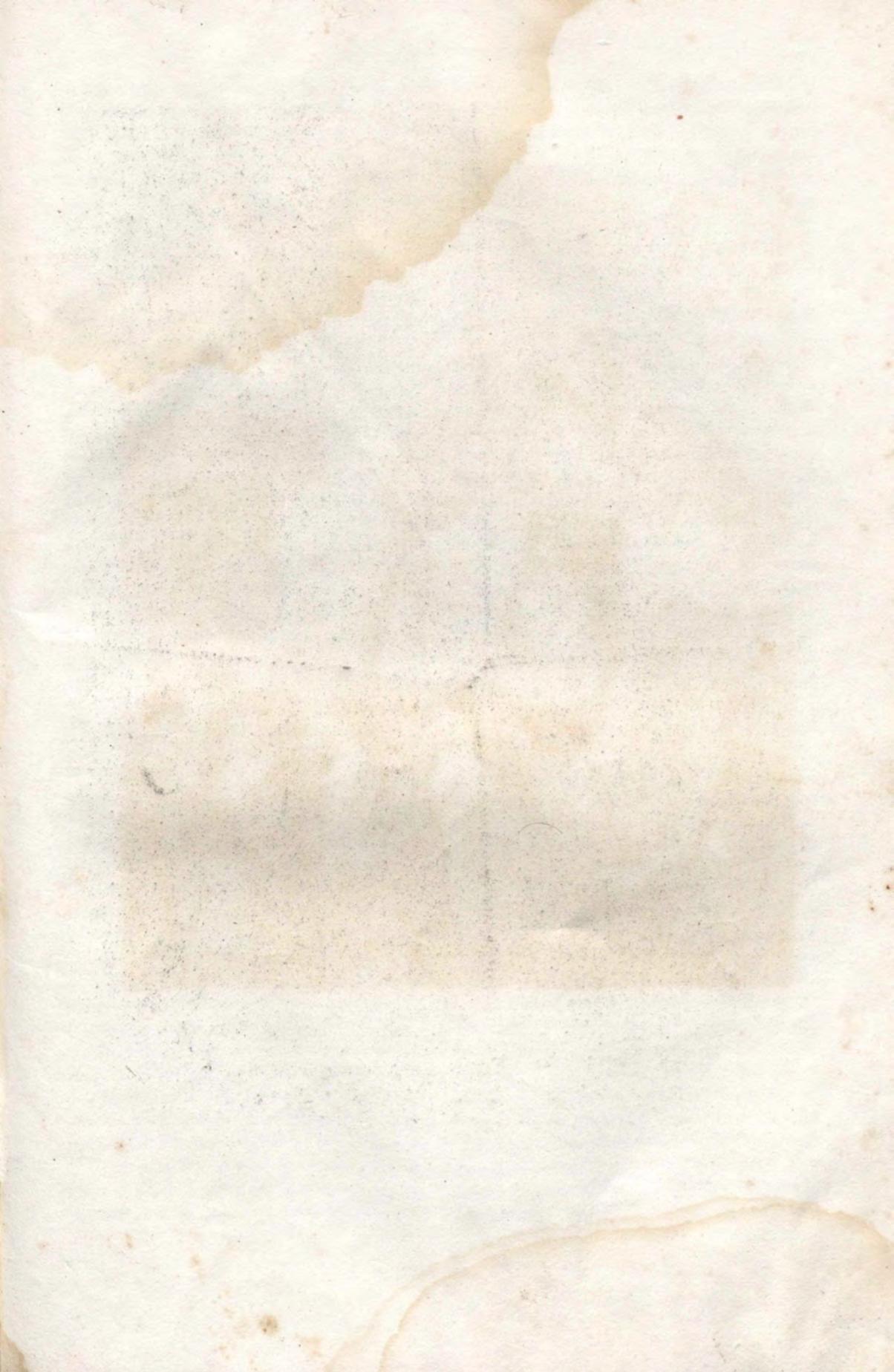
delante de la iglesia para hacer penetrar en ella viniendo de una plaza imponente y magestuosa, es ciertamente una de las producciones más mágicas de la arquitectura moderna. Tocante á los detalles, que en todo monumento demuestran el mérito real de un artista, es fuerza confesar que son bastante débiles en este peristilo; pero el conjunto es tan hermoso, y el caballero de Bernin ha sabido de tal suerte disimular la fealdad de la fachada hecha por Maderna, que pueden perdonársele todos los defectos. Después de haber contemplado este peristilo circular el viagero que visita por primera vez la basílica solo se detiene con asombro ante dos grandes cosas: la plaza de San Pedro, obra del mismo Bernin, y la cúpula levantada en vista de los diseños de Miguel-Angel: con efecto, son los dos grandes rasgos que caracterizan este vasto monumento.

Después de esta historia compendiada de la construcción de ese famoso templo, se comprenderá sin duda más fácilmente cuales son los varios elementos de que se compone el edificio. Y una vez está enterado de todo ello el lector, supongamos que un viagero, hombre de comprensión por una parte, si bien que poco versado en el estudio de la edad media, que habrá sin duda oído hablar de Dante y de la escuela florentina, pero sin detenerse en ello, y que no tiene otra idea de los monumentos de Roma que la general y vaga de lo que mencionan los monumentos célebres: supongamos que se vé transportado de repente á la entrada de la plaza de San Pedro. Apenas percibe la cúpula, pues el edificio ocupa un terreno inmenso. Admira el lujo gigantesco de la arquitectura de Bernin: las dos fuentes, en las cuales brota por cien conductos una agua cristalina, y el grande obelisco, que ocupan el centro del pórtico circular, cautivan exclusivamente su atención. En aquel momento es feliz, puesto que su mente y sus ojos pueden gozarse en la contemplación de una cosa bella. Adelántase sin embargo; la fachada de Maderna le choca sin gustarle, y pasa por debajo del peristilo cuyas dimensiones colosales le causan una ligera impresión de terror: pero está impaciente por entrar en esa iglesia que según le han repetido tantas veces es inmensa. Llena todavía la imaginación con la grandeza del pórtico circular,

entra, y después de cinco minutos de examen y de recogimiento, dice para sí: « creí que era más grande! » El ordinario efecto del desengaño es el abatimiento; por tanto, nuestro curioso viagero echa vagas miradas á derecha y á izquierda, y apesar suyo se fijan en una de las pilas de agua bendita, sostenida por estatuas de cinco pies en proporción que representan unos niños de poco más de un año. Permanece muy sobre sí nuestro viagero en tanto que recorre la mitad de la nave, y solo cuando se encuentra entre las grandes capillas laterales, delante del famoso baldaquino y casi debajo la cúpula, entonces el sentimiento de lo bello y de lo grande dilata sus pulmones y hace tomar vuelo á su mente. El lector puede formarse una idea de la grandeza de San Pedro, en cuanto es posible en vista de una lámina de pequeña dimensión, mirando al fondo de la iglesia en las pl. 186 y 187 el célebre baldaquino, que está debajo la cúpula. En la lámina parece que se levanta apenas de la superficie del suelo y sin embargo tiene ochenta y seis pies franceses de elevación, ó para demostrarlo con otro ejemplo, una altura casi igual á la del frontis de la columnata del Louvre en Paris, ó á la de la fachada del edificio de la casa Louja en Barcelona. Sonríese con interior regocijo el viagero, y se atreve á pronunciar algunas palabras; pero pronto, el vacío inmenso que deja debajo de sí la vasta cúpula, el brillo de los mármoles, de los mosaicos y de las bóvedas resplandecientes de oro, el silencio profundo y aquel color que toma el aire por los purpúreos reflejos que despiden de todas partes los mármoles: todo da á sus sentidos y á su mente una agitación inconcebible que le hace abismar de nuevo en la inmovilidad y en el silencio. Entonces quiere salir del templo. Antes de llegar á la puerta llaman de nuevo su atención los colosales niños, y no sin una secreta alegría cesa de ver este objeto para contemplar el azul de los cielos y recorrer aun ese pórtico circular cuya vista le restituye toda su alegría.

Esta es la narración exacta de las sensaciones que experimentan los que por primera vez visitan la basílica de San Pedro en Roma.

Pero antes de salir de la plaza de San Pedro, detengámonos un momento en hablar de las *fonzioni*, de las más magníficas funciones ó





H. Vernet del.

Audot sculp.

M^{lle} Leprieu-Rouagne sc.

Il Papa in sedia gestatoria. Roma. Le Pape porté sur son fauteuil de cérémonie.

ceremonias religiosas del culto católico, y luego después nos dirigiremos al Vaticano.

Si Roma es la más rica entre todas las ciudades en punto á antigüedad profanas, puede también gloriarse de reunir más que otra ninguna el brillo y la más imponente pompa en las solemnidades del culto. Nada puede imaginarse más solemne que las grandes fiestas de la ciudad eterna. « Ved, dice un viajero moderno, esa doble línea de Levitas que brillan con sus vestidos resplandecientes de oro; esos bosques de cirios alrededor de unos altares soberbiamente adornados, y los más ricos tapices desplegados delante de sus altares. Qué melodía la de los cánticos que hallan eco en esas hermosas bóvedas de estuco y de pinturas, sostenidas por arcos magestuosos ó por columnas las más elegantes! Y este espectáculo, encantador por sí, es enteramente religioso cuando un ligero vapor de inciensos, llenando el templo de olor santo, parece rodear el aparato de fiesta para servir de velo á los misterios sagrados. Pero si en algún día solemne, la religión dirige por algunos momentos su pompa al exterior; si da lugar á numerosas ceremonias, entonces se aumenta á cada paso la comitiva con cuerpos auxiliares de legos, que por un zelo animado visten el traje de Levitas; dos filas de incensarios, y en medio niños que esparcen flores; legiones de cofrades debajo de un saco penitente, con un cirio en la mano, vienen detrás de veinte distintas banderas; las calles están tapizadas con todo cuanto puede reunir de más brillante el lujo, y esta marcha imponente va acompañada de un concierto de las más armoniosas voces y de los mejores instrumentos de Roma... Formaos si podeis una idea de este espectáculo religioso!

Únicamente en vista de estas fiestas es cuando se siente todo el poder de la música en medio de las sensaciones religiosas. Atenta el alma apesar suyo se siente insensiblemente penetrada, y llena de un entusiasmo extraordinario. Esos coros que se responden; esa magia de armonías perfectas, cuán bien se ha hermanado con los tiernos ó terribles acentos de un poeta inspirado! Y cuanto aumenta la magestad del lugar el maravilloso efecto de esos cánticos sublimes! Cuando esas melodías divinas han encantado á más de tres mil personas distinguidas

en una capilla sonora, escúrrense debajo de las altas bóvedas, y sin confundirse van á perderse á lo lejos entre los ecos que encantan á un innumerable gentío. En estos conciertos se pasan unas cuatro horas durante la semana Santa en San Pedro, y no son interrumpidos más que por las lamentaciones de los profetas. En estos días puede decirse que Roma entera, el pueblo y los magnates, los acomodados y los pobres, acuden á la basílica, como á un centro general, donde las lamentaciones de Jeremias y unas armonías celestiales van sucediéndose por espacio de algunas horas.

La festividad del Corpus es sin contradicción la más magnífica de todas cuantas celebra la liturgia romana. Todo el ejército pontificio marcha de gran gala entre el ruido de los cañones y el tañido de cuatrocientas campanas; los treinta cabildos de Roma están reunidos; un número infinito de religiosos con distintos trajes, una legión de empleados del gobierno, todos con capa corta y su luz en la mano; varios hermanos penitentes con sacos de todos colores, los cuatrocientos músicos de las principales iglesias, y por fin el colegio de los cardenales, rodeados de muchos cuerpos de prelados inferiores que siguen á los príncipes y á los grandes de Roma: toda esta multitud forma la procesion más magestuosa que los lectores pueden imaginar.

Laouriens dice ser catorce mil quinientas las personas que asisten á esta grande ceremonia. En medio de esta magestad, representémosnos al santo Padre llevado debajo de un magnífico dosel de seda y oro, ó en un sillón riquísimo, cubierto con la púrpura imperial. De lo alto de esta silla suntuosa, recuerdo de la de los Césares, adelántase leutamente sostenido en hombros de catorce vigorosos criados (*Plancha 189*). Compárase muchas veces esta marcha sagrada á los triunfos de los antiguos, á esas fiestas en las cuales la dueña de las naciones celebraba sus dioses, sus héroes, las grandes épocas de su historia, y en las cuales asimismo el pueblo rey paseaba con orgullo los despojos de los pueblos vencidos.

Durante estas procesiones están llenos los balcones de mugeres hermosísimas que se presentan con todo el atractivo de los adornos y de las gracias. « Perdonelas el cielo, esclama con

arrebato singular un autor cristiano, pues asisten á esta solemnidad para ser la perdición de mucha mas gente que no salvará la santidad de la ceremonia! Una multitud de curiosos llena tambien las calles y los templos; pero entre ellos las bandas de mendigos dejan apenas dar un paso á los innumerables concurrentes. Esos hombres, cubiertos de andrajos, van luciendo adrede lo mas horrible y feo que tiene la miseria. Muchos de ellos, para producir con sus llagas mas efecto, las han enconado de una manera abominable. Ignórase de donde sale esa nube de mugeres casi desnudas, alrededor de las cuales se agrupan centenares de niños, llenos de sarna y de lepra. Se dirá que diez hospitales de incurables han dado salida á un tiempo á todos sus enfermos, y dirigídoles hácia estas avenidas para afligir al hombre sensible.

Seguramente que todo esto (dejando á parte lo de los mendigos) es magnífico, y solo Roma puede ofrecer semejantes espectáculos. La música es encantadora: las reuniones son imponentes por la presencia de todo cuanto tiene de mas distinguido la ciudad, sin contar los príncipes; los embajadores y las comitivas de cada corte estrangera. Con todo esto, falta á estas solemnidades lo que mas seria de desear en ellas, es decir el silencio, el recogimiento y la devocion: en una palabra, son mas bien fiestas que funciones y ceremonias religiosas. Entre la infinidad de estrangeros, principalmente ingleses, que á ellas concurren, muy pocos se encontrarán ocupados verdaderamente en serios y piadosos pensamientos, y los de aquella nacion no se entretienen mas que en criticar. Como el gentío es inmenso, y no muy rígida y observante la policia, empújase unos por un lado, y mutuamente se incomodan y atropellan.

A pesar de estos inconvenientes, son tan hermosas en Roma las funciones religiosas que los protestantes quedan asombrados: la misma lady Morgan confiesa que no sin sentimiento la iglesia de Inglaterra ha abandonado las ceremonias de la iglesia romana. La fiesta de la Natividad es una de las mas imponentes, y donde se celebra con mas brillo es en la iglesia de *S. Ara-Cæli*. En la época de esta solemnidad, los que tocan la cornamu-

sa, los *piferari*, llegan en masa del reino de Nápoles, é interrumpen en Roma, ni mas ni menos que en la capital del rey de las dos Sicilias, el sueño de los estrangeros. En la víspera de aquel solemne dia ofrecen las calles el golpe de vista mas risueño y agradable. Como es costumbre el que aun las familias menos acomodadas coman su pavo durante las fiestas, véense millares de aquellas aves, la mayor parte desplumadas, espuestas en las calles y llevando casi todas en el pico un limon. La carne de buey y de carnero está cubierta con hojas sutiles de oro y plata, y adornada con cintas. Centenares de salchichas, pendientes unas de otras, están suspendidas en forma de guirnaldas, entre las cuales forman extraño contraste los demas géneros y comestibles. A los lados, con limones, se forman una especie de pirámides, halagüeñas á un mismo tiempo á la vista y al olfato. En lugar de los pinos con que en otras regiones se adornan los mercados, se colocan en Roma laureles, á cuyas ramas se atan naranjas y limones.

Durante la noche de Navidad, resuena en las calles el mas estrepitoso ruido. Reúnense por la tarde los labriegos de las cercanias en la iglesia de Santa Maria la Mayor, cuyas hermosas columnas blancas están cubiertas con tapices de terciopelo encarnado. Millares de cirios iluminan ese magnífico edificio; pero como aquellos campesinos vienen frecuentemente de muy lejos, y como la misa del gallo no empieza hasta media noche, llegan á perder la paciencia los pobres, y no es posible evitar muchas veces que caigan en un rincon causados y soñolientos, ó que en aquellos alrededores se echen unos encima de otros, cosa que produce grupos y cuadros en extremo pintorescos en medio de la animacion de los habitantes de Roma: por lo mismo no faltan artistas que dedican á la pintura una noche dedicada por los demas á la alegría, y que están observando unas escenas enteramente originales.

No bien se oye el tañido de la campana cuando despiertan y se levantan apresuradamente los labriegos para adorar al niño Dios que acaba de nacer. Figúrense nuestros lectores una decoracion hermosísima adornada con celos y con el mayor gusto para una magnífica fiesta campestre, y se tendrá una idea del pro-

seprio di natale, del pesebre de Navidad. Ven se en perspectiva valles, bosques, prados, baños y pastores, los cuales hacen resonar los mas suaves conciertos que embelesan los oídos del viajero. A lo lejos, en perspectiva, hay peñascos, algunas torres y varias cabañas, entremezclado todo de ruinas: entre el color de estas, el sombrío tinte de las selvas y la fresca verdura de los prados, hay un manifiesto contraste que produce el efecto mas gracioso. Esas colinas y esas habitaciones son de carton; pero á lo menos los árboles son reales, y así como el musgo que cubre los peñascos, y los prados no pueden ser mas naturales. Las distancias tambien existen, y el paisaje ocupa muchas toesas de superficie, que el arte ha sabido aumentar aun por medio de lejanas y bien combinadas perspectivas. Las nubes tienen una transparencia y una variedad de formas que verdaderamente causa ilusion.

A la entrada de esos valles ficticios es donde tiene lugar el misterio de la Natividad. Ahí está la cuna, ahí el niño Jesus, la Virgen, San José, el asno y el buey. El recién nacido está envuelto en pañales de oro y su madre está en pie riquísimamente vestida. Un ángel conduce á los tres reyes que hacen su ofrenda. Asiste tambien el padre eterno al espectáculo en todo el brillo de su gloria. Varios sacerdotes colocados en la balaustrada reciben las limosnas que casi todos los fieles se apresuran á poner en sus manos. Y aqui no podemos menos de mencionar una anecdota bastante curiosa, relativa al viajero Laourens: «Veia, dice el mismo hablando de la fiesta de la Natividad en Roma, á una anciana muger, que llevaba el traje de la indigencia, en ademán de ir á depositar tambien su ofrenda: sin duda era un sacrificio que hacia á la vez á la costumbre y á la piedad. Tentado estuve á detenerla é impedir que depositase una retribucion de que mas que nadie parecia necesitar ella misma; pero hubiera hecho mal: ¡es tan dulce el poder dar! Fuíme, pues, á esperar á esa anciana á la puerta del templo, porque me parecia que por necesidad debia pedir limosna: no me engañaba, pues llegó en breve, y la puse en la mano una moneda de un valor muy superior al de la ofrenda que habia presentado...» La accion de Laourens merece alabarse: pero en conciencia debemos decir que por

mas filosófica y cristiana que sea, no tiene de mucho tanto mérito como la de la anciana mendiga.

Acabamos de asistir al nacimiento de Jesus. Dirijámonos ahora al Capitolio, y volveremos á encontrarle todavia niño, es verdad, pero obrando ya milagros en el sitio mismo ocupado antiguamente por Júpiter Capitolino. Con que magia sabe rodear el tiempo los objetos mas sencillos! Con qué eucanto la imaginacion se pierde en esos brillantes recuerdos de grandeza y de gloria! Ese campo del Vaticano del cual salian los triunfadores; ese soberbio carro precedido de ricos despojos; esas flores esparcidas por el suelo que debian pisar los vencedores; ese pueblo innumerable de otro tiempo, entregado á una alegría bárbara y que no cesaba de insultar los cautivos; ese templo de Júpiter, al cual los triunfadores no subian mas que de rodillas, esa corona de oro que ofrecian á los dioses; esas veinte mil mesas donde se sentaban el pueblo y los soldados para entregarse á los placeres de un banquete; todos estos recuerdos se agolpan á la imaginacion del viajero, como para ser el preludio de otros recuerdos bien distintos, que forman con aquellos el mas singular contraste.... ¿Quien ocupa el puesto de esas divinidades que prescribian el asesinato y la venganza para favorecer los proyectos de unos príncipes ambiciosos? Un niño *il bambino*, el hijo de una humilde muger y de un carpintero laboriosamente ocupado en alimentar á su pobre familia!

Il bambino es un niño en pañales, cuya reputacion de virtud medical es tanta, que hay pocos enfermos de cierta categoria que no quieran invocarle en sus dolencias. No bien el prior de *Ara-Caeli* ha dado el permiso de verle, levántase un altar delante de la cama de los dolientes, y en él se coloca la imágen del niño Dios. Enfermos ha habido que por favor especial han obtenido el permiso de tenerle toda la noche en brazos, y llega á tan alto punto la fé de los devotos y el efecto que en su temperamento produce, que muchos sanan en poco tiempo, apesar de que su enfermedad era reputada peligrosa. Con efecto, es tan poderosa la reaccion de la parte moral del hombre sobre su parte física! media tan admirable resorte entre la imaginacion y el cuerpo del hombre! que no

es extraño que produzcan milagros. Algunas piadosas tradiciones afirman que aquella estatua de Jesus ha mudado algunas veces de color, y que entonces ha sido siempre signo seguro de curacion.

Si preguntásemos ahora á alguno de nuestros lectores que i lea se ha formado de las iglesias de Roma en vista de nuestra narracion, seguros estamos que su respuesta seria una fiel reproduccion de la verdad. Ciertamente que hemos debido detenernos en este punto importante, porque la iglesia es Roma, y es en cierto modo la Italia entera. Las cofradias religiosas absorben toda la poblacion. Unicamente Roma cuenta mas de sesenta de estas sociedades, entre las cuales son las mas famosas las del Panteon, casi esclusivamente compuestas de artistas. En pos de ellos vienen los Sacconi, asi llamados con motivo del saco de una tela bastante grosera que les cubre cuando asisten á alguna ceremonia en todo el rigor del traje, y descalzos. Deben nombrarse despues los Antoninos que han llegado á contar diez mil cofrades vivos, á varios príncipes por priores ó gefes, y muchísimas filiaciones en Europa.

Y debe advertirse que todas estas asociaciones religiosas, que no se apartan en nada del espíritu de la iglesia, son muy celosas de llenar los deberes que esta impone á sus discípulos. Los cofrades forman con efecto parte integrante de todas las ceremonias religiosas. Véseles do quiera en los templos, arrodillados delante de los altares ó en los confesonarios, debiéndose decir que concurren á estos con mucha frecuencia, ocupando casi esclusivamente á gran parte de los confesores. El viagero que permanezca algun tiempo en Roma podrá repetir esta observacion que nosotros hemos hecho varias veces, pues visitando dos veces á la semana una misma iglesia, encontrará delante de los confesonarios á las mismas personas postradas en actitud de contricion. Pues bien, casi nunca se engañará reconociendo en ellas á los individuos de varias cofradias, para los cuales seria una falta imperdonable dejar de acudir á la confesion cada dos ó tres dias. Y es tal la fe pura que tienen en el sacramento de la penitencia que al haberle recibido se retiran con un aire de satisfaccion interior, creyendo ver abiertas delante de ellos las puertas del Paraiso, una

vez purificados de todas las manchas terrenas.

En el interior de los templos se leen las inscripciones siguientes, colocadas encima de los confesonarios y que sirven de guia á los extranjeros: — *Pro gallicá lingua*: — *Pro hispaná*: — *Pro anglica*: — *Pro italica*. — Está en uso que despues de haber entrado en esta especie de celdas, se permanezca en ellas, aun despues de haber dado fin á la confesion, hasta tanto que se toca con una varilla al penitente en señal de que puede ya retirarse. Simond, testigo ocular, comprueba tambien este hecho diciendo: « Al entrar en el templo habíamos visto una muger de rodillas delante de uno de los confesonarios, y un buen rato despues la encontramos en la misma postura, cuando de repente vimos salir de dentro una varilla blanca que tocó á la penitente, y levantándose esta al momento se arregló el velo, y salió despues de haber hecho algunos actos de devocion. »

Sabido es que nada se alaba tanto en Roma como las ceremonias de la semana santa, y por tanto creeríamos dejar suspensa la esperanza de los lectores si omitiésemos la descripcion de unas fiestas que han atraido siempre innumerable concurso en Roma. En aquellos dias la ciudad eterna es cuando mas merece el nombre de nueva Jerusalem, cuando se llena de peregrinos de todas clases y condiciones que aumentan prodigiosamente el brillo y la suntuosidad de los templos con sus crecidas limosnas.

Roma durante la cuaresma puede llamarse literalmente una ciudad muerta, y es imposible hallar un contraste mas fuerte que el que ofrece el viernes y el sábado que preceden al domingo de Ramos. Los mas ricos señores de Nápoles y de Florencia abandonan sus residencias de invierno para asistir á esas funciones sagradas, y todos cuantos habian emigrado desde los últimos dias del carnaval vuelven á los primeros de la semana santa. El ruido de las sillas de posta, el chasquido de los látigos de los correos, la lectura de los pasaportes, y la vista de las posadas llenas de forasteros, dan un nuevo aspecto á las calles, algunas horas antes tan solitarias y silenciosas.

Asi es como se anuncia y como va llegando el momento importante. Toman las damas su solemne vestido negro, pero son muchas las

que descuidan ponerse el velo de costumbre, siendo así que hay un decreto que prohíbe á las mugeres el presentarse sin velo delante del papa. Sobretudo las inglesas son las que olvidan este deber, y los encargados de la policia en el templo tienen bastante que hacer ordenándolas que cuando menos se cubran el rostro con finísimos pañuelos, pues de otro modo no las conducirían al puesto que las está destinado en la capilla del Quirinal.

Largo y muy detenido sería por cierto describir día por día las ceremonias que tienen lugar en Roma durante la semana santa. Los lectores que deseen mas circunstanciados pormenores podrán consultar la escelente obra del abate Cancellieri, autor de un librito en el cual se describen todas las ceremonias de la semana santa en la capilla pontificia. Allí verán como los cardenales prestan obediencia al papa en el domingo de Ramos, y la pompa verdaderamente pontificia con que son bendecidos los ramos de laurel por el papa acompañado de su corte, en medio de la mayor magnificencia. Tocante á nosotros procuraremos hacer partícipe al viajero de nuestras sensaciones, manifestándole los recuerdos que nos quedan de aquellos brillantes días. El miércoles santo no ofrece nada que sea digno de una particular mencion, pero el miércoles empiezan ya las augustas ceremonias, harto conocidas y muy dignas de serlo para que las pasemos en silencio.

A pesar de las inmensas sumas que ha costado la basílica de San Pedro, muy pocas son las ceremonias religiosas que tienen lugar en su vasto recinto, puesto que las mas imponentes se celebran en la capilla Sixtina y en la capilla Paulina. El primero de estos edificios, si bien que muy hermoso y de una espaciosa arquitectura, es sin embargo demasiado pequeño para contener el gran número de espectadores que á tropel se dirigen á ella el miércoles á fin de oír cantar el *Miserere*. En el rezo llamado de Tinieblas es cuando se entona la admirable composicion de Alegri á dos coros y á cuatro voces. Cuando oye uno esta deliciosa música, no cree encontrarse en la tierra, sino transportado á las regiones de los ángeles, entre las armonias de una música celestial. Qué armonia! qué melodia tan agradable y tan tierna! Y cuán verdaderamente sagrada es esta música que con-

mueve hasta en el fondo del corazón, y á la cual no pueden negarse las lágrimas! En ciertos momentos, los sonidos suavizados y lejanos como los de la sordina en el órgano, llegan á nuestros oídos y se evaporan como los suspiros de los vientos que resuenan entre las cuerdas de una harpa sonora. A medida que la música es mas triste y mas solemne, apáganse unas tras otras las luces, y en el momento en que los últimos sonidos del *Miserere* espiran en la capilla, da un pálido resplandor la luz del último cirio, y se apaga. Júzguese del efecto que ha de producir en unas imaginaciones vivas y poéticas la combinacion de todas estas circunstancias emanadas con el doloroso misterio que recuerdan.

El día del jueves santo toda la poblacion de Roma se dirige hácia el Vaticano formando muchísimas procesiones. Agólpase el gentío en la puerta de la capilla Sixtina que se parece por su doble guardia á la entrada de un punto militar, tan difícil para la acometida como para la defensa: por tanto, esta centralizacion general produce una escena de confusion que casi es imposible describir. Mucho tienen que hacer los suizos de su Santidad para abrir paso á la augusta comitiva, puesto que todos desean colocarse en buen sitio para ver como el papa lava los pies á trece peregrinos en la sala Clementina. ¿Cuánto no darian muchos fieles para ser testigos de esta ceremonia en la cual da el jefe de la cristiandad la prueba mas tierna y mas solemne de la caridad y de la humanidad cristiana? Siguen al sumo pontífice dos prelados, de los cuales cada uno lleva un barreño, uno de estos lleno de toallas, y el otro de ramilletes de flores para los que hacen las veces de apóstoles, y á quienes se distribuyen despues de la ceremonia. Al propio tiempo el tesorero pontificio entrega á cada uno dos medallas, una de oro y otra de plata.

El día del viernes santo es menos grande el tumulto. En el Vaticano se sirve un suntuoso banquete al conclave y á todo el cuerpo diplomático. Por la tarde se entona el sublime cántico del *miserere* que pone á la vista de los hombres el recuerdo de la nada. Cuando los últimos versículos se pierden en los mas distantes ecos de las bóvedas del templo, los prelados y el gentío se dirigen á la basílica de San Pedro. La

brillante iluminación de las columnatas, de los pórticos y de las escaleras, las guardias, la multitud de hermosas romanas y de caballeros elegantes, todo da á las avenidas del famoso templo un esplendor que al primer golpe de vista deja llenos de asombro á los espectadores.

La cruz iluminada y la adoracion del papa y de los cardenales son cosas que atraen una gran concurrencia al anochecer. Las cien lámparas de bruñido y brillante bronce, que arden de día y de noche alrededor del sepulcro de San Pedro, se apagan en este día. Una cruz formada con luces, llamada cruz luminosa, suspendida de la cúpula delante del baldaquino del altar mayor, no alumbrá mas que el espacio delante del cual está, y deja todo lo restante en la magestad de las tinieblas, interrumpidas en algunos parages por una lámpara brillante. Es tan admirable el efecto de los claros oscuros, y el contraste mágico de las luces y de las sombras, que no son ciertamente los jóvenes pintores los últimos que van á visitar la cruz de San Pedro.

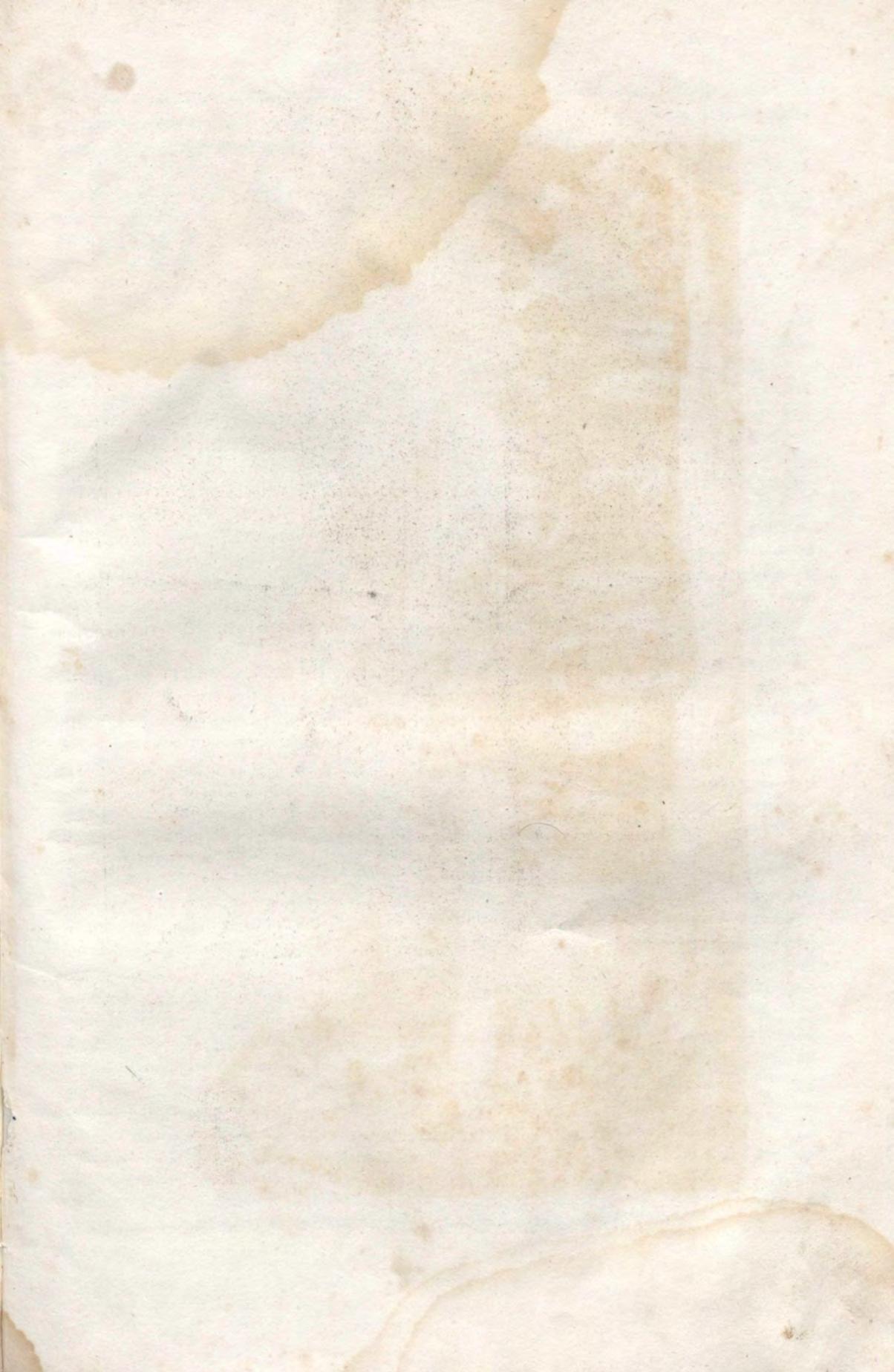
El sábado santo, que no ofrece ninguna ceremonia imponente, se pasa en el silencio, en el recogimiento y en la tristeza: acaso es el día del año en que la reina del mundo convida mas á abismarse en la lobreguez de los recuerdos. Pero, por la noche, algunas señas de alegría, algunos preparativos, anuncian el día de triunfo que debe seguirse y el último día de la larga penitencia que ha sido forzoso hacer antes de llegar á la Pascua. Las tiendas de Roma están iluminadas profusamente, y ofrecen, empleados para la representación de símbolos de piedad, todos los comestibles de alguna consistencia, y esto con una limpieza poco común. Además, se ven imágenes de la Virgen y del niño Jesus curiosamente amoldadas, y tambien la de S. Pablo, como presidiendo á venta de los varios géneros de diario consumo.

El día de la Pascua de Resurreccion se celebra el oficio en la basílica de San Pedro, y entonces es cuando la iglesia aparece en toda su magnificencia en un sitio digno de ella. A la brillantez del mármol se une la de varios ropajes esquisitos. En la fachada se dejan ver los cardenales, y en medio de ellos, al modo de una divinidad que solo por unos instantes se deja ver de los hombres, aparece el sumo pon-

tífice, que solo se figura como un punto negro en medio del inmeiso frontispicio. Bendice á los romanos y al universo entero, mientras que los fieles se postran con el rostro contra la tierra; entonces los cardenales conceden las mas amplias indulgencias, oyese el redoble de los tambores, y el estampido del cañon en toda su magestad: al anochecer termina la ceremonia con el fuego artificial de San Pedro, y con la soberbia iluminación del Vaticano.

Recorramos ahora las calles de la ciudad en medio de la alegría de sus habitantes, y en todas las esquinas llamarán á buen seguro nuestra atencion las imágenes de la Virgen. Las mas hermosas iglesias están erigidas bajo la invocacion de esa reina del cielo, y como en Roma el culto de la Virgen es tan general, su imagen se encuentra en todas partes, desde los salones de los príncipes hasta las humildes habitaciones de los artesanos. Millares de lámparas arden de día y noche en honor suyo. Venéranla los niños desde la cuna; la vieja va á ofrecerla su candela solicitando que la caiga una buena suerte en la lotería; las jóvenes que desean contraer matrimonio, ruegan con ardor que las alumbré en su eleccion: todos los votos, todos los homenajes tienen un centro, y ese centro es la Virgen.

Siempre nos ha parecido lleno de un encanto sublime el culto de la Santa Virgen: ¿No representa acaso la perfeccion de la muger? No es toda ella bondad, toda ella hermosa y virtud? Puede haber nada mas dulce que dirigir su súplica á la que es tan modesta, tan indulgente, y que además está revestida del carácter tan tierno y tan sagrado de Madre? Ah! bien pueden los poetas y los oradores pintarnos con elocuentes imágenes á la Virgen invocada por los mas poderosos guerreros, haciendo resaltar el contraste de la ferocidad de los adoradores con la dulzura angelical de la Virgen adorada; bien pueden en sus vigorosos cuadros representarnos una mar borrascosa, algunos buques azotados por las olas entreabiertas para abismarlos, y en una palabra todos los horrores de una muerte inminente; y despues esos marinos cubiertos de espuma, abrumados de cansancio, mutilados por las olas, y arrodillados para invocar á la Virgen..... La Virgen, es decir una tierna muger, cuya debilidad material con-





Mortorio con confraternita.

Roma.

Enterrement accompagné d'une confrérie.

André Delvaux.

M. de Selys Longchamps del. et sculp.

trasta tan vivamente con el furor de los elementos desencadenados, y cuya fuerza es sin embargo tan portentosa cuando sentada sobre nubes de oro y rodeada de querubines cuyas alas son azuladas y resplandecientes, sube su súplica hasta el trono del Eterno, como el mas suave perfume: todo esto pueden representarnos, todas esas imágenes pueden ofrecernos, y aun es poco para que la imaginacion pueda formarse una idea exacta, y pueda concebir toda la grandeza de esa Virgen, tan digna de veneracion y amor, y cuyo carácter es tan pétrico y divino.

Despues de esa multitud de efigies de la Virgen llamarán la atencion del viagero mas frio y mas sensible, hasta el punto de conmovérle en alto grado, las ceremonias de los funerales en la reina del mundo. Costumbre es en Roma el conducir los muertos á su última morada en una litera, con el rostro descubierto: la ceremonia tiene lugar por la noche, entre el resplandor de las antorchas, que es cuando los penitentes, metidos dentro de un saco agujereado para que puedan ver, ceñido el cuerpo con un cordon y llevando en la mano un libro y un cirio, siguen el convoy entonando cánticos religiosos (*Pl. 191*). La vista de estos fantasmas es imponente, y aun no se puede verlos sin una emocion profunda, cuando formando rueda alrededor del cadáver que está á sus pies sobre el pavimento de la iglesia, sus cánticos invocan aun para él la misericordia divina cuando por la última vez iluminan su rostro, y cuando despues de haberse postrado en torno suyo, dirigen fervientes súplicas al cielo, apagan las luces, y se entregan en cierto modo al imperio de la noche, de la soledad, del silencio, y del tiempo que nunca mas debe acabarse. El drama tiene en verdad unas situaciones horribles, y la verdad del actor principal, y los sacos, los libros, y las luces que brillan un momento y se apagan, todo conmueve al espectador en el mas alto grado.

Volvamos empero á la basílica de San Pedro de donde nos han alejado esas descripciones. La parte interior ofrece, mas bien que un gusto puro, riqueza, muchos adornos y magnificencia: pero la exageracion que en ella abunda no deja en su conjunto de contribuir al efecto general y de tener una especie de gran

diosidad. Sobretodo deben sentir siempre los conocedores, para la elegancia y la magestad del edificio, que la cruz griega de Miguel Ángel no haya sido preferida á la prolongacion de la cruz latina adoptada por Carlos Maderna.

San Pedro nos brinda por otra parte con mil admirables contrastes; algunos pobres labriegos de las cercanias de Roma se ven postrados sobre el pavimento de mármol, y delante de esos altares brillantes con el oro y con pulidísimas piedras; al entrar han besado la santa puerta en la cual los ingleses y otros viageros profanos y poco discretos escriben sus nombres, y luego despues van á arrodillarse delante de un confesonario para manifestar sus culpas á su director, y esta conferencia preliminar es seguida del sacramento de la eucaristia. Un penitenciario, armado con su larga varilla, toca ligeramente al cabo de un rato la cabeza de los fieles que permanecen postrados delante de él: especie de penitencia pública con la cual se borra la mancha de los pecados veniales. Y mientras los penitencieros de varios idiomas reciben en su tribunal las confesiones diferentes, pero en el fondo casi siempre las mismas, de nuestra fragilidad y de la humana miseria, sucede que las cofradias alineadas por orden, ó varios religiosos, hacen sus estaciones en distintos altares, y á lo lejos resuenan en tanto los himnos graves de los sacerdotes que celebran el oficio divino en la capilla del coro, al ruido no siempre muy melodioso del órgano, y á la lenta armonia de las campanas de San Pedro. Algunas veces es la basílica un vasto y silencioso desierto, los puros rayos del sol en su poniente penetran por esas altas ventanas é iluminan con sus fuegos dorados el fondo diáfano del templo, dando acaso de lleno en algun brillante mosaico, copia inmortal de una obra maestra de la pintura, y eso mientras que algun artista ó algun sabio desengañado de las cosas de la vida se entregan á reflexiones profundas en algun rincon apartado, ó que un pobre, para quien la existencia es un peso insoportable, duerme mas profundamente todavia, reclinado contra el respaldo de un banco.

Mucho tendríamos que hacer si quisiésemos citar una por una todas las maravillas de la escultura y de la pintura que contiene la basílica de S. Pedro, y por otra parte esta nomenclatura

parecería fastidiosa á los lectores. Limitémonos á nombrar la cúpula del inmortal Miguel Ángel, el Mausoleo de Paulo III, la cátedra de San Pedro, los sepulcros de Urbano VIII, de Jacobo II, rey de Inglaterra, y de Catalina de Suecia, el célebre bajo relieve de Atila, la capilla Clementina, y por último el monumento Rezonico que puso el colmo á la reputación de Canova.

Segun registros de la chancillería que ha publicado Fontana, los gastos de la basílica de San Pedro subían á principios del siglo último á 46,800,498 escudos de plata, de los cuales una décima parte habia sido empleada cuando dirigió la obra Bernin: la cátedra sola habia costado mas de 107,000 escudos. No sabemos lo que admirar mas, si la magnificencia de la obra, ó la manera como se ha cubierto su coste inmenso: dicen que la venta de las indulgencias, ocasionada por estos gastos, ha sido una de las causas de la reforma, pero nosotros creemos que á falta de este pretexto hubiera Lutero buscado otros.

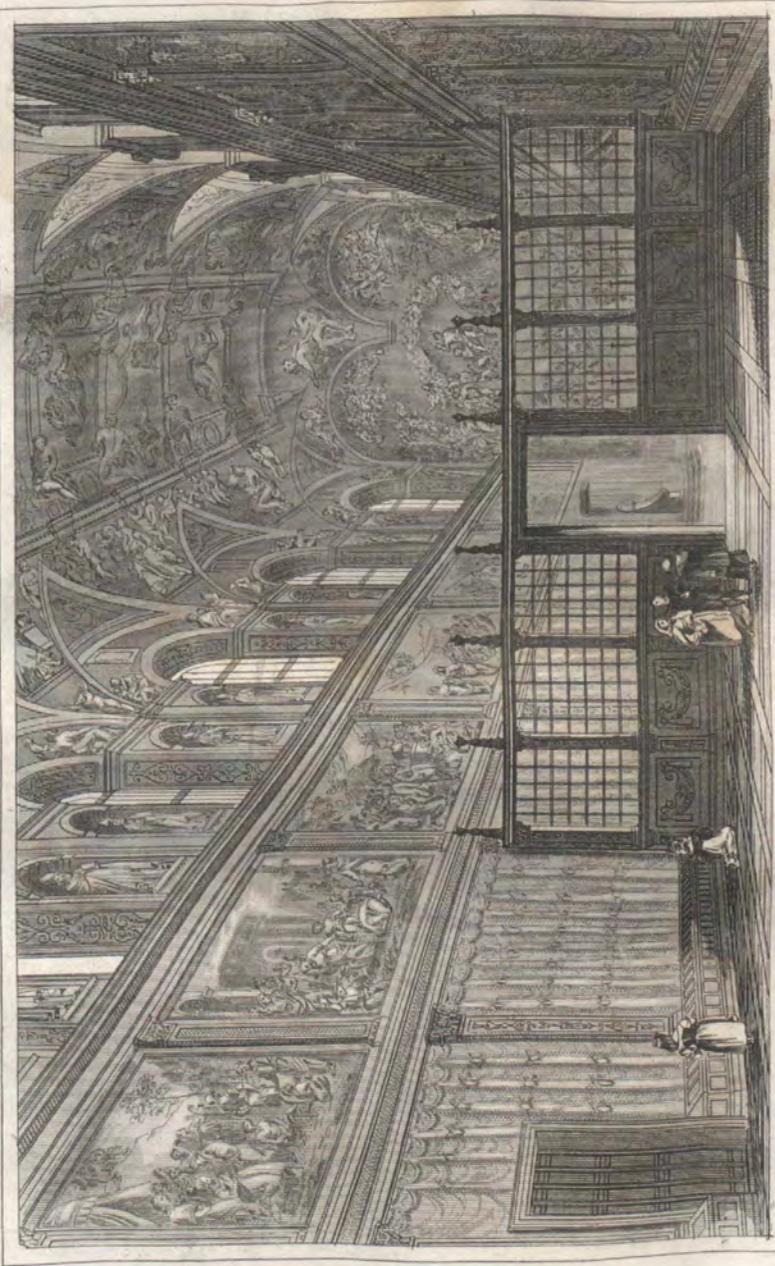
Preciso es subir á lo alto de la cúpula para juzgar verdaderamente de la estension de San Pedro y admirar completamente á Miguel-Angel. Tenia cincuenta y siete años cuando principió el casco de su famosa obra. Para llegar á la cúspide es preciso emprender una especie de viage. Una poblacion de trabajadores, ocupados constantemente en hacer reparaciones, habita en la cumbre del templo, que parece una plaza pública construida en el aire. Una escalera conduce á la parte interior de la magnífica promesa hecha al príncipe de los apóstoles, esculpida con caracteres de seis pies de alto. *Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo ecclesiam meam.* Desde la famosa bola de bronce, colocada en lo mas alto del templo, y que puede contener hasta diez y seis personas sentadas, se goza del mas magnífico aspecto de la ciudad y de la campiña de Roma.

El Vaticano representa la nueva y religiosa grandeza de Roma actual, ni mas ni menos que el Capitolio representaba la grandeza belicosa y triunfante de la antigua Roma. Pero ese palacio, en otro tiempo famoso por sus once mil salas; esa corte pontificia, en otro tiempo tan pomposa, respiran hoy día sencillez y modestia, y el gasto actual del sumo pontífice,

dice Valery, no escede ciertamente al del presidente de la cámara de diputados de Francia. En nuestros dias no lanza ya rayos el Vaticano, pero forma el mas vasto y brillante de los museos de Europa, y es un monumento curioso de los talentos de Bramante, de Rafael, de San Gallo, de Pirro Ligorio, de Carlos Maderna, y de Bernin.

No sin un placer profundo, á vista de un objeto tan hermoso y tan vasto como el Vaticano, concentraríamos todos nuestros recuerdos para trazar al lector, en un cuadro pequeño pero enérgico, la historia política y religiosa de los soberanos que moraron en estos sitios, su influencia sobre su siglo y sobre la civilizacion: historia curiosa en alto grado, y que ofrece rica mies al filósofo y al analista. O acaso, menos ambiciosos, preferiríamos describir esa admirable capilla Sixtina en la cual Miguel-Angel se ha inmortalizado por su famoso Juicio Final. (Pl. 188). Pero, si bien no es dable tratar tan hermoso asunto con todo el desarrollo que reclama, al menos procuraremos dar al lector nociones generales que podrán servir de epitome para mas amplios pormenores.

El Vaticano es el palacio de los sumos pontífices. En él se encuentra el asiento de este poder que hizo un tiempo temblar á todos los soberanos de Europa. Inmensa es la estension de este famoso edificio, y por cierto no nos tomaremos la pena de contar una por una las trece mil salas que encierra, segun los cálculos de algunos viajeros dotados de una paciencia que admiramos sin imitarla. Tampoco procuraremos indagar si es exacta la cifra de veinte y dos mil ventanas que dicen tener el Vaticano, y por el contrario principiaremos nuestra visita por la biblioteca que posee segun es fama ciento cincuenta mil volúmenes, y que ha sido sucesivamente enriquecida por todos los sucesores de San Pedro, desde el papa San Hilario. Por lo demas, es tal el misterio de esos armarios, que nadie podrá creer que contengan tantas riquezas literarias, de manera que el viajero que atraviesa esas salas, solo parece lleno de asombro en vista de las pinturas, de los jarros etruscos y de Sevres, de la hermosa columna de alabastro oriental, y de las estatuas del sofista Aristides y del obispo Hipólito en cuyo pedestal está esculpido el famoso calendario pascal.



Anders sc.

Anders sc.

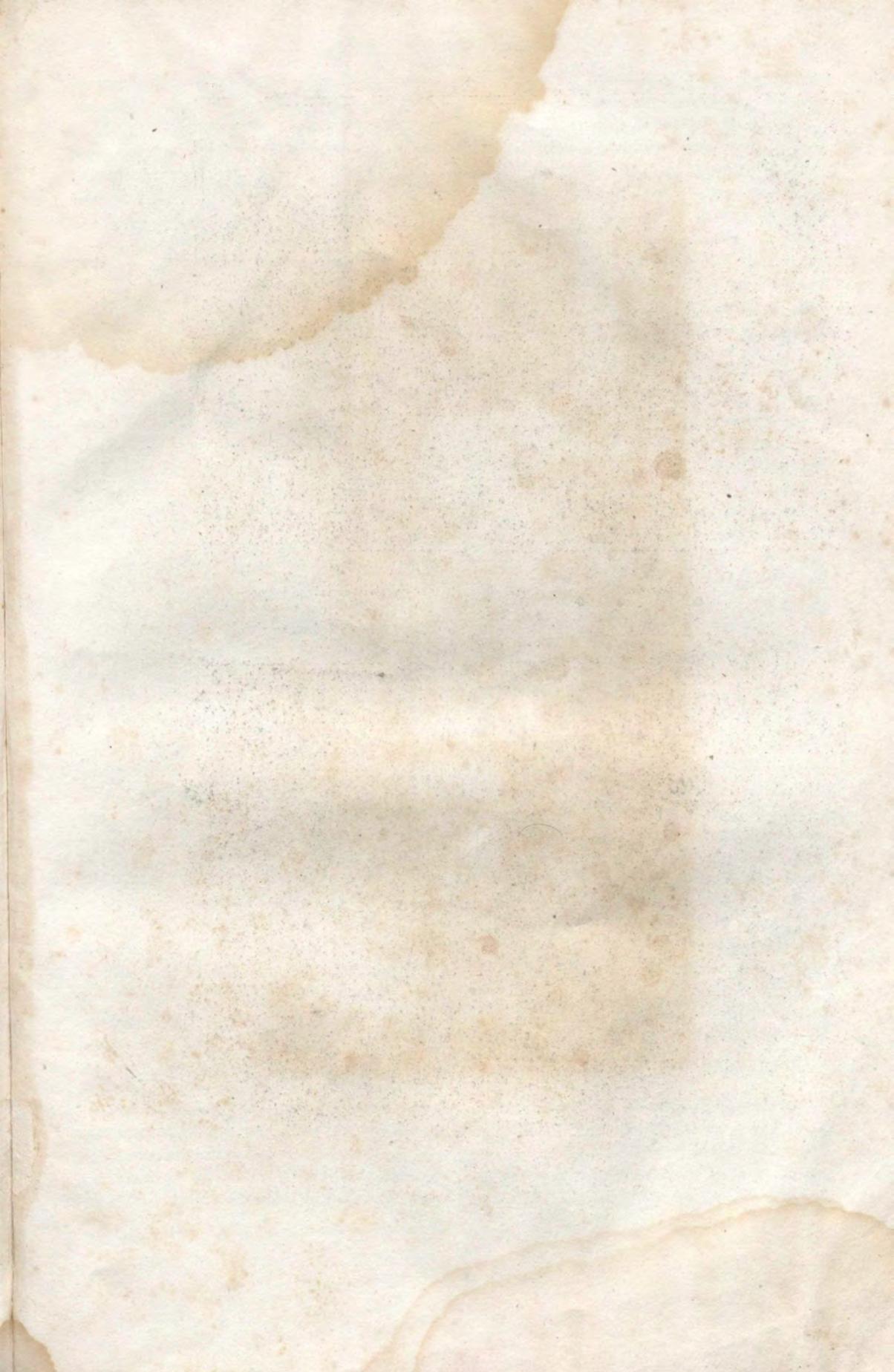
Primo del

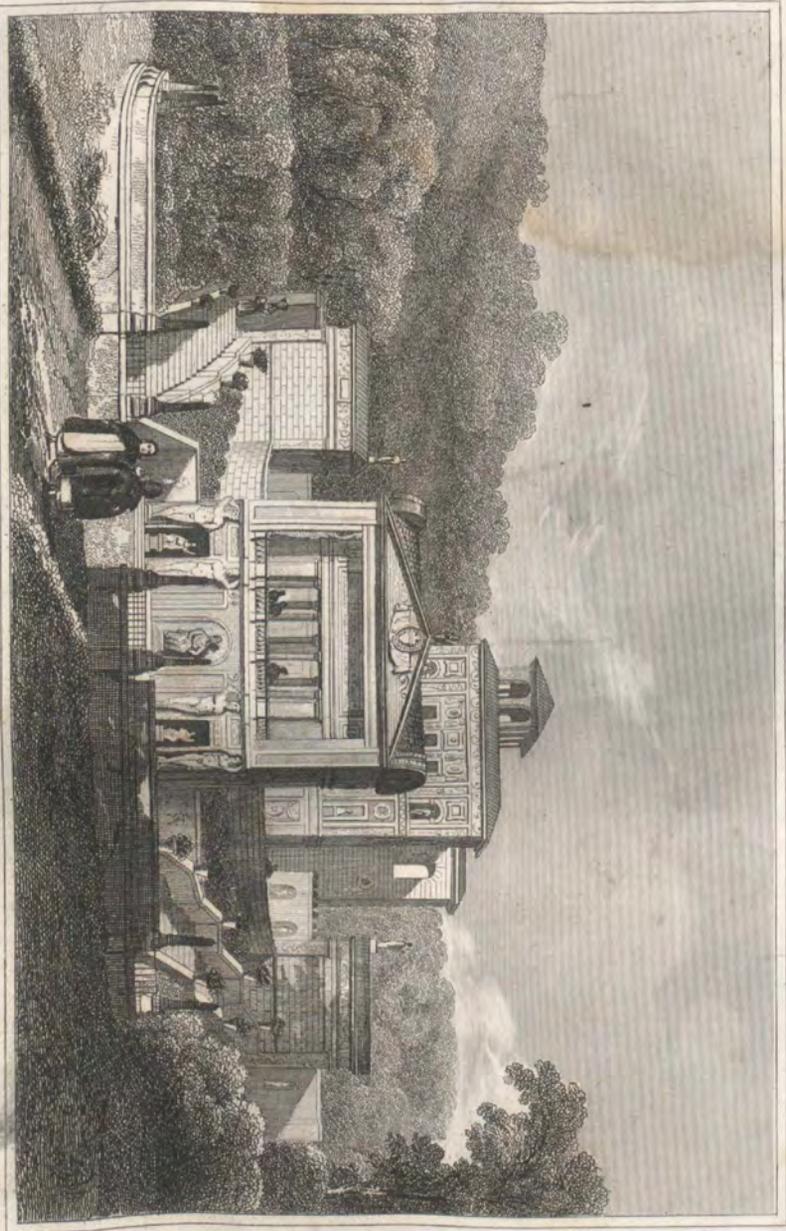
Chapelle Sixtine.

Roma.

Cappella Sistina.







Massini del.

Andri del.

Andri del.

Roma. Villa Pia.

En la sala de lectura hay una mesa de mármol, casi siempre desierta, encima de la cual está el decreto de Sixto Quinto, que escomulga á todos cuantos, incluso el bibliotecario y los empleados, se lleven un solo volumen de la biblioteca sin permiso autógrafo del papa.

Entre los manuscritos y las copias dignas de excitar el interés de los viajeros, citaremos el Terencio del siglo octavo, las Rimas de Petrarca, la divina comedia de Dante, la magnífica Biblia latina de los duques de Urbino, el rollo mutilado, de treinta y dos pies de alto, que representa una parte de la historia de Josué, el breviario de Matias Corvino, la correspondencia amorosa de Enrique VIII de Inglaterra con Ana Bolena, que se conservó por mucho tiempo en Francia en lugar mas propio para ello que el Vaticano, un borrador de los tres primeros cantos manuscritos de la Jerusalem, hechos por el Tasso á la edad de diez y nueve años, y por último muchísimas obras griegas y latinas de un precio inestimable.

El museo fue principiado hace unos cincuenta años en un patio octogono (Pl. 193) y en un jardín, y actualmente es el mas hermoso, el mas rico y admirable de todos los museos. Ignórase lo que mas debe llenarnos de asombro, si el celo de los últimos pontífices, ó la singular fecundidad de una tierra que en tan poco tiempo ha producido tantas obras maestras. El abate de Barteley calculó que apesar de la destruccion de los siglos y de las mutilaciones de los bárbaros, el número de estatuas exhumadas hasta nuestros dias en el suelo de Roma pasaba de setenta mil. Cual no debía ser el brillo de la ciudad eterna cuando la poblaban esa multitud de figuras intactas, colocadas en los suntuosos edificios que doquiera se levantaban?

No espere el lector la descripción de todas las obras maestras del Museo del Vaticano, pues su sola enumeracion llenaria algunas páginas: mencionaremos, pues, únicamente las mas notables. En el museo Pio Clementino hay el sublime tronco de Apolonio. Miguel Angel decia que era discípulo de ese tronco, y que aun cuando ya casi ciego y caduco, tocaba con ardor siempre nuevo sus contornos. No podremos pasar en silencio el Laocoonte, creacion magnífica de los naturales de Rodas, Agisau-

dro, Polidoro y Atenodoro. Todo nos admira aqui y nos deja llenos de asombro por esa inmortal obra: la fuerza, la energía, la expresion, y el dolor: todos estos sentimientos triunfan á la vez. Felix de Fredis, que encontró el Laocoonte en su viñedo, bajo el pontificado de Julio II, merece acciones de gracias de todos los artistas.

El Apolo fue descubierto cerca de Ostia, en los baños de Neron, y Madama de Estaél se admira ingeniosamente de que mirando esta noble figura no haya experimentado el impulso de ningun sentimiento generoso.

Atravesemos rápidamente la sala de los animales, la galeria de las estatuas, la de los bustos y la de los candelabros para llegar á la galeria del Vaticano que no tiene cincuenta cuadros y que por la posesion de tres ó cuatro de estos es la mejor galeria del mundo. La *Transfiguracion*, único que citaré entre todos los demas, esta obra maestra de la pintura, alabada, admirada, celebrada de tres siglos á esta parte, valió á Rafael unos mil escudos, y solo por una casualidad se quedó en Roma, pues estaba destinada para Narbona, pequeña ciudad de Francia, de la cual era entonces obispo el cardenal Julio de Médicis.

A tantos preciosos tesoros que posee el Vaticano, es preciso añadir el obrador de mosaico, al cual la basílica de San Pedro debe todos sus cuadros, las salas de Rafael, ejecutadas, sino por él, á lo menos por la comitiva de pintores que le acompañaban siempre en el Vaticano; la sala de Borgia, que debe su nombre á Alejandro VI y que posee el famoso mosaico conocido con el nombre de la boda Aldobrandina; despues las demas salas de Rafael, triunfo de la pintura, donde se encuentra el famoso fresco del incendio de Borgo Vecchio en Roma, y el efecto extraordinario de las tres luces diferentes del cuadro de la cárcel de S. Pedro; y por último la capilla Sixtina (Pl. 188), adornada, enriquecida, é inmortalizada por ese fresco sublime del Juicio Final, objeto de asombro para el mismo Rafael.

Los jardines del Vaticano, principiados por Nicolas V recibieron ensanche y adorno en tiempo de Julio II por el artista Bramante. Su principal embellecimiento es la *Villa Pia* (Pl. 192), principiada en tiempo del papa

Paulo IV y terminada por su sucesor Pío IV según los diseños de Pirro Ligorio, arquitecto napolitano. La habitación es un modelo de buen gusto y de elegancia, y ha sido edificada á imitación de las casas de la antigüedad de las cuales habia hecho Pirro Ligorio un estudio particular. Este hábil artista, que hermanaba los talentos que forman un arquitecto con los conocimientos de un sabio anticuario, ha sabido reunir dentro de un estrecho espacio todo cuanto concurre á hacer deliciosa una morada. En medio de los bosquecillos de verdura, y en el centro de un anfiteatro adornado con flores de distintos matices, construyó una casilla abierta adornada con pinturas y con flores que embalsaman el ambiente, y esto encima de una base bañada por las aguas de un estanque rodeado de mármoles, de fuentes cristalinas, de estatuas y de pilones. Dos escaleras que conducen á unas piezas rodeadas de pequeñas paredes adornadas con nichos y con bancos de madera, ofrecen un descanso bajo la benéfica sombra de algunos árboles. Los pórticos conducen á un patio cuyo pavimento es en parte de mosaico, y en el cual se respira la frescura de una fuente cuyas aguas brotan de un pilon de mármol precioso. En el fondo del patio un vestíbulo abierto está sostenido por hermosas columnas y adornado con estucos y bajos relieves de una composición admirable. Las salas del primer piso tienen unas pinturas magníficas.

Por último, desde lo alto de una pequeña miranda agradablemente construida, se descubren los jardines del Vaticano, las llanuras que recorre el Tibre y los mas hermosos edificios de Roma. Esta encantadora morada está rodeada de un foro que la libra de la humedad del terreno escogido para construirla. Largo sería hacer aquí la enumeracion de los artistas que han contribuido al embellecimiento de la *Villa Pia*; no pasaremos sin embargo en olvido el nombre de Marco Antonio Amulio, veneciano de nacimiento aunque romano por inclinacion, y que en el año de 1561 fue ennoblecido con la púrpura por el papa Pío IV cuando

fueron enteramente terminados los trabajos de la deliciosa quinta de este soberano pontífice.

Tal es el Vaticano, cuyo nombre evoca tantos recuerdos de todos géneros. No podremos terminar mejor su descripción que copiando las palabras de Lady Morgan: «La morada del sucesor de San Pedro ocupa mas espacio del que hubiera sido necesario para construir una capital. El Vaticano, comprendiendo la basílica de San Pedro, ocupa el mismo circuíto de terreno que toda la ciudad de Turin!»

Con esto nos despedimos de Roma, lleno aun nuestro pensamiento de las imágenes sutuosas que ofrece la ciudad eterna, y fatigados en cierto modo los ojos de ver tanta multitud de monumentos, de objetos de curiosidad, de obras maestras de las artes en todos géneros, y apesar nuestro exclamamos con Menerbes: «A Dios, caros recuerdos de unos hermosos días! A Dios, celestes impresiones experimentadas en la Ciudad Santa, en el vestíbulo del cielo y entre las ruinas que indican la nada de las cosas humanas! A Dios, venerables basílicas donde tantas veces hemos disfrutado de una calma infinita y de una paz inapreciable! A Dios, paseos solitarios del monte Pincio donde íbamos á contemplar al astro moribundo del día; Supremo Pontífice, piedra angular del edificio de la Iglesia y oráculo de la cristiandad; iglesias, conventos, soledades de Roma, sosiego profundo que ha sucedido á las tormentas de la antigüedad, y donde se abisma el hombre en pensamientos patéticos! A Dios, Roma antigua con tus monumentos que han resistido á los embates de veinte siglos, y Roma moderna que te sostienes firme é incontrastable apesar de los vaivenes de la humanidad!.... Siempre será para nosotros el mas dulce de los recuerdos el haber permanecido dentro de tus murallas, el haber subido de rodillas las gradas de la *Scala Santa*, y el haber visitado el Coliseo y el Capitolio, la basílica de San Pedro y el Vaticano.

INDICE

DE LOS CAPITULOS DE ESTA OBRA.

TOMO I.

EL EDITOR.	Pag.	1
ADVERTENCIA.		2
CAPITULO I. Viage de Terracina á Roma.		3
CAP. II. Vista de Roma : primera impresion.		8
CAP. III. Panorama general de Roma antigua.		11
CAP. IV. Panorama general de Roma moderna. - Carácter de los romanos. - Modo de vivir en Roma.		15
CAP. V. Ruinas y monumentos de Roma. - Escalinata del Capitolio. - Rienzo. - Ara Cœli. - Museo Capitolino. - Tarpeya.		18
CAP. VI. Iglesia de San Pedro in carcere. - Foro romano. - Templos de Júpiter tonante, de la Fortuna, y de la Concordia. - Arco de Septimio Severo. - Templo de Antonino y Faustina. - Via Sacra. - Templo de Rómulo y Remo. - Basilica de Constantino. - Arco de Tito. - Restauracion del Foro romano.		24
CAP. VII. Arco de Constantino. - Coliseo, sus maravillas. - Templo de Vesta. - Las Vestales.		27
CAP. VIII. Templo de la Fortuna viril. - Casa de Pilatos. - Circo máximo. - Baños ó termas de Caracalla. - Valle de Egeria. - Sepulcro de los Escipiones.		34
CAP. IX. Basilica de San Sebastian. - Las Catacumbas. - Circo de Caracalla. - Sepulcro de Cecilia Metela. - Templo de Baco convertido en Iglesia. - Basilica de San Pablo.		38
CAP. X. Pirámide de Cayo Cesio. - Cementerio de los ingleses. - El monte Testaccio. - El rio Tibre. - La isla Tiberina. - Varios puentes. - El Aventino. - El Celio.		42
CAP. XI. Un viage al Lacio. - Lavinia. - Quintas de Horacio, de Mecenas, de Ciceron. - Ostia. - Vuelta á Roma.		47
CAP. XII. L' Aria cattiva. - Terremotos. - Ocupacion francesa. - Nuevas reflexiones sobre las costumbres. - Las romanas. - Cavalieri servente. - Mendigos.		52
CAP. XIII. Un viage á Civita-Vechia, á Aquapendente y á Viterbo.		57
CAP. XIV. Basilica de Santa Cruz in Jerusalem. - Basilica de San Juan de Letran. - Scala Santa. - El anfiteatro castrense. - Arco de los Arcos. - Basilica de San Lorenzo. - Las catacumbas de San Lorenzo. - Las catacumbas de San Cosme. - Torre de Neron. - Palacio de Cenci. - Barrio de los judios en Roma.		61
CAP. XV. Casa de Miguel Angel. - Casa de Salvador Rosa. - Basilica de Santa Maria la Mayor. - Coluna de la plaza de Santa Maria la		

Mayor. - Iglesia de San Antonio. - Iglesia de San Martin. - Iglesia de San Pedro in vincula. - Termas de Tito. 66

CAP. XVI. La Suburra. - Foro Paladio. - Templo de Palas. - Foro de Nerva. - El monte Esquilino. - Casa de Horacio. - Foro de Trajano. 70

TOMO II.

CAP. XVII. Columna trajana. - El Quirinal. - Monte Cavallo. - El palacio Quirinal. 74

CAP. XVIII. El pueblo en la capilla del palacio pontificio. - Ceremonias. - Un conclave despues de la muerte del pontifice. - Coronacion del nuevo papa. 8

CAP. XIX. El Viminal. - Ceremonias funebres de los antiguos. - Fuente de Termini. - Baños de Diocleciano. - Palacio imperial de Spalatro. - Iglesia de N. S. de los Angeles. - Iglesia de N. S. de la Victoria. - Basilica de Santa Constanza. - Puerta del pueblo. - El Corso. - Costumbres. - El carnaval en Roma. - La Befana. - El Saltarello. - La morra. - Villa Albani. 7

CAP. XX. Un viage á Tivoli. - Villa Adriana - Vicovaro - Frascati. - Palestrina. - Subiaco. - Los bandidos. - Trages de las cereanias de Roma. 12

CAP. XXI. Villa Ludovisi. - Fontana de Trevi. - Templo de Antonino, hoy dia la Aduana. - Iglesia de San Ignacio. - Mausoleo de Augusto. - El Panteon de Agripa. 22

CAP. XXII. Plaza Navona. - Casa de Rafael. - Casino del mismo. - El Pasquino. - Coluna Antonina. - Pórtico de Octavio. - Teatro de Marcelo. - Palacios modernos. 26

CAP. XXIII. Convento de San Onofre. - La Fuente Paolina. - Villa Paulili. - Villa Madama. - Gobierno pontificio. - Palacio Borghese. - El monte Pincio. 30

CAP. XXIV. Un extranjero en el monte Pincio. - Inspiraciones. - Arquitectura particular. - Villa de Medicis. - Academias de Roma. - La Trinidad del monte. - Plaza del pueblo. - Viageros. - Ciceroni. 35

CAP. XXV. Plaza de España. - Palacio Barberini. - Castillo y puente de San Angelo. - Toma y saqueo de Roma en 1527. - Plaza de San Pedro. - Basilica de San Pedro. - Ceremonias religiosas. - El papa llevado en su silla de ceremonia. - Fiesta de Navidad. - La semana santa en Roma. - Imágenes de la Virgen. - Funerales. - El Vaticano. 40

INDICE DE LAS LAMINAS,

Y PAUTA PARA SU COLOCACION (a).

Números de las láminas. TOMO I. pag.

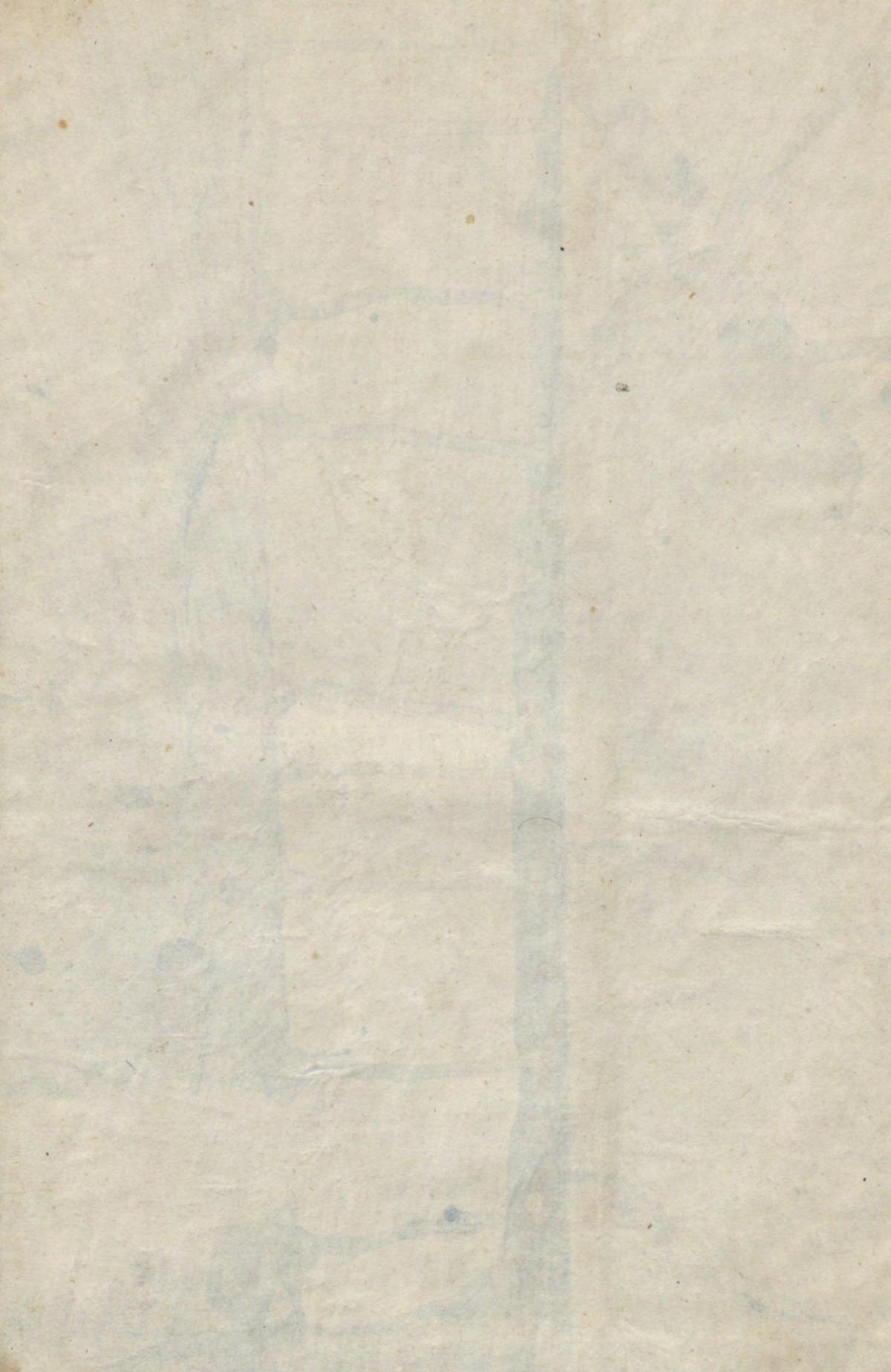
119	Monte Circeo. - Terracina.	44
120	La Riccia. - Gensano.	8
120 bis.	Lago de Nemi.	7
124	Lago albano. - Via Apia y sepulcro de Pompeyo.	6
122	El Capitolio, de frente.	20
123	El Capitolio, de lado.	22
124	Foro romano, y Capitolio.	24
125	Restauracion del Foro romano.	19
126	Arco de Jano cuadrifonte. - Palacio de los Césares - Termas de Caracalla. - Roca Tarpeya.	23
127	Arco de Septimio Severo. - Templo de Antonino y Faustina.	25
128	Basilica de Constantino. - Arco de Tito.	26
129	Arco de Constantino. - Coliseo.	27
130	Coliseo.	28
131	Templo de Venus y Roma y otros monumentos restaurados.	32
132	El Tibre y el Aventino. - Templo de Vesta.	33
133	Pirámide de Cayo Cestio, murallas de Roma, y puerta de Cecilia Metela.	43
134	S. Pablo fuera de las murallas. - Sepulcro Etrusco.	42
135	Isla farnesina en territorio de la antigua Veyes.	61
136	Interior del castillo de Ostia.	50
137	Castillo de Ostia: exterior. - Sta. Constanza.	50
138	S. Juan de Letran; exterior. - S. Juan de Letran, interior.	62
139	Scala Santa.	63
140	S. Lorenzo. - Las catacumbas de S. Lorenzo.	65
141	Torre de Neron.	65
142	Catacumbas de S. Cosme y Damian.	65
143	Casa de Cenci.	66
144	Casa de Miguel-Angel.	66
145	Catacumbas de San Sebastian.	39
146	Casa de Salvador Rosa.	67
147	Un elegante del pueblo. - Un improvisador.	55
148	Un sermón en el Coliseo.	55
153	Sta. Maria la Mayor; exterior. - Id. interior.	67
154	Foro de Trajano. - Templo de Palas. - Foro de Nerva.	70

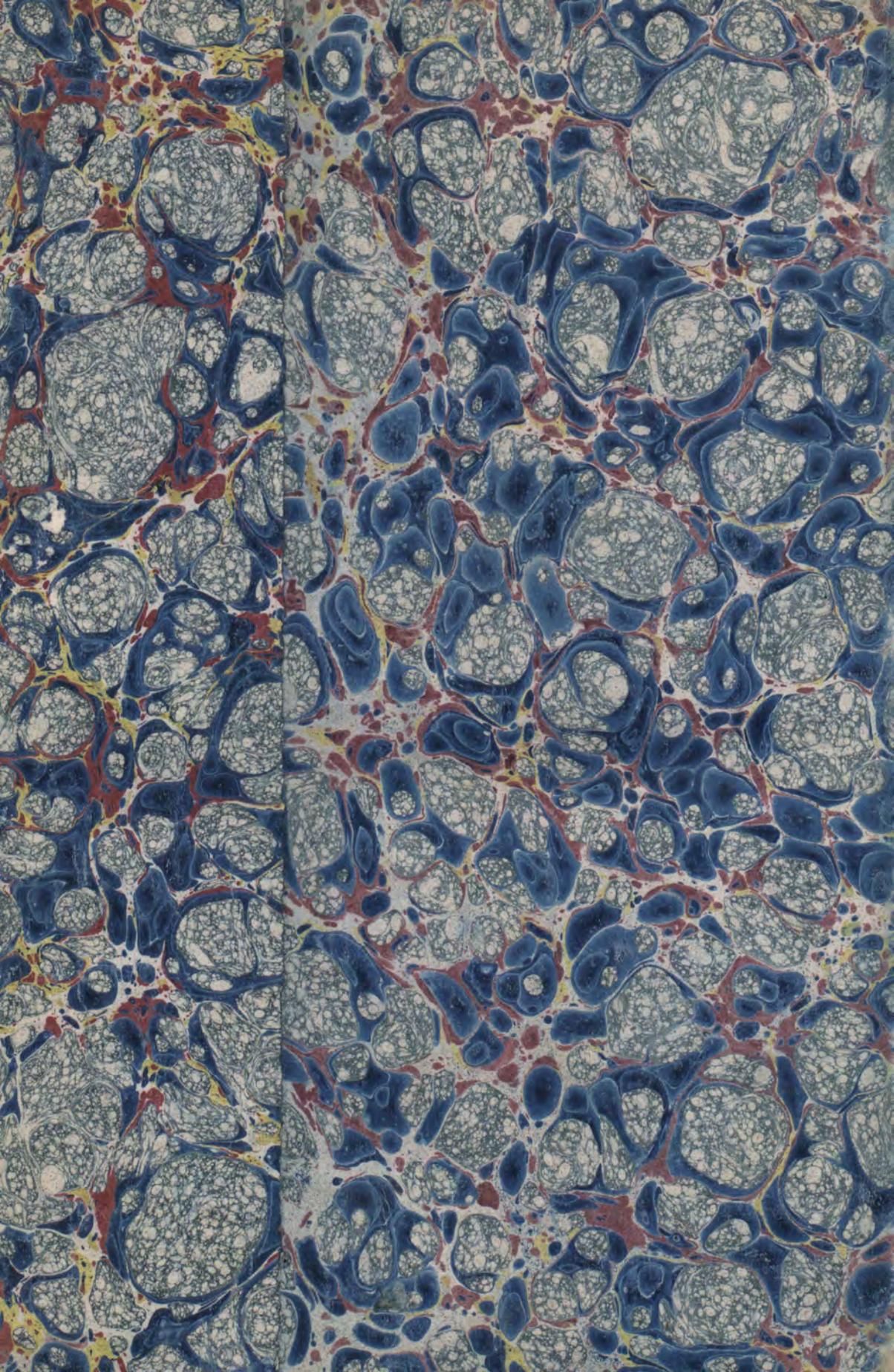
TOMO II.

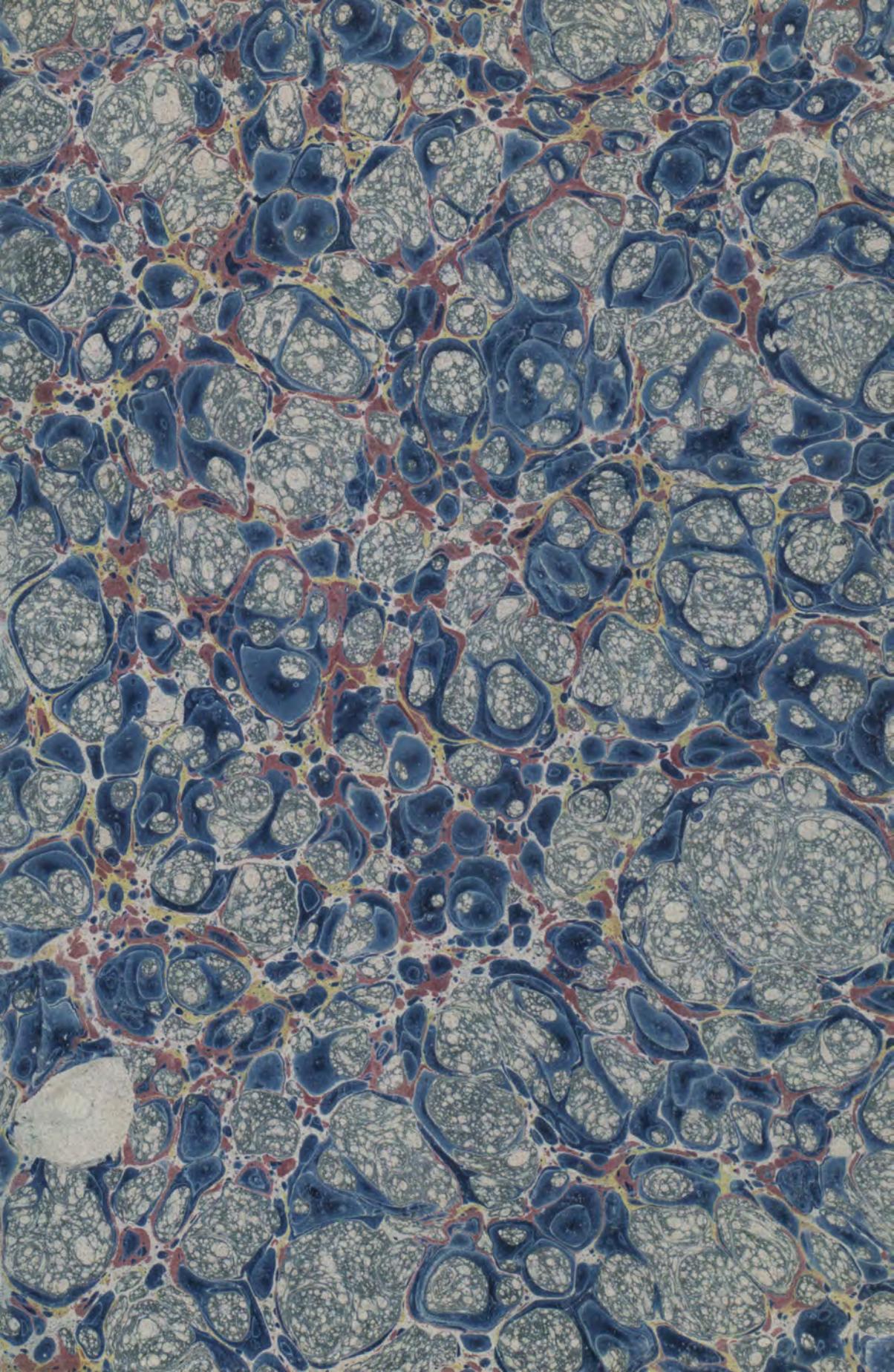
149	Un bandido deponiendo sus armas ante la imagen de una Virgen. - La Buena ventura.	21
150	Trages de Cocciara. - Id. de Giocatore, y Cocciara.	21
151	Trages de Sonnino y Nettuno. - Id. de civita	

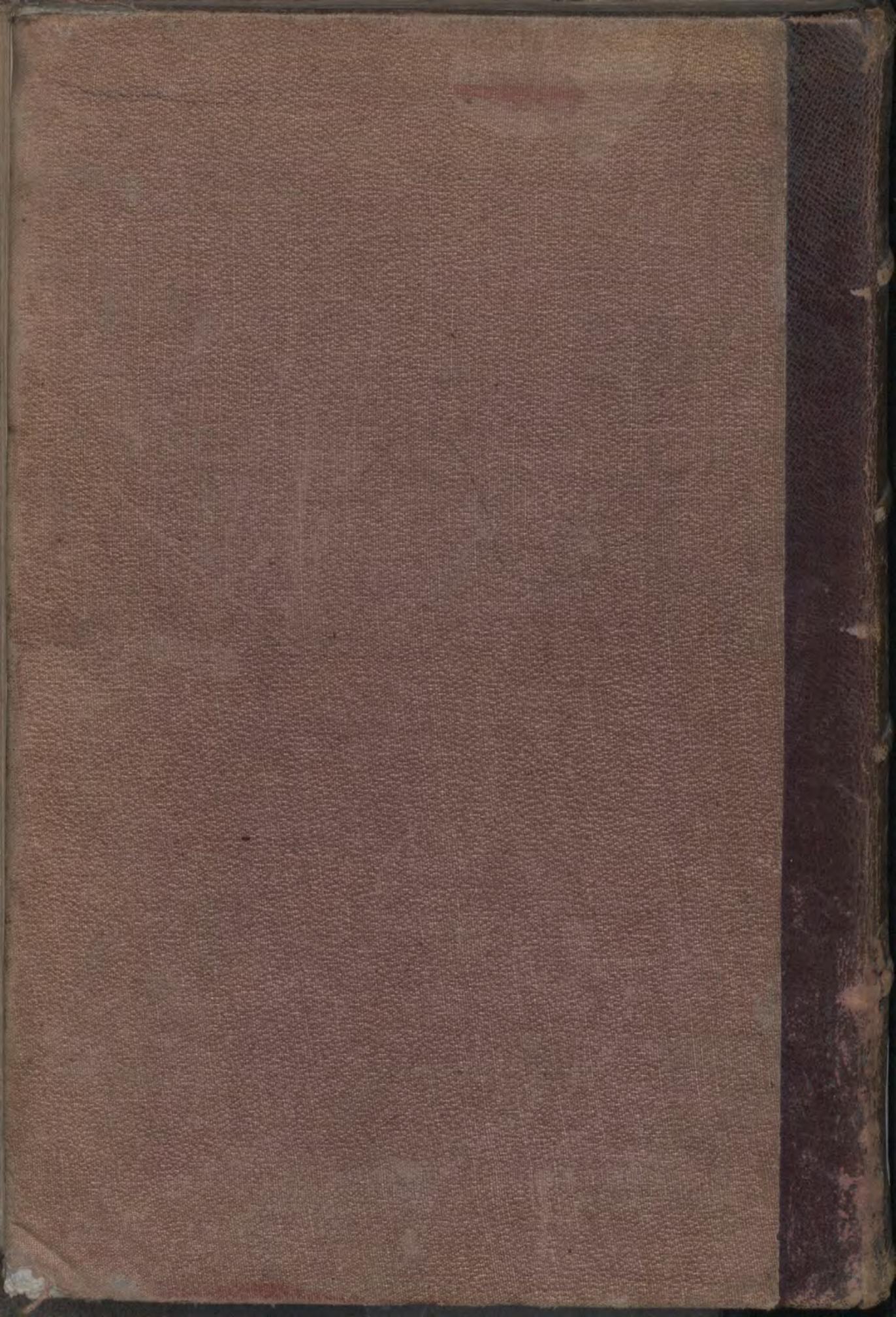
	castellana y cercanias de Roma.	24
152	Trages de Velletri, Tivoli y Frascati. - Id. de la Riccia y Albano.	24
155	Monte Cavallo.	2
156	Nuestra Señora de los Angeles en las Termas de Diocleciano. - Palacio de Diocleciano - Spalatro en Dalmacia.	9
157	El Carnaval.	10
158	La Befana.	11
159	El Saltarello.	11
160	La Morra.	11
161	Villa Albani.	11
162	Sala de Bigliardo. - San Esteban rotundo.	11
163	Sepulcro de Plautia. - Vista interior de Tivoli.	13
164	Cascada de Tivoli. - Gruta de Neptuno.	14
165	Las pequeñas cascadas. - Templo de la Sibila.	14
166	Restos de la casa de Horacio. - Villa de Mecenas.	15
167	Villa de Este.	15
168	Vicovaro. - Villa Adriana.	17
169	Tivoli.	14
170	La Rufinella. - Frascati.	19
170 bis.	Una fiesta en Grotta Ferrata.	20
171	Fontana de Trevi. - Templo de Marco Aurelio, hoy día la Aduana.	22
172	Panteon de Agripa.	24
173	Panteon en su estado antiguo.	24
174	Plaza Navona. - Casino de Rafael.	26
175	Casa de Rafael, calle de Coronari, n.º 124.	27
176	Colana Antonina. - Pórtico de Octavia.	28
177	Pórtico de Octavia y templos de Júpiter y Juno restaurados.	29
178	S. Onofrio. - Palacio de Farnesio.	29
179	Fontanas del agua Paola. - Villa Panfilí.	31
180	Villa Madama.	31
181	Villa de Médicis. - Villa Borghese.	33
182	Marforio. - Pasquino. - Arquitectura particular. - id. - id.	27
183	Plaza de España y Trinidad del monte. - Palacio Barberini.	38
184	Plaza del Popolo.	38
185	Plaza de S. Pedro; y Basilica.	43
186	Parte de la columnata de S. Pedro. - Iglesia de S. Pedro vista de lado.	43
187	Interior de la Basilica de S. Pedro.	45
188	La Capilla Sixtina.	56
189	El papa llevado en su sillón de ceremonia.	49
190	El pueblo besando el pie de la estatua de S. Pedro.	45
191	Un entierro con cofradía.	55
192	La Villa Pia.	57
193	Pórtico y castillo de S. Angelo. - Patio octógono en el Museo del Vaticano.	42

(a) Como muchas láminas contienen distintos cuadros, y no es posible colocar cada uno de estos delante de su explicacion respectiva, se señala por punto de colocacion aquella pagina donde se empieza á explicar alguno de los cuadros de las láminas que comprenden varios de ellos. Así la pl. 126 se colocará frente de la pag. 23, apesar de que en las pag. 31, 32 y 36 se explican otros cuadros de la misma. Y el lector consultando esta pauta sabe ya donde está la pl. que quiere ver.









ROMA

PINTORESCA

AH 1489